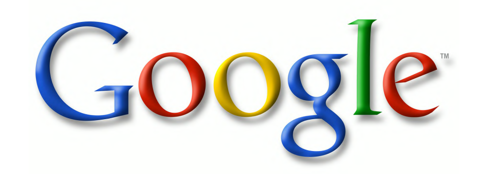
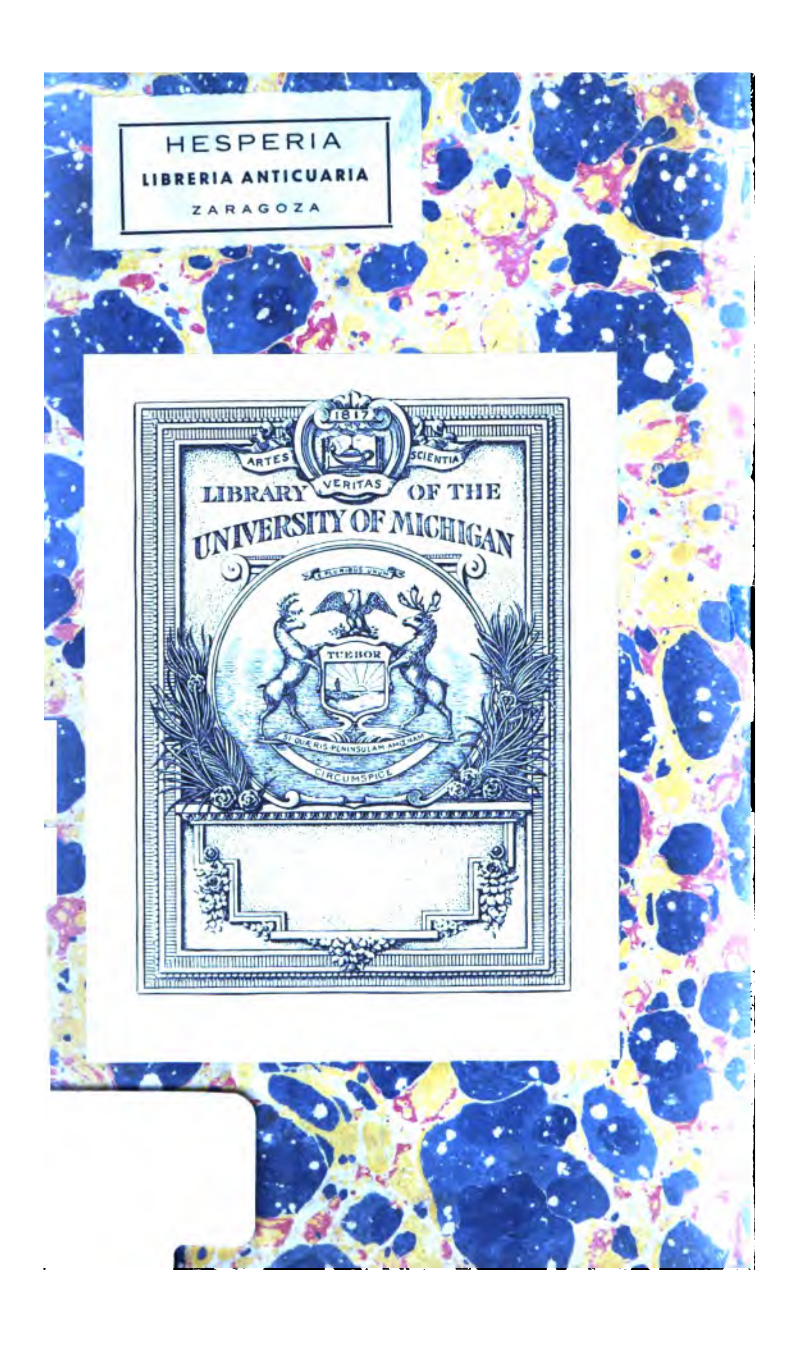





HESPERIA
LIBRERIA ANTICUARIA
ZARAGOZA
1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE



EL HOMBRE FELIZ.

TOMO III.

EL HOMBRE FELIZ,

INDEPENDIENTE DEL MUNDO,

Y DE LA FORTUNA;

Ó

ARTE DE VIVIR CONTENTO

EN QUALESQUIER TRABAJOS DE LA VIDA:

DEDICADO

Á LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA

DOÑA CARLOTA JOACHINA:

OBRA ESCRITA EN PORTUGUES

Por el Padre D. Teodoro de Almeyda, de la Congregacion del Oratorio, y de la Academia de las Ciencias de Lisboa, de la Real Sociedad de Londres, y de la de Vizcaya:

TRADUCIDA

Por el Doctor D. Joseph Francisco Monserrate y Urbina, Presbítero.

TOMO III.

MADRID MDCCLXXXIII.

POR D. JOACHÎN IBARRA, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

LIBRO XVII.

1 Al siguiente dia, quando el sosiego del mar reunió en conversacion tranquila á los cinco que disputaban la tarde antecedente, se continuó la materia. El Conde, que por su edad era el mas facil en todos los movimientos del ánimo, tambien era el mas vivo, y pronto, ya en las preguntas, y deseos, ya en los proyectos, é ideas, ya en las decisiones precipitadas. Y así en la presente qüestion sobre quál era la pasion mas poderosa fué el primero á decir su pensamiento. Afirmaba, pues, que de todas las pasiones ninguna era tan fuerte, como la del *amor*. Para no hacer injusticia (decia) se debe dar á Cupido la corona; pues vemos, que con cadenas de oro arrastra aun á los mas elevados Monarcas. El Soberano mas poderoso gime oprimido debaxo de sus hierros igualmente que el esclavo mas vil; de suerte, que el cetro del *amor* es como la varilla de encantos, que al que tocan con ella queda perdido, y encantado. Al héroe mas temible vuelve cobarde, debil al mas vigoroso, loco al mas sabio, y aun el de pun-

donor mas delicado hace cosas tan indignas, que bien pronto viene á avergonzarse de ellas. Creo que en esto convendréis conmigo.

2 El Embaxador, cuya experiencia le hacia mirar con otros ojos al mundo, seguia la opinion de que la vanidad, y deseo de *gloria* era aun mas fuerte que el *amor*. El héroe, decia, dexa á su ídolo en la patria, y corre mares, y tierras por ir á cortar un ramo de laurel en el campo de Marte. Al amor se le sacrifican haciendas, honras, y vidas; mas nunca veréis, que se le sacrifique la fama. Y si paramos la consideracion en los sabios, y hombres famosos, hallarémos sin disputa, que el amor de la gloria vence toda otra pasion; porque unos, y otros nada desean tanto, como dexar para despues de su muerte una memoria viva de sus acciones, aspirando á que dure su fama aun quando los miembros que las obraron estuvieren ya muertos, y sus huesos carcomidos.

3 Mas como no todos los mortales son héroes en las letras, ó en las armas (dixo Neucasis) debemos ahora hablar en general, y en este sentido digo, que el deseo desordenado del *interes* es la pasion mas poderosa. Este es el primer movil de toda la máquina del mundo; y si él falta, todo parará de repente, cesará

el

el comercio, se perderá la agricultura; y no se cultivarán las artes. Si rompeis la punta á este estímulo, ¿dónde hallaréis el mutuo servicio, que es el alma de la sociedad? ¿dónde la union civil de los miembros de este vastísimo cuerpo? Sin interes no hay dependencia, sin dependencia no hay sujecion, y sin esta no hay superioridad, orden, ni leyes. Quitad la dependencia, y dexaréis iguales á todos los hombres: cada qual será un Soberano, el ocio será su imperio, la inaccion su vida, y un torpe letargo nos ocupará á todos desde la cuna hasta el sepulcro. Mas yo sujeto mi parecer al vuestro.

4 Elena quedó admirada del discurso de Neucasis, Aymar lo aplaudia, y el Conde lo aprobaba con encarecimiento, no obstante que defendia ser la pasion del *amor* tan general, como la del *interes*, y por lo comun mas violenta. Sin embargo, todos deseaban oir á Elena, la qual queriendo unir las tres diferentes opiniones en una, les dixo, que en todos los mortales la pasion mas fuerte, y mas nociva era el *amor propio*, raiz comun, y tronco de donde nacen los tres ramos principales en que se divide. Y aunque por lo tocante al *interes*, y la *ambicion de gloria* convenia el Conde, que nacian del *amor propio*; mas en quanto á la pasion del amor

EL HOMBRE FELIZ.

TOMO III.

permitidme, decia, que os represente, que ella tiene mas noble origen, que el del *amor* de sí mismo. En esta pasion el alma se da toda, y con total generosidad, y está tan lejos de mirar por sí, que solo atiende al ídolo de su adoracion. Quien ama, no atrae, sino que antes es atraido por el iman poderoso de aquel objeto, que le mueve el corazon en el pecho, haciéndole saltar, y casi salir por los ojos; de suerte, que quien mira por su interes, y no se olvida de sí, no puede decir verdaderamente que ama.

5 Ya veo (dixo Elena) que vos, Conde, no sois novicio en esta ciencia de *amor*; mas no obstante eso, aun persisto en lo que dixe, y os protesto que no es sino *amor propio*, y propio interes la pasion mas generosa de *amor*. Sabed, que habiendo hecho una bien delicada, y exquisita anatomía de esta pasion, al fin llegué á conocer, que lo que públicamente se vende por ámor generoso no es sino *amor propio* muy vil, y bien interesado. Gusta por exemplo el infame Zopiro de la casta Cenobia, y aun siendo un hombre perverso, monstruo indigno, y detestable, su corazon, aunque negro, feo, y mal formado, no dexa de enamorarse de la brillante virtud, que da esmalte á su adorada beldad, procura su compañía, gusta de su

con-

conversacion, y solo fixar los ojos en ella, le arrebata el alma. Sea enhorabuena. Todos dirán que la ama, al ver que tan fino se deshace en sus obsequios; pero reflexionad bien, y veréis, que Zopiro busca su gusto, su consuelo, su interes, y no el bien de Cenobia.

6 Porque si gusta de verla, solo se lisonjea á sí mismo, quando pone en ella sus ojos. Si su compañía le encanta, á sí propio es á quien atiende, quando la busca, y la sigue. Tiene gusto en adorarla. Así es; pero la adora, porque tiene en eso su gusto, tanto, que secretamente desea, se desvela, trabaja, y mira por satisfacer sus ansias, y esto aunque sea á costa de la perdicion de Cenobia. Ahora decidme: ¿es esto amarla? Si esto es amor verdadero, muy agradecida debe estar la inocente oveja al lobo voraz, que por gustar de ella la sigue por montes, y valles. ¿Y estará Cenobia obligada á recibir como obsequio sus pasos viles, é infames? ¿Se ha de constituir en la triste necesidad de agradarse mucho de él? ¿De él, que es un agregado de vicios? ¿Y qué culpa es en ella ser amada para que la obliguen á dar su corazon á un monstruo?

7 Desengañémonos. Ninguno debe amar sino lo que fuere digno de ser amado, y la pasion de Zopiro por Cenobia, mientras no

la purifique de sus monstruosos errores, no le hace digno de su amor: y así este desprecio con que ella le trata viene á ser una nueva prueba de su juicio, un realce grande de su virtud. Y quando él últimamente se desengañe que ella le desprecia, veréis que inmediatamente convierte en calumnias todos sus antiguos elogios, y que á fuerza de injurias quiere conquistar un corazon justo. ¡Ah, Conde mio! ¿quántos Zopiros se hallan en el mundo disfrazados con la máscara especiosa de amantes, siendo en la realidad unos hombres interesados, que no miran mas que á sí mismos, prontos á sacrificarlo todo á su pasion indigna, aunque sea la estimacion, la virtud, el honor de las mismas Cenobias, á quien ellos dicen que aman? ¡Ah! que si ellas, quando les ven puestos á sus pies con la rodilla en tierra, les pudiesen abrir con un puñal su pecho infame, harian ver entonces al mundo, que en el altar de sus corazones no habia otro ídolo, que el de su propio interes. Así, Conde mio, bien podéis creer, que esa pasion, como todas las otras, es *amor propio*, y no mas, y á veces bien indigno. Habló Elena con tal fuego, que enardecido su rostro, brillaba con doblada hermosura, dándole un nobilísimo realce la elevacion de sus pensamientos,

tos, y las máximas de una heroyca virtud.

8 Oyendo esto el Conde, se vió precisado á confesar el error comun, y que en el idioma propio de los amantes se ofrecia como obsequio generoso lo que bien pesado en la justa balanza de la razon solo era *amor propio*, y muy vil interes. Contra esta pasion, decia, se debe armar el que quiere que la razon le gobierne, como que ella sola es el origen de nuestra total ruina. Pero de aquí infiero una conseqüencia triste; porque si es imposible que uno resista á su *amor propio*, ninguna esperanza podemos prometernos de hacer resistencia á las pasiones, que nos impelen al mal.

9 Muy silencioso Miseno escuchaba todos los discursos que se hacian por una, y otra parte, y con aspecto risueño los aprobaba todos; mas no pudo tolerar una conseqüencia tan absurda como la que sacaba el Conde. Y así rompiendo el silencio, dixo: Ya que todos los demas han dicho su dictamen, parece justo que yo tambien diga el mio.

10 El *amor propio* bien exâminado es en su origen una pasion buena, justa, y debida, porque naturalmente nos amamos á nosotros mismos; de suerte, que la razon manda, que cada qual se desee á sí el bien, y

mire por su felicidad, que esto es amarse verdaderamente; y así solo quien estuviere desesperado, ó furioso dexará de amarse á sí mismo. Dios, que plantó en nuestra alma esta pasion innata, no nos podia dar cosa mala, ni con su propia mano podia impelernos al menor *mal*, porque generalmente lo detesta. Siendo, pues, esta pasion buena, é inocente en su origen, comunmente degenera con el tiempo, y sale fuera de los límites que Dios le prescribe por la razon; y así es, que el mismo *amor propio*, que en su origen, y bien gobernado es virtud, en llegando á traspasar ciertos términos es vicio, y raiz de todos los males; como el calor, que siendo moderado dá vida, siendo excesivo ocasiona fiebre, y mata. Convengo que esta pasion es la mas fuerte de todas, y que á ella se pueden reducir las demas; pero añado, que no debemos pensar en destruirla, sino solo en gobernarla, para corregir con ella las otras. Y así el *amor propio* bien entendido es capaz de refrenar todas las demas pasiones, y sujetarlas todas á las inmutables leyes de la *razon eterna.*

11 Admirábase mucho Elena de lo que Miseno decia; y qual extrangero, que viendo pasar entre gran concurso una belleza extraordinaria, que le aprisiona el corazon, fi-

fixa en ella los ojos, y sin perderla de vista, la va siguiendo por medio de toda la multitud hasta informarse despues de la persona; así Elena encantada de esta máxîma, calló; y sin atender á muchas cosas, que dixeron acerca de esto, Aymar, Neucasis, y el Conde, apenas tuvo ocasion, dixo de esta manera á Miseno: Esta Filosofía es muy importante, y merece que se explique con mas individualidad, porque el mal de las pasiones desenfrenadas es universal; y si para domarlas descubriésemos un remedio general, y tan suave, como es el *amor propio*; ¡ó, y qué grandes aumentos tendria la ciencia del corazon humano! Supuesto, pues, que son tres las pasiones mas poderosas, veamos como nos dais remedio en el *amor propio* á cada una de estas tres peligrosas enfermedades. Figuraos, Miseno, que el Conde está enfermo de la fiebre del *amor*: que mi esposo lo está de la hinchazon de la *gloria*, y Neucasis de la hidropesía del *interes*: llevemos adelante nuestro discurso en tono menos serio del que se acostumbra en las aulas de la Filosofía Moral: cada uno, pues, informe por sí á nuestro Médico de los síntomas de su dolencia, y sirvanos la conversacion de utilidad, y recreo.

12 Los síntomas de esta enfermedad de

amor

amor (dixo el Conde) ninguno podrá explicarlos con mas experiencia que yo, y así, Miseno, bien podeis creer, que os pintaré puntualmente la verdad. El *amor* es un mal que insulta á todos los miembros, y ocasiona particular enfermedad en cada uno. Primeramente causa en la cabeza delirios, ceguedad en los ojos, frenesí en la sangre, en el pecho una especie de cancer, que insensiblemente va royendo el corazon, y el alma; un tal fastidio en el paladar, que todo lo que no sabe al objeto amado, le parece muy insípido. Con el amor queda el ánimo casi baldado, y coxeando, inclina siempre á una parte, y no da un solo paso derecho. Es el *amor* una fiebre tan contagiosa, que muchas veces se pega con sola una mirada, y se apodera en un instante de toda el alma. Apenas llega á mordernos esta vívora, quando ya corre el veneno de vena en vena, pasa por todos los miembros, penetra las entrañas, traspasa el corazon, y profundiza en él sus raices. Creo que no puede haber enfermedad mas incurable. ¡Ah, Miseno, Miseno, no hubiera yo padecido tanto como os tengo referido, si esta enfermedad tuviera remedio!

13 Pues yo os le daré (responde Miseno) para que de aquí adelante no adolezcais

mas

mas de ese mal. Yo quiero que ameis, porque para este fin fué formado el corazon del hombre. Quiero que ameis, sí, pero sea como lo dicta la *buena razon*, y lo pide vuestra utilidad. La mano suprema no puso todas las perfecciones posibles en cosa alguna criada; y así, si un objeto nos cautiva el corazon, habrá otro mejor, que nos pueda librar del cautiverio. Quien tuviere ánimo noble no debe ser como los rústicos, que nunca vieron la Corte, pues aturdidos con el primer objeto, que ven, imaginan que no hay en el mundo cosa mejor; y como suele decirse se quedan á su vista embelesados. No así el prudente, este ha de ir mirando las cosas de espacio, y despues de haberlas visto bien, hacer de ellas una justa eleccion. Para esto es preciso saber mirar; porque el sabio se distingue del que no lo es en que este anda vagueando con la vista por una, y otra parte, y solo ve lo que ve. El sabio mira, exâmina, piensa, reflexîona, y aun vuelve muchas veces á mirar para hacerse cargo, y formar de las cosas un cabal concepto. Si de este modo reflexîonamos sobre el objeto que nos embelesa, muy facilmente nos podrémos librar de este encanto, porque hallarémos otra belleza mucho mas perfecta.

Cae-

14 Caerémos (dixo el Conde) en otro lazo, queriendo escapar del primero, porque de una, ó de otra belleza, siempre vendríamos á quedar esclavos. A lo que respondió Miseno: venturoso lazo, y cautiverio feliz seria este segundo, para quien cayere en él, porque el amor entonces no seria pasion, que le apartase de la felicidad, sino que le llevaria insensiblemente á poseérla. Porque quien reflexîona, y discurre con acierto sobre todo lo que á nuestra alma puede lisonjearla, y ser origen de nuestros intereses, por fuerza ha de preferir la belleza de la *virtud* á toda, y qualquiera otra belleza. Es tal su hermosura, que aun á sus mismos enemigos agrada, de suerte, que no hay en el mundo hombre tan perverso, que llegando á conocerla, la pueda detestar. Hasta el mismo Dios, cuyos ojos están sumamente satisfechos de la infinita hermosura de la divinidad, jamas (permitáseme este modo de hablar) jamas podrá desasirse del poderoso atractivo con que la *virtud* le obliga á que la abrace, y estime.

15 La *virtud*, amigos mios, es en su trato sincera, y veraz; en sus promesas fiel, é inmutable; en la amistad sencilla, y sin rebozo: ella es magnánima en los proyectos, constante en las empresas, suave en la exe-

cu-

cucion: ella da gran sabiduría en los consejos, prudencia en las resoluciones, ánimo en los peligros, y hace firmes como rocas en los contratiempos. La *virtud*, ni teme, ni huye, ni finge, ni tuvo jamas necesidad de hacerlo. Al mismo tiempo es elevada, y modesta, ni se esconde avergonzada, ni hace vana ostentacion de su belleza. La *virtud* es lo que es, de nadie depende, ni hace caso de quanto pueden decir de ella los hombres; porque ya la alaben, ó la vituperen, todo le es indiferente. Es rica, pero sin luxô; independiente, pero sin soberbia; afable, pero sin lisonja. En su fortaleza no hallareis violencia, ni en su blandura floxedad. ¿Ved, ahora, si puede haber mejor retrato de la hermosura increada, de quien ella es la mejor copia, y ved si la *virtud* será amable á quien bien la mire, y reflexîone? Admirado Aymar, vuelve los ojos á Elena, y al Conde, como si les preguntase con la vista, qué les parecia de aquella admirable descripcion de la *virtud*; y conociendo en ellos por reflexîon, como en un espejo, el mismo gusto que él habia experimentado; no se atreve á decir una palabra, temiendo interrumpir á Miseno, que con el mismo tono continuaba su discurso de este modo:

16. Aun digo mas: si volvemos los ojos á

á nuestra utilidad, es imposible que halle mos objeto que mas lisonjee nuestro *amor propio*, que la *virtud verdadera*; y desafio á todo el mundo, para que os lo manifieste. Con la *virtud*, si la fortuna os levanta hasta el Olimpo, no tendreis vanidad, ni soberbia. Si la desgracia os arrastra por el polvo de la tierra, ni decaereis de ánimo, ni sereis vencido. En qualquier estado sereis el mismo, y sereis feliz en todo. Si los enemigos os persiguen, si los poderosos os oprimen, si os hacen gemir los tiranos debaxo de los hierros duros de una esclavitud insoportable, no teniendo *virtud*, estais perdido; pero si la teneis, tambien tendreis inmovil vuestro corazon: con ella se consuela, se alegra, y se tiene por verdaderamente dichoso.

17 Supongamos (lo que muchas veces acontece) que no hay leyes para la inocencia, ni estimacion para el mérito, que no puede hablar la verdad, que todo el mundo amotinado, y gritando alrededor os condena, sin que nadie quiera oiros, ni dar lugar para defenderos. Si sois virtuoso, direis en vuestro corazon: *Dios me oye, Dios me atiende, Dios me hará justicia*, y esto solo os satisface. Tal vez os vereis arrojado en tierra, y que todos como perros desespera-

rados se os echan encima, tirando cada uno por su lado para despedazaros, hasta no dexaros sino los huesos; en una palabra, vereis que el Cielo, la tierra, y los infiernos se han conjurado absolutamente contra vos para perderos; mas no importa, si en medio de todo esto conservais la *virtud*, quedará vuestro corazon en sosiego, y sin alterarse podrá decirse á sí mismo: *Dios es mi amigo, esto me basta.* Ahora id á buscar en otro qualquier objeto igual consolacion, y dulzura semejante, ¿podreis acaso hallarla, Conde mio?

18 ¡Qué puedo yo hallar! (responde afligido) Esta pasion maldita de *amor*, que me trae toda mi vida tan encantado, nunca me dió consuelo sin desasosiego, sin susto, sin temor, sin un infierno de cuidados. Cuidados antes, y cuidados despues de conseguir lo que anhelaba mi corazon. La *virtud* como vos la pintais, es el objeto mas digno, que puede haber de nuestro amor; y bien considerado, es bastante para resfriar aun la pasion mas ardiente. Pero habia de ser vista mas de cerca, porque pienso que semejante belleza, es como la de las estrellas, que están de asiento en los Cielos, y que con solo mirarlas desde acá baxo nos contentamos, sin que nunca las podamos alcanzar.

No

19 No os engañeis (dixo Miseno): la *virtud* que tanto os enamora, no solo reside en los Cielos, sino que tambien se dexa ver en la tierra; y vos mismo podreis llegar á poseerla, siempre que goberneis vuestras pasiones por las luces de la *razon*, y de la *Religion*. Atended á lo que os digo: Para guia de nuestras acciones puso Dios en nuestras almas la luz de la *razon*, que es una reverberacion de los rayos de la divinidad; y esa misma luz amortiguada por la culpa original, la avivó, encendiendo en nosotros la lumbre de la *fé*. Todo lo que estas luces dictan, Dios lo aprueba; y así lo mismo es arreglar cada uno por la luz de la *razon*, y de la *fé* sus acciones, que componer, y adornar su alma delante del espejo de la divinidad; y un alma así hermoseada, ¿podrá dexar de ser bella, y agradable á los ojos supremos? No es, pues, cosa imposible lo que os aconsejo, ni idea Platónica, jamas vista, ni executada en el mundo, sino muy facil de practicarse con la asistencia de la gracia, con la qual nos ayuda la mano omnipotente, tanto, que hemos visto muchos héroes de esta Filosofía verdadera sacrificar á la *luz eterna* sus pasiones, y complacerse en ellos la Sabiduría infinita, y entonces por una especie de reflexo, de esta

mis-

misma complacencia, que de sus acciones tenia el Ser supremo, redundaba en ellos una admirable satisfaccion, y contento.

20 ¿Pensais que esos héroes tenian como Neron un corazon de hierro? ¿O que (como se dice de Remo, y Rómulo) habian mamado de alguna fiera la primera leche? No por cierto. Ellos tenian ojos como nosotros: el corazon de carne, de la misma especie que el nuestro; y ademas de esto, muchos por propia experiencia habian probado la dulzura engañosa del deleyte sensible. Luego es forzoso, que si despues la despreciaron, fué precisamente por una preferencia juiciosa, que hicieron del deleyte suavísimo, que les causaba su propia virtud. ¡O, hijo mio, creed á un hombre que probó en el mundo de todo lo que acostumbra encantarnos! Os juro por los Cielos, que nos cubren, por la tierra que nos sustenta, y todo lo que hay de sagrado me sea testigo, que ninguna satisfaccion humana puede igualar á la que tenemos, quando uno se dice á sí mismo: *Obré como debia, y el Ser supremo aprueba que yo obedeciese á su eterna ley.* Este sólo pensamiento disipa como el sol las tinieblas de todas las aflicciones, que nos pueden oprimir, y perturbar en qualquier suceso de la vida.

21 Con el discurso de Miseno estaba el Conde suspenso, y conmovido. Elena que gustaba de verle pensativo, quiso adelantar la conversacion, como quien clava del todo la lanza, que una vez entró en el pecho para rendir al enemigo, y le dice así: Ahora bien, Conde, yo quiero tomar á mi cargo vuestra causa para abogar por ella, y mira Miseno, que tengo mucho que alegar. La pasion de *amor* nace de los ojos, que como son la antecámara del corazon, por ellos ha de pasar precisamente el objeto, que hubiese de colocar en él su trono. La *virtud* es cierto, que tiene una belleza celestial; mas por muy elevada, huyendo de los ojos, no hace tanta impresion en el corazon humano, como la hermosura terrena; y de este modo no es posible, que la *virtud* pueda triunfar del *amor*. Muy enhorabuena, dixo Miseno, entren en nuestra consideracion los ojos: mirémos con toda atencion el objeto, que nos encanta; pero mirémos como hombres, y no como mira un simple animal. Haciéndolo así, yo os prometo, que se deshaga el amoroso encanto, que la vista hubiese hecho, y que siempre vendrá á triunfar la *virtud*.

22 Suponed que veis correr por la tierra enfrente del Sol un arroyo pequeño: á ve-

ces

ees os parece una serpiente de plata ; de quando en quando tachonada de brillantes. En la realidad es una fuentecilla bien pobre; pero vista desde donde nosotros estamos, forma unos brillos tan vivos, que excede á la mas preciosa pedrería. Parece que va huyendo del sol, y que quanto mas se aparta, él la persigue mas, disparándola como á fugitiva sus dorados rayos : dorados rayos digo, ó saetas de oro, arma terrible, que de ordinario triunfa ; mas la pobre, é inocente, zelosa de su pureza, tímida, y trémula, va corriendo, y escapando ; y quantos rayos recibe, tantos rechaza : gracia que la hace mas brillante, y hermosa, porque siempre el recato dió realce á la belleza, y la modestia nuevo colorido á la hermosura. Ahora si hubiese alguno tan locamente enamorado de la beldad de este arroyuelo, que se arrojase en tierra, para abrazarlo, sin advertir, que toda su hermosura le venia del Sol, ¿con qué se hallaria este loco ? Con una poca de agua obscura ; porque su misma sombra, y mal dirigido obsequio, le vendrian á obscurecer toda su preciosidad, y hermosura. Así, pues, sucede á quien perdido por qualquier belleza terrena, no advierte que del sol supremo viene todo lo que en ella le agrada, ni que su sombra bas-

ta para ofuscarle; entonces si porfia, se hallará solamente con lodo, tierra, y vileza. Decidme ahora, Señora, si me engaño, ó si exâgero la verdad, y confesareis, que esta reflexîon tiene lugar aun en aquellas hermosuras que encantan nuestros ojos, debiendo estas conducir el corazon á amar la virtud, á la que ellos hasta entonces no miraban. La belleza bien considerada nos debe elevar el ánimo á Dios, que es su único, y total principio, como lo es el sol de toda la belleza de las aguas.

23 Quedó Elena convencida, el Conde pasmado; pero el Embaxador, aunque admirado del discurso de Miseno, todavía quiere instar, y replica de este modo: Si esta pasion diese lugar á esas reflexîones juiciosas, no seria ciego el *amor*; mas este maligno de tal forma aprisiona al alma, que nada puede ver sino á su ídolo, ni escuchar sino sus armoniosos encantos, de manera, que el corazon transformado en un verdadero girasol, sigue todos sus movimientos, y desde el oriente al ocaso nunca aparta de él sus ojos.

24 Pues si tan fino lo sigue hasta el ocaso (dixo con viveza Miseno) ponga bien en él sus ojos, y se deshará el encanto. Al ocaso, al ponerse el sol de la vida, ve-

rá que desaparece toda esa hermosura terrena, al mismo tiempo que la de la *virtud* se mantiene perpetua, y permanente. Confieso, que quando nace la aurora, quando crece el dia, quando el sol se ostenta hermoso, y luciente, todo es en él belleza, todo en nosotros alegría, porque entonces toda la naturaleza se está riendo. Mas en las cercanías de la muerte, esto es, al caer el sol, quando las sombras luchan con la luz, la noche con el dia, la muerte con la vida, vereis el sol pálido, macilento, y triste: entonces las rosas se marchitan, se deshojan, é inclinan á la tierra, y vuestro corazon desconsolado, y solo, no hallando objeto que lo satisfaga, pesado á todos, embarazado consigo mismo, se precipita en los abismos de la melancolía, y por lo comun se pierde. Al contrario, si por su felicidad pone los ojos en la perpetua, é inmutable hermosura de la *virtud*, su encanto no teme el ocaso, porque á cada momento es mas admirable: su beldad nunca se disminuye, nunca se marchita, nunca se seca, ni jamas el corazon se fastidia, ni queda solo. Y ved aquí como aun consultando con nuestros ojos, ha de ser siempre preferida la hermosura de la *virtud*.

25 Mas, amigos, vosotros sabeis, que

de tal suerte contrapone Dios en este mundo los bienes á los males, las perfecciones á los defectos, que jamas (como ya os dixe) encontraréis hermosura sin lunar: poned la mira en el objeto, que mas os agrade: vedlo bien, dadle vueltas por todos lados, y vereis que ese iman, que por una parte os atrae el corazon, por otra lo arroja de sí por fuerza. Si el *amor*, como decís, está vendado, quitadle la venda: ved bien ese ídolo que amais, y cesará el encanto. No sucede lo mismo á la *virtud*, pues esta por todos lados es bella, y perfecta. ¿Qué me decís, amigos?

26 Confieso, dice el Conde, que si discurrimos con los ojos abiertos, hallarémos en esta infeliz pasion muchos mas disgustos, que contentos. La experiencia larga me lo ha enseñado siempre; mas la dificultad está en quitar la venda de los ojos, quando el *amor* nos gobierna. ¿Y que, el *amor* de nosotros mismos (replica Miseno) no podrá hacerlo con facilidad? ¿Nuestro propio interes no nos obligará á exâminar bien ese objeto que abrazamos? Fomentad, Conde mio, vuestro *amor propio*: amaos bien á vos mismo, y á ninguno amareis á ciegas. Amareis con juicio: amareis los objetos, que no os puedan llenar el corazon de hiel, el alma de veneno, el entendimiento de cuidados, y las en-

entrañas de zelos. Amareis la hermosura interminable de la *virtud*, la belleza de la *razon*: amareis el objeto, que os puede recrear con inexplicable placer, y haceros verdaderamente feliz. Oido esto, el Conde, Aymar, y Elena todos cedieron, y confesaron, que la enfermedad de *amor* tiene su verdadero remedio en el *amor propio* bien entendido; mas suponiendo siempre todo el socorro del Cielo.

27 Seguíase dar remedio á la *ambicion de gloria*, pasion que se habia juzgado tambien fortísima contra la *razon*; y para que defendiese esta causa, provocó Elena á su esposo, á fin de ver si esta *ambicion* cedia como la pasion amorosa, y se curaba tambien por el *amor propio*, arreglado, y bien entendido, por quanto (decia ella) nos ha de ser de mucha utilidad saber que tenemos en nuestro mayor veneno, una segura, y eficaz triaca para curar las enfermedades mas peligrosas del corazon humano.

28 Ya que me introducís en la metáfora de dolencia (la responde Aymar) quiero seguirla para explicar á Miseno como se halla mi corazon enfermo, y creo que del mismo modo que el mio están los de todos los mortales á quienes un nacimiento feliz les dió espíritus nobles. Yo soy Señor

del pequeño Estado de Cesaréa, que me traxo en dote mi esposa, y no me atrevo á compararme con alguno de los Monarcas de Europa, ni con los de la Asia; con todo, como entre amigos debe ser sincero el lenguage, os confieso ingenuamente, que todo el mundo me parece pequeño, que mi corazon se oprime en él, y que de todo este gran globo del mundo únicamente formaria una peana para los pies de mi estatua. Todo lo que es grandeza me lisonjea; y no pudiendo tener en la realidad todo lo que mi corazon apetece, es preciso que á lo menos la tenga en la apariencia; y así confieso que me agrada toda adulacion, á pesar de las luces de mi entendimiento. Soy tan miserable, que gusto hasta de los que me mienten, si sus mentiras lisonjean mi altivez, en lo que ciertamente me acompañan muchos, que blasfeman de la adulacion, y lisonja. A esta terrible qualidad se sigue una vanidad suma, porque acostumbrado á alimentarme de viento, soy sumamente ligero, la cabeza me anda por los ayres, y la menor tempestad me descompone; de suerte, que mi alma va en un remolino continuo, y nada sabe de sí. El corazon hinchado quiere reventar, todo me oprime, todo me asombra, no puedo ver en mi presencia á quien esté en mayor altu-

tu-

tuta que yo; y viendo que no tengo fuerzas, ni alas para subir mas alto, no me sufre el corazon, hasta que minando por debaxo de tierra consiga arruinar todo lo que me hace sombra. Ahora ya se ve que esto me ha de dar mucha fatiga, mucha pena, mucha tristeza. Ved aquí Miseno todo mi mal.

29 Por cierto, Aymar (interrumpió Elena) que, ó estais muy enfermo, ó haceis bien el papel. Veamos ahora, Miseno, cómo curais este doliente. No sé si podré curarlo (responde), porque tambien yo padezco el mismo mal; y lo peor es, que no deseo curarme de él. Tambien apetezco la grandeza con un deseo inexplicable, y solamente me diferencio de vos en los medios con que la procuro.

30 La suerte de un particular, que hace de la virtud su tesoro, y del dominio sobre sus pasiones su verdàdero imperio, es la que yo juzgo propia para gozar de la sólida grandeza. Porque primeramente, conteniéndose este dentro de los límites de su fortuna, no desea mas de lo que tiene, y de este modo ya ves, que posee todo quanto desea. A mas de eso entregado á la Providencia sumamente vigilante del Ser supremo, en quien del todo confia, cooperando su trabajo, tiene

to-

todas las asistencias que necesita. Asi independiente del capricho de la fortuna, y de la inconstancia de los hombres, dirige todas sus acciones á un fin honesto, sin ocuparse en mas, que en cumplir todos sus deberes delante de Dios, de los hombres, y de sí mismo. Ahora, como las leyes de Dios, y las del estado están comprehendidas en las de la *buena razon*, mas le sirven de luz, que le encaminan seguro, que de cadenas que le opriman con su peso. De este modo, que el mundo arda en guerras, que se revuelvan los estados, todo esto poco le importa: su trabajo le sustenta, y le quita los cuidados: él le ocupa, y le divierte, de suerte, que la noche le es agradable por el reposo, y el dia por su inocente ocupacion. Quantos hijos tiene en su casa, tantos criados cuenta, siendo en su familia amado como padre, y respetado como Soberano. Ahora, no habiendo vicios, no hay fomento de discordias, y sin estas tiene en la paz todas sus delicias, y su mas vivo deleyte. Como no hay quien le envidie, no puede tener enemigos, y como á ninguno ofende, nadie tiene queja de él. Ni la *fortuna*, ni la *desgracia* le saben la puerta: contento con poco, en lo poco lo tiene todo, y satisfecho con lo que tiene, pasa alegre los dias de la vida, y alegre re-

ci-

cibe la muerte; y esto con menos violencia, y mas heroycidad, que esos famosos varones á quien la fama celebra.

31 Ved aquí la grandeza que apetezco, de cuyos deseos no me quisiera curar. Tened, amigo, ambicion de este modo, si quereis ser mas glorioso, y feliz de lo que tal vez habreis deseado hasta aquí. Yo confieso (continúa) que viví muchos años con otra idea muy diferente de esta, y dudo que haya mortal, que desease la *gloria*, y la *fama* mas que yo. El Conde sabe algunas particularidades de mi vida, que lo confirman. La gloria militar era para mí una divinidad; de modo, que apenas la divisaba á lo lejos, quando corria tras ella con los brazos abiertos, y los ojos fixos en su luz aparente, y corria precipitado, sin reparar en barrancos, ni despeñaderos, ni en ningun otro peligro; mas quando ya de cerca iba á cogerla entre mis brazos, me hallaba burlado, y conocia entonces, que esa bella divinidad no era en todos los bienes, que me prometia, sino una niebla sin substancia, una ilusion, un sueño, una quimera; pero verdadera realidad en los males que me ocasionaba. Mas, en fin, recordé, conocí mi yerro, y mudé de concepto, y sistema.

32 Con todo (replicó Aymar), aunque con-

confieso que es la pura verdad lo que decís, mi corazon aun rebelde al entendimiento halla en la fama una especie de atractivo, que no puede resistirle. ¿Qué gloria no tendrán esos héroes, que supieron dexar despues de sí una fama, que jamas ha de perecer? Sea por el camino que fuere, la fama hace á un hombre inmortal, que es atributo de la divinidad. Este es un modo nobilísimo de burlarse de la muerte, y triunfar del invencible imperio de los tiempos. ¿Quándo se olvidará en el mundo un Alexandro, y otros conquistadores? ¿un Anibal, ni otros famosos Capitanes? ¿un Caton, un Demóstenes, un Ciceron, un Homero, y otros ingenios admirables, que por la sabiduría, y eloqüencia supieron inmortalizarse en el mundo? Ved aquí, pues, á lo que aspira mi corazon, y lo que le causa su mas cruel tormento por no poderlo alcanzar.

33 Ahora (dice Miseno) filosofemos un poco. ¿Y quándo fué que gozaron esos héroes de la indecible felicidad que la fama les procuró? ¿Ahora, ó quando vivian? Ahora, responde Aymar; y Miseno replica: ¿Pues qué teneis correos para enviarles adonde ellos se hallan noticia de lo que pasa en el mundo por su respeto? No hablemos, amigo, como el vulgo, que se gobierna por ideas va-

vagas, y confusas. Exâminemos bien lo que decimos. El momento de la muerte separa con una distancia infinita á los que viven de los que ya fallecieron, y así no pueden esos héroes Paganos ya difuntos tener noticia alguna de nosotros. Las alabanzas que les ofrecemos, los vituperios que contra ellos se profieren, no les llegan: son como piedras tiradas por manos de niños, que no pudiendo atravesar este gran vado, caen en medio de ese lago inmenso, que nos separa.

34 Y quando estas noticias les llegaran, ¿creeis que les serian sensibles esas honras, ó vituperios? ¡O, y cómo os engañais, amigo! La region que ellos habitan les ha mudado la naturaleza. Y si no, decidme: ¿Qué se os da á vos, que los negros de Monomotapa, situados en las últimas extremidades de la Africa, os tiren sus venenosas flechas, ó que os hagan reverentes cortesías? Despues de la muerte, ó somos felices, ó desgraciados. Si soy feliz, Aymar mio, viéndome inundado de aquel gozo delicadísimo á que me conduxo la mano del Todopoderoso, ¿cómo podré ser sensible á lo que dixeren quatro locos, que yo mismo dexé cerrados en esa obscura carcel de la ignorancia, que se llama *mundo*? Y si fuere desgraciado, ni las alabanzas de los hombres serán capaces

de

de mitigar mi pena, ni sus vituperios podrán aumentármela. Aun los mas grandes objetos serán entonces tan pequeños á mis ojos, que nada podrán ni aumentar, ni disminuir mi infelicidad, así como ni se pueden disminuir, ni aumentar con una pequeña concha llena de agua las del Mediterraneo. Ahora respondedme, amigos, si acaso esta Filosofía me engaña, hacédmelo ver, y os quedaré sumamente obligado

35 Suspenso quedó el Embaxador, y qual generoso Caballero, que armado, y valiente corre á embestir á su contrario; mas atravesado de una saeta enemiga cae luego de repente como un tronco inmovil, así él no se atrevió á resistir, y se rindió vencido. Pero el Conde (en cuyo pecho destinado á las proezas de la guerra hervia el ardor militar) salió impaciente á defender la causa que Aymar abandonaba, quejándose de que por este medio se quitaba del mundo el mas noble, y poderoso incentivo que podia tener un hombre de bien. Si nos haceis insensibles (decia) á la buena, ó mala reputacion despues de la muerte, volveis de arriba abaxo toda la basa fundamental de las acciones heroycas, destruis el movil interior de los corazones bien nacidos, y solo dexais que el mundo se revuelva sobre el exe vil del in-

te-

teres, propio de almas terrenas, ó nacidas en el lodo. Esto dixo el Conde con un modo demasiadamente vivo, y que algun tanto degeneraba en desprecio; á lo qual Miseno con un tono noble, y de autoridad, queriendo reprimir al Conde, le dice:

36 ¿Y con quién hablais vos? ::: ¿No sabeis que el idioma del honor no me es extraño, y que mi corazon no ha perdido por las máxîmas de la Filosofía, aquellas que un hombre de bien debe seguir? Dicho esto, notaron Aymar, y Elena, que las mexillas del Conde se habian sonroseado de repente, que sus ojos se confundian avergonzados, y que su voz enmudeció, creyendo por este efecto, que la persona de Miseno era de mayor autoridad, aunque ellos ignoraban su nacimiento. Neucasis al contrario extrañó mucho el tono de Miseno, disponiéndose con esto á estimular quanto pudiese el corazon del Conde á sacudir el insoportable yugo de aquella severa compañía. Entretanto Miseno tomando el tono ordinario de una conversacion amigable, continuó así: Yo quiero desterrar de los corazones nobles el temor, y miedo de las fantasmas, y plantar en ellos la estimacion, y temor de lo que es sólido, y verdadero. Hago, y debo hacer gran diferencia de merecimiento á fama, que son dos co-

cosas muy diversas, ó bien anden juntas, ó bien separadas. Vemos muchas veces sin fama alguna allá en un pequeño rincon del mundo un gran merecimiento, una virtud bien probada, unas prendas sólidamente heroycas, y por otra parte vemos, que un viento favorable, una leve accion, un ademan, un movimiento oportuno basta para levantar á las nubes, como los cometas de los niños, cosas muy viles, y ligeras, que puestas cerca del sol, brillan con luz prestada, y parecen planetas de naturaleza superior á los cuerpos terrestres. ¿No es esto así? ¿Y no es demasiado freqüente? Un hombre de bien debe en todo, hijo mio, procurar el *merecimiento*, y hacer poco caso de la *fama*. Debe procurar merecer la estimacion de los que juzgan bien, de los que juzgan imitando á Dios, y hacer poco caso de que los necios, que viven en este mundo, les den, ó les nieguen sus elogios. A qualquier parte que yo fuere en la vida, ó en la muerte, vendrá conmigo mi mérito. El me honrará, él me encumbrará, él me hará estimable; mas la opinion de los insensatos, que juzgan á ciegas, y solo por la voz del vulgo, de la pasion, ó del capricho, quede donde quisiere, que yo paso adelante sin dependencia de ella. Si Dios me estima, si el entendimiento su-

supremo me aprueba, si el Príncipe Soberano sentado en su trono eterno me aplaude, y todos los que tienen buen juicio confirman sus alabanzas: ¿qué se me dá á mí de lo que dixeren los viles lacayos, que andan por la tierra lidiando con brutos, y viviendo como ellos, teniendo el corazon lleno de inmundicias, y las manos de lodo, aunque exteriormente estén muy emplumados, y llenos de la vanidad loca del vulgo? ¿Qué me importa que estos me alaben, ó vituperen, si el Príncipe Soberano me honra, y estima?

37 ¿No ves ahora, hijo mio, como se puede despreciar la *fama*, y tener al mismo tiempo corazon noble, obrar acciones muy heroycas, y sentir un ardor importantísimo para entrar en las mas dificiles empresas? Ved aquí, pues, como el *amor propio* me mueve á procurar la estimacion, la grandeza, la gloria, y como me enseña á buscarla por el camino mas sólido, y mas seguro, y á no hacer caso alguno de la fama, viendo que esta se adquiere muchas veces sin mérito, y se pierde sin culpa.

38 No pudo resistir el Conde, y confesó á Miseno, que la mala inteligencia de su doctrina le hizo dudar de ella; mas que ya conocia, que era la mas verdadera, y la mas sólida. Y así ya las dos pasiones del

amor, y de la *ambicion* estaban remediadas con el *amor propio*. Faltaba la tercera del *interes*, cuya defensa pertenecia á Neucasis, segun la distribucion que la Embaxatriz habia hecho, y él habló en estos términos:

39 Nuestra nacion es notada de mas interesada, que las otras; mas yo no sé si la diferencia está en el deseo, ó en la sagacidad de poder salir bien de esta comun empresa. El juicio fino que nos dá el clima, ó tal vez la necesidad originada del terreno ingrato, nos habrá hecho mas aplicados en esta ciencia importante, y de aquí viene, que los demas nos echan en cara como defecto lo que ellos desearian tener como prenda. Mas pasemos adelante.

40 La fama, y reputacion de qualquier modo que la miremos siempre es viento, su concepto facilmente desaparece como el humo, y jamas sobre ella nos podemos apoyar; mas las riquezas son un bien real, y verdadero, que palpamos con las manos. Si sois rico, sois feliz en este mundo, y poseereis en él todo quanto podeis desear: si sois rico, sois luego noble, sois valiente, sois hombre de bien, y honrado, sois entendido, y juicioso, aunque nada de todo eso seais. Traed siempre un rico vestido: traed siempre vuestro bolsillo provisto para vaciarlo con juicio:

bri-

brillen los diamantes, y las esmeraldas, y podreis entrar con satisfaccion en qualquier parte seguro de que no se os negará el primer lugar. Todo lo que dixereis será acertado, vuestra sonrisa prudente sentencia, vuestro silencio será reflexîon madura, y vuestro genio altivo nobleza de corazon, que desprecia todo lo que es vil, y ratero. Con la llave de oro se os abrirán todas las puertas, con las cadenas de este mismo metal aprisionareis, y atareis á la fortuna. Aunque tengais mil defectos, que en un pobre serian delitos horrendos, en vos se deberán mirar de otro modo, y se juzgarán qualidades de caballero, y decencia de vuestro estado. Si sois pobre, sois vil, sois importuno, sois despreciable; vuestro mérito no tiene valor, vuestra Filosofía es estolidez, y vuestro silencio ignorancia. Siendo pobre, y teniendo defectos, sois horrible, y ni vuestra buena sangre será bastante para purificaros del mas leve delito; pero siendo rico, quedareis superior á las leyes que oprimen, y arrastran á la plebe. La ley comun os exceptuará, y podreis hacer libremente á los otros lo que si alguno de ellos os hiciese sería insolencia intolerable. En quanto á las leyes de Dios no hay que dudar, que aun siendo rico os comprehenden; mas ninguno se atre-

verá á molestaros para que las deis debido cumplimiento. En una palabra, señores, si tuviereis riquezas, tendreis tambien todo quanto podiais desear.

41 Menos la virtud (acudió luego Miseno), y menos la felicidad verdadera; porque, amigo mio, todo quanto decís es la pura verdad, y conoce muy poco el mundo quien no tuviere experiencia de ello. Pero si os dexais llevar del amor de las riquezas, y absorber de este deseo insaciable de adquirirlas, os aseguro que jamas sereis verdaderamente feliz, y que vuestro corazon gemirá como el de un vil esclavo oprimido, y aprisionado, aunque con cadenas de oro, que no oprimen menos que las de hierro, antes mucho mas por ser metal mas pesado. El corazon humano por su rectitud natural mira siempre ácia la virtud, y la justicia, como la aguja al Norte; mas tocadle con el metal mas precioso, y estimado, y vereis que ya titubea, se inquieta, y dá vuelta ácia la parte opuesta. ¿Quál es la balanza que no pierde su equilibrio, si de una parte se pone oro?

42 Si hubiésemos de creer en encantos, yo diría que este hermoso metal tiene poder para encantar el corazon humano: cosa increible, pero verdadera. Nos aseguran, que está el oro á la otra parte de los mares, y

la

la fama volando viene, y nos dice, que lo vieron en los últimos términos de la Arabia, en la Africa, y allá en las Regiones mas apartadas que el sol domina al Medio dia. Y ved aquí, que los corazones que están á la parte de acá en Europa, se alborozan, se inquietan, y salen fuera de sí. Los ojos se lo fingen, ó figuran, y apenas les parece que lo ven brillar como á lo lejos, quando se arrojan á los mares, y luchando con los vientos, con las ondas, con la muerte, por lo profundo, por lo alto, ya nadando, ya casi sumergidos; si en fin salen sobre las aguas, van siempre siguiendo adelante hasta llegar á términos de poder ponerle la mano encima. Muchas veces ven delante de sus ojos, que se pierden sus compañeros: navíos, cuerpos, bienes todo se lo sorbe ese formidable dragon; pero nada importa, porque es el oro lo que se busca. ¿No es esto, pues, un encanto?

43 Aun digo mas: la sangre, ó un casamiento os han enlazado muy estrechamente: habeis travado la mas fiel, y fina amistad: las bellas prendas de alma, y cuerpo os han cautivado el ánimo de modo, que venís á ser ya dos almas mutuamente unidas, ó un corazon dividido, á quien una misma voluntad vivifica. Muy bueno es eso. Pero

guardaos que el oro os llegue á tocar: guardaos que este metal medie, é inopinadamente se aparezca entre vosotros, porque será la manzana de la discordia. Un odio interminable fomentará demandas, y reñidísimos pleytos; todas las prendas de que antes haciais estimacion, de repente se convertirán en vicios horrendos; de suerte, que solo con la muerte tendrán fin vuestras desavenencias, ó disensiones; porque en atravesándose intereses, no hay ley, ni razon, ni estimacion, ni empeño que os pueda volver á unir. ¿Y no es esto un raro encanto?

44 Un hombre, que no se para en intereses, tiene lo mas andado para ser hombre de bien, y poco le puede faltar para vivir enteramente feliz, porque ni los deseos le inquietan, ni las intrigas le afligen, ni los remordimientos le despedazan, ni le perturban las pasiones. Con la ley en una mano, y en la otra el honor camina siempre derecho, estimado de los hombres, bendecido de Dios, amado de los buenos, respetado de los malos, y alabado de todos. Ved ahora, Neucasis, si quien á sí mismo se ama como debe, y piensa seriamente en su tranquilidad verdadera, hará bien de resistir á esa ambicion del *interes*, ó codicia de riquezas.

45 Aun no se dió Neucasis por conven-

ci-

cído; mas Elena confesó ingenuamente, que habia vivido engañada hasta entonces con la idea que tenia del *amor propio*. Esta pasion, decia, siempre la reputé por el hijo mas querido de nuestra alma, y que por eso tenia en la indigna condescendencia de su madre una educacion vil, y muy viciosa. No vivia sino en los brazos de sus ínfimos criados; esto es, de los sentidos; y su único sustento era el deleyte: no respiraba sino vanidad, y el crimen era el principal objeto de su ocupacion. Mas ahora conozco, que el *amor propio*, como Miseno lo pinta, tiene educacion mas noble, vive en los brazos de la *razon*; y unido estrechamente con la *virtud*, y con la *honra*, respira su mismo aliento, aprende su lenguage, estudia sus principios, y no se separa un paso de sus mas importantes máxîmas. Ahora conozco, que aquí está el escollo donde muchos Filósofos han naufragado. Ellos pusieron al *amor propio* por regla de nuestras acciones, pero era un *amor propio* falso, y loco; mas Miseno nos quiere libertar de este peligro, dándonos por regla otro *amor propio* racional, y verdadero. Debemos, pues, confesar, Aymar, que si nos dexamos dirigir de la *razon*, podrémos sacar de nuestras pasiones muy grande utilidad. En estas, y otras reflexîones pasaron la ma-

yor parte del dia en amena, y util conversacion, habiendo navegado con viento seguido, y favorable; mas no duró mucho este sosiego.

LIBRO XVIII.

1 ARrepentidas estaban las furias infernales de lo mal que habian dispuesto su estratagema, viendo que no pudieron separar á Miseno del Conde, y que su Filosofía verdadera siempre iba triunfando mas, y mas de los vicios; y la recta *razon* de las pasiones, de modo que advertian, que el imperio de la *virtud* cada vez se iba estableciendo con mayor fundamento. Lamentábanse de que aplaudian á Miseno, no solo el Conde, y su hermana Sofía, sino tambien el Embaxador, y Elena, y que en breve tiempo Neucasis, y toda la tripulacion del navío aprobarian sus máxîmas; y de este modo estaban ya divisando como á lo lejos la gran ruina, que estos principios amenazaban á su imperio. Viendo esto el Príncipe de las tinieblas, concibió una ira tan furiosa, y desesperada, que no era señor de sus movimientos; y dando tres ahullidos formidables amedrentó toda aquella region infernal. Estaba muy irritado por lo mal que las furias desempeñaron su comision; y despues de haberlas echado en cara con cólera, y furor su ignorancia, y su flaqueza, se levanta del trono desesperado, y quiere salir en persona á poner mano en la empre-

presa, cosa rarísimas veces vista en aquellos calabozos infernales. Conmuévense con esta novedad todas las cavernas: estremécense los peñascos: hiélase el cocyto medroso, y aterrado con el nunca visto horror de su Soberano tan enfurecido: todos los dragones infernales se presentan temblando, y en un momento aparecen allí todas las demas furias, que dispersas vagueaban por la faz de la tierra, y entre ellas las que agitaban los mares, y producian las tempestades. Toda la tierra queda en calma; y las infernales mazmorras se ven llenas de monstruos, que sin saber su destino, solo por apaciguar la cólera de Belcebú están prontos á arruinar (si posible fuera) al mundo entero. En esto vino el espíritu del *error* acompañado de tres poderosas furias, que estaban mas heridas de la lengua de Miseno, esto es, las que inspiran á los mortales el *amor*, la *ambicion de gloria*, y el *interes*; y lleno de audacia, se presenta delante de su Príncipe, y le dice:

2 Repetidas veces, Señor, intenté la conquista que me estaba destinada, y no pude salir bien de ella, porque mis fuerzas no eran bastantes para luchar contra las de la Sabiduría suprema, que protege á ese terrible hombre. Mas ya que acaba de hacernos tantos ultrages á mí, y á estas tres compañe-

ras,

ras, nosotros mismos debemos intentar de nuevo la empresa; y por vuestro respeto, y nuestro honor hacer los últimos esfuerzos en orden á perder del todo á esos hombres, ó á lo menos á separarlos eternamente. Si no bastaren nuestras fuerzas, entonces empeñareis vuestra persona; pero es cosa indigna, que enemigo tan flaco obligue á salir de su corte infernal á su propio Soberano: yo me ofrezco á ser víctima de todo vuestro furor, si volviese á estas mazmorras sin dexarlos perdidos, ó separados. Y solo os pido para la empresa tres dias de tiempo, y el socorro de estas tres compañeras con todas sus subalternas. Esta arenga sosegó el furor del Príncipe del abismo, el qual conoció bien ser indigno de su persona un combate tan pequeño; y mandó, que sin tardanza pusiesen en execucion lo que prometian.

3 Al punto parte el *amor* á templar sus saetas en el mortífero veneno de Cupido. El *interes* empieza á preparar Reynos, y riquezas imaginarias. La *ambicion*, planes bellísimos de admirables conquistas, y todo esto para deslumbrar el corazon, y las ideas del Conde, de Miseno, de Elena, y de quantos pudiesen contribuir á la empresa. A este tiempo ya los navegantes habian pasado el estrecho de Constantinopla, y estaba todo

do el mar, que llaman de *Marmora*, tan quieto, y sosegado, que parecia un espejo cristalino. Avistaron, aunque á lo lejos, las montañas de Calcedonia, y tambien las de Nicomedia; mas como los vientos habian dexado los mares en perfecta calma, nada adelantaban. El mismo espíritu del *engaño*, que para sus designios habia encerrado por un breve tiempo los vientos en los abismos, hace venir del Mediterraneo cardumes de hermosas tortugas, que nadando al rededor de la nave convidaban á los pasageros á una pesca muy gustosa. La grandeza de las tortugas era extraordinaria, y su multitud infinita. Y ved aquí que Neucasis herido del deseo del *interes*, propone baxar al esquife con la mayor parte de la tripulacion para aprovechar aquel lance, que le ofrecia grandísima ganancia. La nave estaba inmovil, como si fuera un edificio marítimo fabricado sobre los mas firmes peñascos. No habia en el Cielo ni una nube de donde esperar la mas leve brisa; hervia el Capitan en codicia, y arrojando al mar el esquife, se baxa á pescar, y convida á la pesca á la Embaxatriz; y al Conde, que no dudaron condescender, movidos de la novedad del lance.

4 El Embaxador, y Miseno con muy pequeña parte de los marineros se quedaron en

en el navío ; y desde las ventanas de la cámara , asistian á la pesca , que era divertida ; mas satisfechos , y fastidiados á fuerza de ver siempre lo mismo , se retiraron á discurrir , y conversar sobre las conmociones de la Palestina , y las qualidades de los nuevos Reyes , que habian de perderla , ó conquistarla. Temo (decia el Embaxador) la poca experiencia del Conde de Briena , y la ligereza de una Reyna lisonjeada con la gran multitud de pretendientes , y con la vanidad de su rara belleza. Y mas que todo temo las intrigas de los Principes Latinos. El Conde de Moravia va á militar de parte, y á nombre de su cuñado el Rey de Ungría , y no dudo que su valor le hará distinguir , y el deseo de la gloria le ocupará enteramente. Mas vos , que le acompañais, sin ánimo de ensangrentar la espada , podreis militar con mucho mas honor , y mayor utilidad de esos Estados , si quisiereis aceptar el empleo , que la ocasion os ofrece felizmente. Tengo comision de la Reyna para solicitar por toda la Europa , un sugeto de madurez , y política , que pueda estar á su lado en qualidad de padre , y supremo consejero. Ella no quiere dar ciegamente el gobierno absoluto de sus Estados á un esposo que no conoce ; solo quiere compañero,

y no Señor de la Corona, que pusieron sobre su cabeza los inopinados sucesos de la Providencia.

5 En todos los Príncipes que militan, ó tienen Estados en Palestina, hay circunstancias que los apartan de este importante lugar; porque los intereses propios ciegan siempre para no ver los de la Corona; y la desconfianza de la Reyna le hace temer por esa causa como engaño el consejo mas conveniente. Yo no quiero elegir este consejero en la Francia, porque el espíritu de la nacion haria que siempre siguiese el partido del Rey; y nosotros necesitamos un hombre, no solo inteligente, y experimentado, sino imparcial, como vos lo sois. Vos teneis conocimiento de las Cortes, y de las intrigas, que en ellas se encuentran: conoceis el corazon humano, la malicia de los cortesanos, y su astucia: conoceis los secretos de la guerra, y de los gabinetes; de suerte, que Marte, y Minerva os son igualmente familiares; y en fin vos no buscais la gloria, sino solo el mérito; y por tanto sois el mas digno, que yo puedo hallar para este ministerio. Ved, pues, si quereis dar este honrado descanso á vuestras fatigas, y á vuestros dias un término tan digno de vuestra persona.

La

6 La fortuna (segun lo que el Conde me ha dicho) os ha perseguido siempre; mas ahora arrepentida de tantas injusticias, quiere rendir debido vasallage á vuestro mérito. Si acceptais, alabarémos todos la Providencia de darnos en vos la paz, la armonía, y la seguridad de todos nuestros estados, que mas se han perdido por la desunion, y mala inteligencia de los Príncipes Latinos, que por las armas de los Turcos, y Sarracenos. En quanto á mí os puedo prometer de parte de la Reyna una docilidad suma, un deseo sincero del bien, y una constancia sin obstinacion en la práctica de vuestros consejos. Ved, pues, si os conviene la propuesta que os hago con todo secreto; porque entonces sin mas tardanza podré dirigirme á S. Juan de Acre. Y en caso que los tiempos me hagan arribar á qualquier puerto, tomaré el camino por tierra para prevenir á la Reyna de la completa satisfaccion de sus deseos, á fin de que quando llegueis vos, y el Conde de Moravia, seais recibidos con distincion, y todo se disponga prontamente para el arribo del nuevo Rey, que irá con mucha brevedad.

7 Oyó Miseno la no esperada propuesta, y respondió luego: Amigo, si he de

con-

consultar la ley de la *razon*, regla de todas las acciones justas, no puedo aceptar el empleo de tanto honor, con que me convidais, porque buscaria en él mi mayor mal, quando solo trabajo por conseguir la felicidad verdadera. Sé ya por la experiencia, qué casta de vapores reynan alrededor de los tronos. Por una nueva, y extravagante Filosofía he conocido, que quanto ellos están mas altos, tanto son los ayres mas turbios, mas cargados, y los vapores mas espesos; de suerte, que á proporcion de lo que se levanta la atmósfera, es tanto mas maligna. Apenas un hombre de juicio sano, y corazon recto entra en esa region contagiosa, quando al instante una ligera nube comienza á difundirse por su entendimiento, y le ofusca, de suerte que ya no ve las cosas como las veia antes, de modo que aquello mismo que le parecia enorme, y feísimo, pasadas algunas conversaciones, pierde mucho de su horror: pocos dias despues ya le es indiferente, y con el tiempo viene á parecerle útil, y en cierto modo laudable. La palabra *no*, es la mas dificil de pronunciarse en Palacio: no sé qué tiene, que no cabe por la garganta, y quando mucho, se llega á pronunciar la mitad, y tan mudamente, que apenas se puede oir; y lo

que

que es mas, esta mudez, y ceguedad, no aflige el alma: ella bien siente una especie de letargo, que la pone muy diferente de como antes se hallaba; mas como este letargo sea suavísimo como el de un sueño, insensiblemente se dexa llevar con gusto por donde la conducen, sin tener resolucion para resistir, ni curiosidad para exâminar si el camino es recto, y seguro. Constituido el hombre en esta situacion, las armoniosas sirenas de las lisonjas le encantan; y como tiene las potencias de su alma entorpecidas, gusta de su misma enfermedad, y tanto, que llega á temer, que no se desvanezca el contagio, que le priva de sentidos, del uso libre de la *razon*, y de la *libertad*. No quiero yo que así me suceda á mí, no amigo mio, no. Ahora que estoy á la parte de afuera, soy como un caminante, que va por los montes, advierte á lo lejos los valles llenos de humo, y de vapores, que ignoran, y no ven los que en él están sumergidos. Estimo los dones de Dios, y no quiero perder el uso de mi *razon*, ni mi *libertad*, y de uno, y otro bien vendria á quedar privado por mi mala eleccion, si aceptase el favor con que me lisonjeais.

8 Mucha razon teneis en todo quanto decís, respondió el Embaxador; pero vuestra

razon misma os condena. Conoceis los peligros que hay en los que asisten á los Soberanos, ¿y quereis que entren en esos puestos aquellos que no los conocen? Si vuestra experiencia os hace ver el lazo, solo vos debeis pasar por ese camino, porque podreis evitarlo mejor que otro ninguno. En la noche confusa, y obscurísima de esta region, ¿quereis que la Reyna se confie á quien no sabe los peligros del camino, quando tiene en vos un hombre, á quien el Cielo se los hizo tan claramente patentes? Los peligros dexan de serlo á quien está prevenido; y pues tan bien los conoceis, podreis acometerlos con ánimo, y con valor. Esa misma conducta de despreciar lo que todos, ó los mas desean con tanto ahinco, prueba con evidencia, que el Cielo os concedió mas clara luz, que al comun de los mortales, para evitar los riesgos de las Cortes, y de los cortesanos: ¿será pues lícito, siguiendo la ley de la razon, negar esta luz á una Princesa, que sin experiencia, y puesta sobre el trono, se ve en los mayores precipicios, y expuesta á caer en ellos? ¿A una Princesa, que os pide que la dirijais por el camino seguro para salir á salvo? ¿Y qué disculpa dareis en el pais de la verdad, quando os echen en cara todos los daños, que ciertamente han de seguirse, si el gobierno
cae

cae en corazon apasionado, ojos ciegos, y juicio pervertido? Reflexîonad, Miseno, en el bien público, que á todo hombre interesa, y no querais hacer de él sacrificio á vuestro descanso particular.

9 Alabo (le dice Miseno) vuestro zelo sincero, y cada vez os estimo mas, porque os conozco mejor; mas por la misma razon me confirmo en lo que os dixe, porque quanto mas reflexîono, mas razones descubro para creer que aceptar ese empleo, seria en mí gran temeridad. No soy yo de especie diferente de los demas hombres; y si fuera del laberinto, todos tienen luces, y todos son ciegos quando están en medio de él; tambien seré como todos los demas. ¿Deberé creer acaso, que Dios quando me crió, separó para mí una porcion de masa, que no entrase en la corrupcion general del mundo? Yo de la parte de afuera discurriré muy bien, veré todos los peligros, detestaré los errores, remediaré los desórdenes; pero metido en el centro del encanto, quedaré alucinado, como lo quedan los otros. Sabed, amigo, que el hombre no acostumbra ser el mismo, quando su fortuna es diferente, porque mudamos todos en cierto modo de naturaleza, siempre que nuestra fortuna se muda.

10 El arroyuelo, que se acomoda humil-

de con el estrecho cauce, que le destinó la naturaleza, va siguiendo con mucha paz su camino; pero así que se engruesa con abundantes lluvias, dexa ya de ser lo que era: entonces hecho un rio caudaloso, no contento con las estrechas márgenes, que ocupaba, impaciente, y soberbio, arranca los diques, inunda los campos, pierde las mieses, arrebata el ganado, arruina los edificios, y con indomable furia, ó se levanta orgulloso en espuma, ó se precipita desesperado. Aquí, pues, teneis la imagen del hombre, y un retrato de lo que yo soy viviendo en mi estado, y de lo que naturalmente seria, si aceptase ese empleo. La riqueza, y la abundancia, no me tientan, y prefiero una medianía bien tenue á toda esa opulencia famosa; y así ¿por qué he de perder la paz, el sosiego, el bien que poseo en el seno de mi *razon*, y de mi *libertad*?

11 Calculad bien, amigo mio, todo lo que posee un hombre que está colocado en puesto eminente, y escabroso, y hallareis, que si sacamos lo preciso para el sustento, y vestido (que á la verdad es bien poco) lo restante de qualquier modo que conteis, viene á ser para otros; mas la incomodidad, la fatiga, los sustos, la falta de sueño, la murmuracion del público, el peli-

ligro del alma, y de la honra, esto solo es para el infeliz que está en la eminencia, expuesto á los tiros, á las tempestades, y á las observaciones malignas. Sacamos, pues, en limpio, que todas las incomodidades esencialmente anexas á ese lugar eminente con que me convidais, serán para mí, y solo para mí; pero casi todas las riquezas, y utilidades para los demas. ¿Deberé, pues, entrar en un juego, en que sea para los otros toda la ganancia, y solo para mí la pérdida?

12 En este tiempo sintieron que se movia el navío, porque el viento empezaba á levantarse; y queriendo ver lo que hacian sus compañeros en el esquife, ya no pudieron alcanzarlos con la vista. La brisa, que poco á poco se habia levantado, hallando el navío con todas las velas sueltas, y adormecidos por la enfadosa calma los pocos marineros, que en él habian quedado, ya le tenia puesto en movimiento, sin que lo percibiesen los que estaban en él. Los del esquife engolfados en el gusto de la pesca, por una, y otra parte seguian el rumbo que llevaba el cardume de las tortugas, que éran conducidas por el espíritu del *engaño* del modo que convenia para ponerlos distantes de la nave; y quando ya advirtieron que iba navegando, ni los clamores bastaban para que

los oyesen en tan gran distancia, ni los remos podian alcanzarla por mas que los forzasen. A los gritos del Embaxador, y de Miseno dispertó el Piloto; y no teniendo bastante gente para coger todas las velas, y maniobrar como convenia, fué forzoso que la nave siguiese por algun tiempo el viento, que se declaraba muy furioso. Sobrevino la noche, envolviendo en su negro manto toda la tierra, y las nubes la hacian mas tenebrosa, ocultándoles á los remeros, y á Neucasis la vista de la nave, de las estrellas, y de los horizontes por donde se podian gobernar.

13 Entonces fué quando todas las furias de los abismos saltaron en el esquife, y en el navío, pareciendo cada una de estas embarcaciones un vivo infierno. El Conde, Neucasis, y la Embaxatriz se daban por perdidos, viéndose de noche en medio del mar en una pequeña lancha, sin abrigo, sin sustento, sin agua, sin consejo, sin aguja, ni gobierno. En el navío el Piloto se veia sin marineros, expuesto á un naufragio cierto. El Embaxador se lamentaba de su muger perdida. Los vientos soplaban, el mar se agitaba, el peligro crecia, la desesperacion, y la noche aumentaban los males. Neucasis desde el esquife vomitaba mil maldiciones con-

tra

tra el Piloto, el Conde contra Miseno, Elena contra su marido, culpándolos á todos de la crueldad con que les obligaban á perecer en medio de las ondas. No podian ellos atinar con la causa del suceso, y el Conde maldecia mil veces la Filosofía de Miseno, cuya doctrina extravagante podia ser el único principio de aquel desórden.

14 Todo lo estaba conociendo Miseno desde lejos, afligiéndose de tantos males; y no obstante el disimulo del Embaxador, comprehendia bien, que mudamente le acusaba de la conversacion, con que le habia embelesado, para que no advirtiese á tiempo que el navío se movia. El Piloto queria tomar giro en busca del esquife; mas el viento era contrario. Los del esquife envueltos en medio de las sombras, no sabian ácia donde habian de remar; y el espíritu del *engaño*, con un bulto aparente, que representaba la nave, les hacia remar ácia la parte opuesta á la que convenia. Andaban á tientas en medio del mar: ya les parecia que veian á lo lejos un bulto que podia ser la nave: ya se desengañaban, desapareciéndoseles de repente, y viendo de la parte contraria una sombra que se le asemejaba mucho. El espíritu maligno se divertia burlándose así de ellos, y entre tanto reynaban la *cólera*, y *desespera-*

cion. Neucasis, cuya codicia fué el motivo de todos estos trabajos, echaba la culpa al Conde, en cuyo obsequio habia tenido aquel pensamiento. El Conde repelia las injurias con excesos mucho mayores, tirando de la espada en el esquife, como si fuese en campo de desafio. Elena casi muerta se arrojaba en medio de ellos para impedir la última ruina. En fin, fatigados de remar en vano, por consejo de Elena descansaron, esperando la luz del dia, para ver entonces si descubrian el navío, que naturalmente iba girando para recogerlos. Mas todo quanto habian andado á fuerza de remo, tanto habia sido para apartarse mas de la nave, que engañada tambien por el viento inconstante, tanto mas se apartaba de ellos, quanto mas queria buscarlos.

15 Miseno en este aprieto para consolar al Embaxador, y al Piloto se valió de las máxîmas de su Filosofía, y comenzó á persuadirles, que si no murmuraban de la Providencia suprema, toda aquella tribulacion pararia en bien; porque solo de los hombres (decia) puede venir el origen del mal; y así todo lo que de la Providencia nos viene, no puede ser sino un bien. Mirad, amigos, un Ser infinito en bondad, en poder, en sabiduría, no puede de sí mismo producir cosa mala; y por eso si dispone la tribu-

la-

lacion de los mortales, por fuerza esa tribulacion ha de ser para algun bien, mayor que la misma tribulacion; de otra suerte faltaria su sabiduría eterna, ordenando un mal para un bien, que no merece medio tan costoso. Dios quiere (añadia) que nuestros amigos tengan ánimo para sufrir por un poco de tiempo este trabajo, y que no desagraden á la mano superior que nos aflige: Dios quiere que el Conde, y Neucasis sepan moderar sus pasiones, y que no las empleen contra el Cielo; porque nunca, amigos mios, debemos temer tanto, como quando querémos llevar por mal al Todopoderoso, irritándole mas quando nos castiga. Si un pequeño gusanillo de la tierra se rebela contra un gigante para morderle, quando este no haga mas que tocarle levemente ¿en qué parará la pendencia, sino en verse debaxo de sus pies muerto, y aniquilado? Respetemos los consejos de Dios, y supliquémosle rendidos, que nos conceda socorro en este aprieto; porque si no lo concede á quien le adora, mucho menos lo dará á quien le insulta. Temo las pasiones del Conde.

16 El Embaxador ahogaba en el corazon la idea del naufragio, casi cierto de su esposa; y alentado con la exhortacion de Miseno, adorando los secretos de Dios, le pedia humil-

mildemente el remedio. Miseno totalmente olvidado del peligro propio, solo suspiraba por el socorro de los que estaban en el esquife á punto de perderse; mas tenia tal confianza en la Divina Providencia, que parecia ver con los ojos todo lo que Dios escondia en el impenetrable caos de lo futuro.

17 Vino en fin el dia, y jamas les fué la hermosa aurora tan agradable. El mar estaba sereno, el dia claro, el Cielo descubierto; pero quando mas se alegraban á medida de lo que la luz crecia, mas se entristecian no pudiendo descubrir el esquife por parte alguna. El viento, llevando ácia el Oriente el navío desamparado, quando los remeros trabajando engañados una gran parte de la noche habian remado ácia Poniente, de tal modo los habia separado, que ni del esquife se veia la nave, ni los de la nave veian el esquife. Descubrióse el sol, y quedó el Piloto admirado, viendo que ya habian entrado muy adelante en el Golfo de Nicea, cosa que solo dirigida por el espíritu maligno parecia creible. Entonces vió que engañado por el viento inconstante, habia dexado muy atras el esquife: queria maniobrar, pero no tenia gente: queria volver á salir del Golfo, pero lo contradecia el viento; y quanto mas el sol subia, mas aquel se arreciaba. El mismo es-

espíritu del *engaño* , que tenia encerrados los vientos oportunamente , y sueltos quando le convenia , ahora los envia todos , para que con furia desesperada persigan al navío, hasta el logro de su total naufragio. Estaba la nave casi sin marineros , y así trabajaban Miseno , y el Embaxador como si lo fuesen; mas era su trabajo inútil , sus acciones tardías , y sus movimientos lentos , quando debian ser tan prontos , que apenas ocupasen un instante: lo que viendo el Piloto , abandonó las velas al viento , y dexó correr la nave quanto podia para dar en la costa , y salvar la vida.

18 El Embaxador ya en este tiempo habia perdido el ánimo , porque disparándole una envenenada saeta el espíritu del *error*, le heria de tal modo el entendimiento , que pasando en sus discursos todos los términos que la *razon* , y la *Religion* le prescribian, se desesperaba. En vano trabajaba Miseno por sosegarle , porque decia con desprecio, y con ira : ¡Y qué bien se ocupa Dios con quatro viles insectos , que asidos á una paja andan virando acá sobre las aguas del mar! ¿Porque qué otra cosa somos nosotros, sino quatro hormigas en comparacion de todo el globo de la tierra? ¿Y qué quiere decir todo este globo , que para nosotros es inmenso , si lo viéramos desde los intermina-

bles

bles espacios por donde se pasean los astros? Al contrario Dios, que todo lo encierra en el puño de su mano, ¿quán superior es á todo lo criado, que desaparece como el humo, y como la nada delante de su soberana presencia? ¿Quereis, pues, ocupar todo el entendimiento infinito de un Dios en nosotros? ¿En quatro gusanillos, que en su comparacion nos confundimos, y equivocamos con la nada? ¿No seria ridículo querer persuadirnos, que el Emperador de la China estaba en su altísimo trono con aflicciones, y con sustos, porque dos hormigas estaban en el lago de Nankin en peligro de ahogarse? Pues aun seria mas increible, que Dios se embarazase con el peligro en que nosotros estamos. A esto fué aumentando, y añadiendo tales locuras, y blasfemias, que lo extrañaba Miseno; pero este luego que se le sosegó la furia, y se puso capaz de entender la razon, le habló de esta manera:

19 No penseis, amigo, que Dios está obligado á hacer caso de nosotros por lo que nosotros somos; pero debe hacerlo por lo que él es en sí mismo. ¿Creeis acaso, que su inteligencia rehusa aplicarse á bagatelas, por estar ocupada con mayores cuidados? De ningun modo; y si no decidme: El sol, ese inmenso Planeta, que es el alma de los

Cie-

Cielos, ¿rehusará, digo, con desprecio alumbrar una yerbecilla del campo, porque tiene que alumbrar todos los globos del Cielo? Pues aun es mas imposible que la inteligencia infinita dexe de ver lo que pasa en el recóncavo del mas oculto peñasco. ¿Por ventura estorban su entendimiento la multitud de negocios, ó le ofuscan sus luces la continuacion, la fatiga, ó la confusion? ¿Quereis fingir un Dios con todas las flaquezas de hombre, y delinear sobre nuestras imperfecciones, y miserias la idea de un Ser infinitamente perfecto? Si él quiso ser Autor de nuestra vida, haciéndonos hijos suyos, ¿por qué monstruosa indiferencia nos abandonará al ludibrio de ese á quien llaman acaso? ¿Tendrá gusto de vernos ir zozobrando en los vayvenes de la fortuna? ¿Juzgais que para este fin nos sacó del abismo de la nada, y que quiso tener el pueril gusto de burlarse de lo que él mismo habia hecho con tanto cuidado? Luego no es imposible, Aymar, que vuestro juicio sosegado se trague todos esos absurdos. Guardémonos, pues, de irritar por nuestra desconfianza, ó murmuracion su justicia, y descansemos sobre su paternal providencia, por quanto lo que él hace por algun motivo lo hace, y motivo justo, decente, y al fin motivo digno de Dios.

20 A este tiempo los marineros empezaron á gritar, que veian tierra, y era la costa de *Nicéa*, que despues se llamó *Isnich*. Era á propósito el viento, y el Piloto enderezó la proa para dar en la costa; lo que no tardó mucho, salvándose todos por este medio, aunque con algun trabajo. Entonces el Embaxador dándose á conocer, sirvió de abrigo á Miseno, y á los demas que iban en su compañía.

21 Andaban al mismo tiempo los del esquife virando sobre las aguas, inciertos, desesperados, y afligidos. Ya no se guardaba orden, obediencia, respeto, ni cortesía. Neucasis desesperado contra los marineros los maltrataba con golpes, y con injurias, quando mas los necesitaba para salvar la vida; y los marineros como ofendidos no le guardaban la debida obediencia. Quién le habla con insolencia, quién arrima el remo porque no quiere servir á un ingrato, quién rema con fuerza desesperada, y no siendo sostenido de la parte contraria, casi vuelca el esquife, y lo pone á riesgo. Las lágrimas de Elena, las injurias del Conde, la furia del Capitan, y la grosería de los remeros hicieron poner en duda, si les seria menos dura una muerte pronta, que aquella trabajosa continuacion de vida. Era el

es-

esquife el juguete de las ondas, y del *engaño*; de manera, que á cada momento les parecia que veian el navío; mas despues de bien fatigados se desengañaron, que todo habia sido ilusion, hasta que Elena persuadió al Conde, que pues no hallaban socorro en las criaturas, lo buscasen en el Criador, y ambos hicieron voto de ir sin tardanza, si les salvaba Dios la vida, á visitar los Lugares Santos, como Peregrinos. Repitióles algunas de las máxîmas que habia oido á Miseno, y comenzó á calmar aquel corazon extremadamente agitado hasta entonces.

22 Apretaban la hambre, la sed, y la fatiga se aumentaba cada instante, porque sin excepcion remaban todos. Los marineros menos delicados comenzaron á alimentarse de las tortugas, cuya carne fresca les remediaba juntamente ambos males: siguieron Neucasis, y el Conde; y el miedo de la muerte hizo que tambien Elena despreciase su natural delicadeza. Jamas aquellos Caballeros tuvieron vianda tan sabrosa, porque la hambre, y la necesidad la habian sazonado. Así pasaron tres dias, y cada vez se sosegaban mas con la esperanza cierta de que encontrarian tierra, por quanto remaban siempre al Poniente, y sabian que estaban dentro del mar de Marmora, que por una

par-

parte está cerrado con el Estrecho de Constantinopla, ó como otros le llaman *Bósforo de Tracia*, y por la otra con la Garganta de los Dardanellos, y ya se consolaban con ver, que en las tortugas tenian remedio para sustentar la vida, ya que no fuese para lisonjear el apetito.

23 Hizo entonces reflexîon el Conde en la doctrina de Miseno, y conoció que era castigo del Cielo, y castigo por lo que habia hablado contra el Ser supremo. A la madrugada del dia tercero vieron una nave, que á vela larga, y viento en popa venia de la otra parte del Estrecho, y no contentándose con esperarla, forzaron ácia ella los remos con ansia, y empeño. Corre con velocidad la galga ligera, quando ve á lo lejos la presa deseada: vuela con mas velocidad la saeta disparada del arco fuerte, y encorvado; pero aun parecia mas veloz el esquife saltando por encima de las ondas á cada impulso de los remos.

24 Llegaron en fin, muy cerca de la nave, que caminaba hermosa, y soberbia: ya no cabian en sí de alegría; y aunque conocieron que no era aquel su navío, sino otro mucho mayor, ya se consideraban á bordo, y mutuamente se abrazaban. Y ved aquí, que la nave huye de ellos, y se retira. Era la na-

nave de Turcos, que venian de Trebizonda para Smirna; y estos viendo aquel esquife en mar ancho, donde jamas navegó embarcacion semejante, imaginaron que eran hombres apestados, expulsos de la comunicacion de las gentes, y que para conservacion del público los habian condenado con menos barbaridad á muerte cierta. En esta suposicion, temiendo ser inficionados por su proxîmidad, se pasaron de largo.

25 No cae tan de repente el alto cedro herido del rayo, como cayó toda la esperanza de los naufragantes. Los remeros fuerzan los remos, Neucasis clama, Elena llora, el Conde se desespera. Entonces Neucasis ase con ansia una tortuga enorme, y la muestra de lejos á los de la nave: Elena se arranca del cuello las joyas, y las levanta en la mano: el Conde les enseña un bolsillo: de los remeros algunos sueltan los remos, y dan á entender, que tienen las mas hermosas tortugas. Quedaron los del navío absortos, no pudiendo concordar todas estas varias acciones con la idea que formaron. Entonces se pusieron á la capa, para que pudiesen acercarse á hablar. Llega la aguja con ímpetu, quando se ve cerca del iman, y gustosa se dexa caer sobre él; así hizo el esquife dando con ímpetu contra la nave, que mages-

tuosa le esperaba. Entonces Elena, que sabia la lengua, les informa del suceso, ocultando con cautela quál era su destino, porque no querian los Turcos dar socorro á los que iban á militar á la Palestina: solo les dice, que venian como pasageros en una nave Veneciana, lo que comprobaban el Capitan, y marineros, que hablaban en Italiano, y que la codicia de las tortugas les habia hecho perder el navío. Enternecióse *Cara-osman*, Capitan de la nave, y mandó que fuesen recibidos, y tratados con la decencia, y respeto debido á personas de distincion. Siguióse luego un pronto refresco, y todas las comodidades que el caso requeria.

26 *Cara-osman* reparaba en Elena, y entreveía en ella un no sé qué de grande, que le hacia sospechar ser persona de superior esfera. El Conde por su talle, gentil presencia, y modo afable daba á entender ser igualmente Caballero. Elena disimulaba quanto podia, que era Señora de Cesaréa, porque si lo llegaban á saber, quizá la harian prisionera, y querrian luego un rescate muy quantioso. Solo decia, que pasaba á Venecia con su marido, y aquel Caballero, conformándose en todo lo demas con la verdad. En esta conversacion reservada pasaron tres dias en continuo susto, y sobresalto de ser

co-

conocidos, y al quarto ya avistaron la tierra, y entraron en Smirna, donde agradeciendo al Capitan Turco la vida, que les habia conservado, procuraron nuestros extrangeros de aquella Ciudad famosísima el remedio á sus trabajos.

27 Apenas gozaron el primer gusto de verse con vida, quando volvió al punto la afliccion por los sucesos pasados. Lamentaba Elena la pérdida de su marido, porque quedándose el navío casi sin marineros, forzosamente habia de perecer en medio de las ondas, ó tal vez naufragar en los peñascos. Neucasis, que habia sido el origen de toda la desgracia, y no se atrevia á volver á su patria, se unió al Conde, esperando á su sombra remediar su fortuna, porque se consideraba perdido. El Conde balanceaba entre mil movimientos, ya de pena por la pérdida de los compañeros, é incomodidades pasadas, ya de gozo por verse libre de Miseno, y mucho mas teniendo esperanzas de conseguir la gracia de Elena, y por su mediacion la de la Reyna de Jerusalen.

28 Sus ojos, su corazon, y todos sus afectos se dirigian á Elena, porque las tres furias del infierno, que en compañía del espíritu del *error* habian tomado á su cargo la funesta empresa de perderlos, ó separarlos,

habian disparado de un golpe sus saétas penetrantes sobre el corazon del Conde. A un tiempo mismo se sentia arder en el *amor* de Elena, y en el deseo de la *gloria* de empuñar el cetro de Jerusalen, ó á lo menos se prometia conseguir el *interes* de ser Señor de Cesaréa, por quanto el Embaxador estaria ya muerto. De este modo se lisonjeaba dulcemente satisfecho con la esperanza de contentar su ambicion desmedida: esperanza que jamas pudo tener mas bien fundada; mas todo dependia de Elena.

29 El Embaxador ha muerto (se decia el Conde á sí mismo), y Elena bien me podria dar el lugar del Conde de Brienna: mi cuñado el Rey de Ungría, mis vasallos de Moravia, mil parientes honradísimos, que tengo sentados en los tronos, ó alrededor de ellos, pueden tambien ayudarme. ¿Pues por qué no intentaré esta empresa? ¡A mas de que viéndome la Reyna con la gallarda presencia de que la naturaleza me ha dotado, y sabiendo que corre sangre Real por mis venas, aun sin el socorro del engaño, bien podrá preferirme á un extrangero desconocido, que no podrá ciertamente competir conmigo en los dotes de naturaleza; mas si Elena quisiese apoyar mis designios, todo se conseguiría con facilidad. Y quando ella

ten-

tenga horror á este engaño, á lo menos no me negará su tálamo, y así participaré de sus estados. A esto solo puede oponer su delicadeza, que aún vive mi muger; pero yo haré que se divulgue la noticia de que ya ha fallecido, y tal vez puede ser que no me engañe, y así por todos motivos me conviene ganar á Elena el corazon, pues todo depende de esto.

30 Neucasis, que era un eco de la voz del Conde, favorecia tambien la misma idea; como que él era quien la habia formado primero que ninguno, y ambos de comun acuerdo armaron todos los lazos necesarios para engañar á Elena en quanto á la muerte de Aymar, y la de la Condesa de Moravia: empresa que no era dificil en una Ciudad tan populosa como Smirna. Elena por el contrario trabajaba por descubrir noticias del Embaxador, bien que entretanto obligada sumamente de los obsequios del Conde (cuya maliciosa idea no podia penetrar) dexaba ir cayendo insensiblemente ácia él su corazon, que siempre se le mostró inclinado.

31 Al mismo tiempo el Embaxador, y Miseno hacian todo lo posible por saber de cierto el destino de los que se embarcaron en el esquife. Todas las apariencias eran de haber perecido; pero Miseno con un tono

mas firme que nunca alentaba al Embaxador á que esperase que la Providencia los habria preservado. Acordóse Miseno de que conocia al Emperador Teodoro Lascaris, que pocos años antes se habia hecho coronar en Nicéa, quando los Latinos coronaron en Constantinopla á Balduino con motivo de haber casado Teodoro con Ana, hija de Alexo, y nieta de Isac Angelo. Sabiendo esto Aymar importunó tanto á Miseno, que este al fin se le hubo de descubrir; y pidiendo audiencia, habló á la Emperatriz de este modo:

32 Para mover, Señora, un corazon noble, y generoso no es necesario mayor incentivo, que la sencilla relacion de las infelicidades de esa que llaman fortuna. Sabed, pues, que nosotros somos dos pasageros, que navegábamos en una nave Veneciana; y despues de ser el ludibrio de los vientos, de las ondas, de las furias del infierno, que nos persiguen, tuvimos la no esperada fortuna de venir á Nicéa, en donde reynais tan felizmente. La esperanza de hallar en vos abrigo, y proteccion no se funda solo en la idea de que los Soberanos son imágenes de Dios, destinados por la Suprema Providencia para ser órganos de los favores con que el Cielo atiende á los ino-

cen-

centes; mas yo fundo tambien la mia en el conocimiento que tengo de los Príncipes de vuestra familia, de quien heredasteis la sangre, y el cetro. Tuve el honor de conocer á vuestro padre Alexo, y de acompañarle en la Silesia: tuve el gusto de promover con mis persuasiones á los Caballeros de la Cruzada, para que viniesen sobre Constantinopla á dar libertad á Isac vuestro abuelo, y poner sobre el trono á vuestro padre. Estos servicios me grangearon la honra de acompañar en la tribulacion de la carcel al Emperador Isac Angelo, y permanecí en la misma prision aun despues que él fué elevado al trono. En este tiempo conocí su corazon, y no dudo que dimanará de él en el vuestro su sangre, y ternura para favorecernos; mas ahora no atendiendo á otra cosa, solo os pedimos vuestra proteccion para saber si perecieron nuestros compañeros, ó si acaso se hallan por estas costas de Asia. Fáltanos el Conde de Moravia, y Elena, muger de este honrado Caballero, los que en un esquife podrán haber perecido, ó tal vez salvado la vida. Este es el favor que os pedimos, y esperamos de vuestra benignidad.

33 Admirada quedó la Princesa con la relacion de Miseno, y acordóse que habia

oido decir mil veces muchos elogios suyos á su abuelo Isac Angelo, sin que supiese su nombre, ni menos su nacimiento; mas las revoluciones de Constantinopla habian ocupado su ánimo de tal modo, que nunca volvió á saber de tan honrado prisionero. Ahora avergonzada la Princesa de la ingratitud de sus mayores, temia confesarla; pero deseaba corregirla. La nobleza de su corazon la impelia á proteger, y honrar á Miseno como merecian sus servicios; pero la delicadeza de su soberanía rehusaba confesar la feísima ingratitud de su padre, y abuelo, habiendo dexado ambos en la carcel á un hombre tan benemérito. De este modo vacilante, tímida, y dudosa, ya le mostraba particular agrado en las preguntas que le hacia sobre su naufragio, ya dexaba asomar al rostro aquel ayre soberano, con que las Magestades acostumbran infundir respeto; y sin decidir respondió, que daria prontamente sus órdenes para hallar los compañeros, si acaso se hubiesen libertado, ó averiguar la noticia cierta de haber perecido.

34 Con esta respuesta se retiró la Emperatriz; pero Aymar notó, que los ojos fixos en Miseno le decian mucho mas, que explicaban las palabras. Pasaban dias, y dias, y no habia noticia de los naufragantes, lo que

no

no sabia llevar Aymar con paciencia ; pero era preciso tiempo para las diligencias , y entretanto todas las funestas ideas que eran posibles le inquietaban. La propia vida le era pesada , y deseaba haber antes perecido en el naufragio , que conservarla á costa de tanta pena. Acometiéronle las pasiones de la *tristeza* , de la *impaciencia* , de la *precipitacion* , y del *ardor* : queria partir sin dilacion á dar cuenta á la Reyna de los sucesos de su embaxada , y retirarse á sus estados , para enterrarse vivo en una triste soledad , hasta que no pudiendo sufrir el alma el horror de su melancólica vida , quisiese romper el lazo de su cuerpo.

35 Entonces Miseno con blandura , y discrecion empezó á sosegarle , representándole las máxîmas de la prudencia , que jamas consienten que se obre con precipitacion , ni ardor. Yérrase de priesa (le decia), y de ordinario solo de espacio se acierta. Quando yo era joven todo en mí era fuego; todo habia de executarse en el mismo momento en que yo lo ideaba , porque en la balanza de mi estimacion era lo mismo tardar , que perder. En mí el concebir , hablar, y executar se seguian tan prontamente , como el relámpago , el trueno , y el rayo ; de manera , que ni el viento era para mí mensa-

ge-

gero bastantemente pronto ; pero despues que á fuerza de ruinas abrí los ojos , conocí que no habia mayor puerta para el error, que una resolucion precipitada. ¡O, amigo mio! dame el entendimiento que quisieres, y aunque sea el mas claro, y mas recto, no podrá ciertamente acertar jamas , sin ver primero las cosas , sus circunstancias, las conseqüencias de ellas, y pesar las utilidades de una parte, y de otra los inconvenientes. Esto no se puede hacer sin reflexîon, y ninguna reflexîon se puede tener sin tiempo, y por eso con razon pintan á este como viejo , porque las canas le dan el caracter de buen consejero.

36 Mientras dura el primer fuego, todo es humo, y entonces no ve el alma por donde camina : piensa que anda por un camino real, y se halla en un precipicio, de donde tal vez no podrá salir , ó por lo menos nunca saldrá de él sin daño. La misma perturbacion que se ve en el exterior de un hombre fogoso , pasa en su entendimiento. Vereis que este hombre en un instante da vuelta por las quatro partes del mundo , se sienta, se levanta , ahora va adelante , vuelve atras de repente, enfádase con las mismas cosas inanimadas , incapaces por esto de la menor culpa , todo lo echa por tierra,

ra, todo lo quiere despedazar, y aun contra sí mismo se irrita: los ojos inquietos, la voz alta, y destemplada, las palabras sin moderacion, todo manifiesta que el juicio está fuera de su lugar. Ahora si en este tiempo quereis tomar resolucion, ¿quántas veces evitareis el error? Ni el sol lo vé todo en un momento, espera veinte y quatro horas para conocer bien su mundo: ¿pues cómo vos quereis verlo todo de un golpe? No sabemos si pereció vuestra esposa, es preciso tener de este objeto alguna certeza: puede ser que se haya salvado, y no tardará muchos dias, sin que se sepa, si por estas costas se hallan algunos indicios de su vida, ó de su naufragio. Dios, á cuya providencia os habeis entregado, os dará á conocer la verdad, para que sepais lo que mas os conviene, y para esto solo os pido un poco de paciencia, pues sin ella no podrémos acertar lo que debemos hacer.

37 Instaba el Embaxador en su primera pretension, y todos sus discursos, y raciocinios se reducian á probar, que su esposa habia naufragado, por quanto la hambre, y la sed bastarian para causarle la muerte, aun quando se la hubiesen perdonado las ondas, y los vientos; que si apenas la nave habia podido resistir su furia, cómo se po-

podrian salvar en una lancha, que á cada onda debia ser sorbida de los mares. Pero Miseno discurria de otro modo: Amigo mio (le dice) vuestro deseo, y el mio están conformes, ambos deseamos lo mismo, y procuramos lo que en estas circunstancias nos puede ser mejor: no hay aquí lugar para disputa, solo debemos exâminar con ánimo tranquilo, y sosegado lo que mas nos conviene; ya que la pérdida, ó la utilidad ha de ser nuestra, seamos nosotros los que exâminemos el camino de remediar el mal, y procurar el bien. Discurramos, pues, sin espíritu de partido, ni torzamos jamas el discurso para sacar la conseqüencia que deseamos. Si quereis partir, yo estoy pronto, nada hay que me detenga, sino vuestra utilidad, y no dexar en desamparo á vuestra esposa, que tal vez estará viva, y quedará expuesta á calamidades infinitas, si os ausentais antes de tiempo. Un dia mas de espera nos podrá sacar de la duda, una hora menos puede tener conseqüencias sumamente perniciosas. No os admireis de que vuestro entendimiento os haga ver la utilidad de la resolucion que habeis abrazado, porque todos, amigo, tenemos un defecto anexo á nuestra naturaleza, si nuestra resolucion no lo remedia; y os confieso de mi parte, que por muchos

chos tiempos le tuve, y todavía no sé si estoy libre de él.

38 Nosotros naturalmente amamos nuestros hijos, y siempre nos parecen hermosos, y agraciados; y como los hijos de nuestra voluntad son las resoluciones que ella toma, la misma resolucion, que antes de tomada nos era indiferente, si la voluntad se determina á adoptarla, ya es hija suya, ya es linda, ya es bella, ya le parece bien. Por eso llevamos muy á mal, si alguno la desprecia, ó quiere ponerla baxo de sus pies, porque al fin es nuestra hija. Ahora este amor es tan fuerte, que aun á nosotros mismos quiere ocultarnos los defectos de la resolucion, que tomamos, y solo nos detenemos con gusto en lo que la resolucion tiene de bueno, y de útil, como quien la da muchos ósculos, y abrazos, de forma, que no dexamos de ponderar todas sus utilidades: así el bien que meramente es posible, lo contamos ya como seguro, y el que es dificultoso, lo reputamos facil. Por la misma razon pasamos muy de ligero por el lado que no nos parece tan bueno: las dificultades solo se miran á bulto, y los inconvenientes á lo largo, de manera, que el mal que tal vez es muy contingente, y es natural que suceda, lo desterramos á la region de lo difi-

ficultoso, ó de lo muy raro, de tal suerte, que si tomamos consejo, no es para determinarnos á seguirlo, ó dexar ya la resolucion, sino que solo buscamos confirmacion á favor de nuestro partido. De aquí viene que ponderamos primero con viveza, y energía todo lo que es á nuestro favor, y despues que ya vemos á los otros inclinados, entonces les hacemos ver á lo lejos tal, ó qual dificultad en contrario, llevando desde luego la respuesta prevenida. De este modo procuramos engañar á los mismos de quienes vamos á pedir luz para el acierto. Amigo, ninguno se escapa jamas de las astucias del *amor propio*, si no está muy prevenido. Demas de esto habeis de saber, que si la *precipitacion*, *y ligereza* en las resoluciones nos es nociva, no lo es menos la *tenacidad*, y la *porfia*. Reflexîonad, pues, sólidamente en lo que os digo, y determinad lo que quisiéreis, porque yo estoy pronto á acompañaros fielmente, si así fuere preciso. Suponiendo que si acaso pereció vuestra esposa, el Conde habrá tambien padecido suerte igual, y entonces no tengo motivo que me obligue á peregrinar por paises extraños. Con esta reflexîon se sosegó mucho Aymar, y confesó que era imprudente, y precipitada su partida, antes de saber alguna resulta de las órdenes del Emperador.

El

39 El dia siguiente tuvieron orden los dos naufragantes para presentarse en el Jardin Real, porque los querian hablar los Emperadores. Alegróse Aymar, creyendo que recibiria alguna noticia favorable; mas temia al mismo tiempo, rezelando que fuese muy triste. Entretanto que esperaban que los Emperadores saliesen á los jardines, supieron de los guardias, que la noche antecedente se habia levantado el Emperador con suma inquietud, y que furioso habia dado aquella orden luego que amaneció: que advirtieron en la Emperatriz algunas lágrimas de afliccion; pero que ignoraban el motivo de una, y otra novedad. Miseno observó, que los conducian con mucha cautela, y entreveía, que alguna desconfianza inquietaba al Emperador; mas animaba al compañero, diciéndole, que nada temiese, porque no tenia el menor delito. En estas conversaciones pasaron, mientras los Emperadores salian á los jardines, en donde ellos estaban con centinelas de vista.

LIBRO XIX.

1 AUN no habian pasado los tres dias, que las infernales furias pidieron de plazo para executar la grande empresa, quando en las cávernas subterraneas con horribles estruendos cantaban á su modo la victoria de su poderoso enemigo. Estaba Miseno separado del Conde, el uno en términos de perder la vida, y el otro de entregarse con mas ceguedad que nunca á sus desordenadas pasiones. El Príncipe de las tinieblas las aplaudia; mas ellas engolfadas en el gusto de vencer tal contrario, no querian levantar la mano de la empresa, hasta conseguir una ruina total. Como lobos voraces, y carniceros que llegan á entrar de noche en el corral de un Pastor descuidado, y con los pelos erizados, la boca abierta, afilados los dientes, por una, y otra parte amenazan estragos, y muertes, y quanto mas sangre derraman, tanto mas sed tienen de derramarla; así eran aquellos infernales monstruos, no omitiendo diligencia alguna para perder á Miseno.

2 Al mismo tiempo se determinaba en el supremo consejo que el Angel Proctector de Polonia defendiese á aquel su Príncipe con es-

escudo impenetrable á las infernales saetas, para que ninguna le hiriese. Con efecto, Miseno sentia los repetidos, y violentos impulsos de los golpes, mas no hallaba su corazon herido, y mucho menos envenenado, como veia que lo estaban todos los demas, que andában perdidos, y furiosos á su lado.

3 Tal estaba el corazon del Emperador, que no cabia en sí de susto, de perturbacion, y de rabia. Habia oido tranquilamente lo que la Emperatriz le dixo de los servicios que Miseno hizo á su padre, y abuelo, de suerte, que estaba inclinado á favorecerle, y honrarle; mas una vision nocturna le desconcertó el ánimo, y le encendió un fuego tal en su corazon, que interiormente le devoraba. Descansa (le decia aquella fantasma nocturna) descansa sobre tu ruina, que cerca estás de ver con tus ojos el trono de Nicea como viste el de Constantinopla. El mismo que fué instrumento horrible de tu ruina en Europa, te viene ahora á perseguir hasta en el Asia. Tú bien sabes que por sus abominables consejos pasó el trono de tus padres á las manos del Conde de Flandes. Otro Conde vendrá á arrancarte de las manos tu mismo cetro: ese cetro miserable, que tú fugitivo de tus propios Estados apenas pudiste empuñar en Nicea. Si tanto mal

te causó este detestable hombre, quando su malicia no tenia motivo para el odio, ¿qué hará ahora, que está justamente ofendido de tu padre, y abuelo? Bien sabes que por amor de ellos estuvo en una prision largos tiempos, y que en ella le dexaron indignamente, quando se vieron sobre el trono. Ahora, pues, viene á vengar en los hijos las ingratitudes paternas, con deseos de abolir del mundo hasta la memoria de Isaac Angelo. Despierta, pues, abre los ojos, infórmate del Piloto, y compañeros, que con él naufragaron, y verás quanto arriesgas, si no aseguras tu vida, y la corona, enviando á la region de los muertos á tan grande enemigo. Una Elena de Constantinopla hizo triunfar la Religion en Asia, y otra Elena puede ser que sea ahora la ocasion de tu ruina: así hablaba el espíritu del *error* al Emperador, que dormia.

4 No parte con mas violencia el venado herido de la penetrante saeta, que salió el Emperador á exâminar la verdad del sueño: todo lo halla pronto: todo se ofrece á sus pasos, y todo parece prevenirle sus deseos. El Piloto, y los dos marineros se paseaban por la plaza Real, gozando del fresco de la madrugada: el Ministro se halla en Palacio para otro negocio muy diferente: la Emperatriz afligida con esta idea todo lo ha-

hace venir á su presencia para disuadirle de la ilusion nocturna ; y Teodoro quiere exâminar el caso por sí mismo delante de la Emperatciz , y de su confidente. Para eso finge un aspecto sereno , promete premios si le descubren la verdad , y pregunta : ¿quiénes son aquellos dos pasageros , que en su navío naufragaron ? Ignoramos (le dicen) su nacimiento , y caracter ; mas de la conversacion que entre sí han tenido en cinco dias de viage , colegimos que el mas mozo partió del Asia á París para tratar grandes negocios , que parece haber concluido ; y segun las palabras que ya por aquí , ya por allí , se le escaparon , cierto Caballero de Europa debe venir á empuñar un cetro aquí en el Asia. El mas viejo debe ser el consejero , y como el primer Ministro de su Estado. Otros pasageros faltan , que tambien venian , y que naturalmente habrán perecido en un esquife , en que se andaban divirtiendo con el Capitan á pesca de tortugas. No sabemos quiénes sean , ni á qué vienen , mas nuestro Capitan los obsequiaba , como personas de gran calidad , y juzgamos que tal vez seria sabedor de sus secretos.

5 ¿Y qué título tenia ese Caballero , que viene á reynar en Imperio ageno ? (les pregunta el Emperador enfadado). Muchas ve-

ces le nombran, y siempre con el título de Conde (respondió el Piloto). Aquí el Emperador casi cae desfallecido viendo que el sueño se iba verificando en todo. Entonces el confidente prosiguió la averiguacion, preguntando, qué nombres, y qué títulos tenian los dos pasageros que faltaban. Elena (le dicen ellos) se llamaba la Señora; y al Caballero solamente le daban el título de Conde. Aquí perdió los sentidos el Emperador, la Emperatriz quedó desmayada, y el confidente confuso, de suerte, que por todo el Palacio se extendió la perturbacion, y el desorden. Recobrado el Monarca del desmayo que le ocasionó el susto, dió orden para que saliesen postas á toda la costa, y Ciudades marítimas circunvecinas, y que Aymar, y Miseno fuesen detenidos en Palacio con suma atencion, y cautela, y siempre con centinelas de vista.

6 En el mismo dia llegaron noticias muy ciertas al Emperador, que Soliman de Rovadin, Sultan de Iconio, poco distante de Nicea, hacia grandes preparativos de guerra, sin que se supiese el fin, ó destino de sus armas. Raymundo Conde de Tripoli, habia solicitado ocultamente á Soliman, para que le diera socorro contra *Liuron*; ó *Leuon*, Rey intruso de la Armenia menor; mas este desti-

tino era oculto, y ninguno podia adivinar la causa de las grandes prevenciones que se hacian en Bitinia para esta importante guerra. Menos bastaba para poner en tormento un corazon ya perturbado con el susto de perder el trono, porque el ánimo preocupado con una idea, todo lo dispone de modo, que á cada noticia se confirma mas en ella.

6 Al dia siguiente llegó otro mensagero con noticia cierta de que los dos naufragantes Elena, y el Conde habian escapado de la furia de las ondas, y que habiendo enviado desde Smirna el equipage del navío con muchas cartas á la República de Venecia, tomaron por tierra el camino de Iconio, donde se hallaban protegidos, y estimados del Sultan. Nada faltaba para unir todos esos sucesos, y hacer á Miseno autor, é instrumento de una horrible conjuracion.

8 Como mastin irritado, y rabioso, á quien un veneno roedor, y mortal le despedaza el corazon cada vez que respira, corre sin tino á una parte, y á otra, todo lo embiste, y derriba, todo lo muerde, y despedaza, y con la boca abierta, los dientes agudos, la lengua colgando, y palpitando, ya se precipita en los valles, ya aparece en los cerros, ya atraviesa los montes, siendo al mismo tiempo el terror de las ovejas que an-

tes guàrdaba , y de los lobos sus enemigos; que no reconoce pastor, y que exhala, y comunica por todas partes el mismo contagio, que le devora ; así estaba el Emperador Teodoro. Su misma esposa temblaba, le temia, sus confidentes se retiraban, su semblante era otro, negro, pálido, triste, furioso, inconstante, inflexîble, y airado; por quantas partes pasaba, dexaba el horror, y el miedo: ya salta, ya entra, ya sube, ya baxa, ya cierra, ya abre, todo lo hace con ímpetu, y en todo muestra furor: unas veces corre por los campos como loco, otras se cierra en su gabinete; y en fin casi fuera de sí no admite consejo, á ninguno lo pide, á ninguno escucha. Y ved aquí que toma un puñal, y sale furioso á ver si puede quitar la vida á Miseno, como á origen de todos sus cuidados.

9 Abre la puerta con ímpetu, y encuentra á la Empetatriz, la qual viéndole en aquella resolucion, ni quiere reprimirle, ni dexarle seguir su furor ciego; solo dice con suma prudencia: Si Miseno es reo de crimen tan enorme, solo la muerte será digno castigo de su delito; mas esto no basta, porque conviene mucho que antes que él perezca, averigüemos quales son los cómplices de conjuracion tan detestable. Como él no sospecha de nuestra desconfianza, facilmente le sor-

pre-

prehenderémos en las preguntas. Mas este exámen, y castigo, es preciso que no se difiera, ni se encargue á otro: córtese la cabeza á la hidra, antes que llegue á formarse del todo; de otra manera, aunque se le corte una, al instante nacerán otras de su cuerpo despedazado. Hagamos, pues, que los dos compañeros se separen, y cada qual de nosotros exâmine el suyo, sin que el uno sepa nada del exámen que se le hace al otro. Por este medio en la contradiccion indispensable hallarémos la prueba de su crimen, el qual quiero ayudaros á castigar, porque debe ser castigado sin tardanza. Dadme ese puñal, arma propia para quien la ha de ocultar baxo el trage femenil, porque en esa espada que ceñís, ya teneis instrumento suficiente para la venganza. Escoged de los dos al que querais exâminar, que yo me encargo de hacerle al otro las preguntas. Yo llamaré á mi gabinete al uno de ellos, donde será recibido con benignidad: vos podreis fingir, que encontrais al otro casualmente, y así en un instante será descubierto el delito, y evitado el peligro.

10 Aprobó el Emperador el consejo, y sosegada algun tanto la cólera, manda que lleven luego á Miseno á su gabinete, y la Emperatriz sale á hacerse encontradiza con el Embaxador. Apenas se presentó Miseno,

el Emperador se sintió otra vez perturbado; pero ahogó quanto pudo la cólera, y el furor dentro del pecho, y le dice de esta manera:

12 Ya sé, Caballero, quantos servicios habeis hecho á la corona de Constantinopla, que mis abuelos gozaron; pero no sé qual deberá ser la digna recompensa de ellos, ni como podré purificar á mis antepasados de la nota de ingratos en que incurrieron. Ignoro vuestro nacimiento, y estado, vuestros designios, y deseos, y solo eso me impide que os dé testimonio de mi estimacion, como á persona tan benemérita. Decidme, pues, de dónde venís, adónde se dirigen vuestros pasos, y qué deseais de mí; porque os juro delante de los Cielos, que me ven, que no tardaré un instante en trataros como mereceis. Aquí (á pesar de todo el disfraz) percibió Miseno que estaba el corazon del Emperador alterado, y que las palabras honrosas, que le habia dicho, eran simulacion de un ánimo dañado; mas haciendo la reverencia debida á la persona, y al trono, respondió con ayre libre, y desembarazado.

12 Mi nacimiento, Señor, solo por mis acciones lo podreis saber, porque despues que me gobierno por la razon, y le sacrifiqué las pasiones de mi mocedad, mis obras

son

son mis únicos progenitores. Quiero ser estimado por los alientos de mi alma, y no por la sangre que vivifica esta masa de tierra, que siempre me arrastra. Puede ser que si supieseis qué progenitores me dieron la vida, no me hallaseis indigno de vuestra estimacion; pero desprecio lo que me dió la naturaleza ciega, y solo hago caso de lo que yo puedo dar á la naturaleza misma, honrando con mis acciones mi propia sangre. En trage de cazador me encontró en la Silesia el Príncipe Alexo, vuestro padre, me dió ocupacion, le serví. Me costó este servicio una mazmorra: en ella tuve el gusto de alentar, y consolar á vuestro abuelo; y en eso hice lo que debia en obsequio de un Príncipe reducido á situacion tan deplorable. Si quedé en la carcel, despues que ambos fueron exâltados al trono por mis servicios, fué sin duda disposicion de la suprema Providencia, que tiene buen cuidado de curar con los trabajos de la vida nuestros defectos, y no penseis que fué ingratitud de Príncipes tan beneméritos. Obré sin la menor idea de recompensa, ni me arrepentí de lo que hice, ni me admiré de lo que no hicieron; pues el estado feliz por que suspiro, no depende de los demas, de mí solo, y de Dios es de quien depende. Haga yo lo que debo

á

á Dios, á mí mismo, y á los hombres, entre quienes vivo, que el obrar siempre bien, hará mi felicidad, y no el que ellos me sean agradecidos.

13 Siguiendo yo estas máxîmas, no quise negarme á un desgraciado, viendo que tenia necesidad de mí, y que yo podia contribuir á su consuelo. Fué este el Conde de Moravia, á quien amo como á hijo. Pidióme que le acompañase en la jornada, que hacia á la Palestina, á causa de un voto con que se obligó á los Cielos á sacrificar su vida, para rescatar del poder de los bárbaros el Sepulcro del Salvador. Lo pensé, dudé, reflexîoné; en fin, me resolví á condescender. Casualmente encontramos en la nave al Embaxador, que la nueva Reyna de Jerusalen enviaba á Filipo Augusto, para pedirle un marido digno de aquella Corona, que fuese capaz de asegurársela en la cabeza. Venia con él su muger Elena, Señora de Cesaréa; y por un caso bien singular el Conde de Moravia, Elena, y el Capitan con la mayor parte del equipage del navío se separaron de nosotros, baxando á la lancha para divertirse en pescar tortugas. Una pesada calma, que reynaba entonces, adormeció al Piloto, y á los pocos marineros, que nos habian quedado, sobrevino la noche, la confu-

fusion, y una tormenta, y nunca mas les vimos. El navío dió en la costa; y ahora solo deseamos saber, si por las playas de vuestros estados se hallan, ó vestigios de su naufragio, ó noticia de su vida para determinar lo que debemos hacer. Si son muertos, el Embaxador tomará el camino por tierra, para dar parte á la Reyna, de que el Conde de Flandes Juan de Briena está nombrado para ser su esposo, y que brevemente vendrá con poderosa armada á S. Juan de Acre, y yo me retiraré á Polonia para acabar mis dias en paz; mas si ellos viven, proseguirémos nuestro primer destino. Esta es, Señor, la respuesta á todas vuestras preguntas.

14 Quando el benigno zéfiro viene del septentrion, y sopla sereno, y constante, al punto se aclara el Cielo nublado, que amenazaba estragos, y muertes con sus denegridas nubes. Y aun fué mas pronto el efecto que hizo en el ánimo del Emperador esta relacion de Miseno.

15 En este mismo tiempo (qual armoniosa cítara, que responde en lugar distante á las voces de otra que está acorde) hablaba Aymar, respondiendo á la Emperatriz lo mismo, bien que con estilo diverso. Esta Señora admirada vino volando á dar parte

á

á su esposo de lo que pasaba; y este confuso tambien con la sinceridad de Miseno, no acierta á responderle sino palabras sueltas, é inciertas, y se retira para saber de la Emperatriz la verdad, quedando ambos suspensos, quando vieron que en nada habian discrepado; mas como la sospecha habia labrado en los corazones de los Monarcas, y el susto habia echado en ellos muy profundas raices, determinaron ambos, que Miseno, y Aymar se quedasen en Palacio con el tratamiento de amigos, y cautela de enemigos, para que viniendo los otros compañeros, que estaban en Iconio, se aclarase la verdad, y Miseno fuese galardonado como mereciese. No podia ocultárseles esta desconfianza á los que la habian advertido en las preguntas, y en los semblantes de los Soberanos. El Embaxador se afligia infinito, y su corazon (segun él decia) no podia sufrir tan continua, y porfiada persecucion de los hados. Miseno le sosegaba, probándole que nada sucedia sin causa, y que todo quanto permitia el Supremo Gobernador del mundo era con razon. Añadia, que les podria venir el mal por lo que ellos hiciesen por su propia voluntad; pero no por lo que disponia, y ordenaba la Suma Bondad, sin que ellos la irritasen. Con estos, y otros discursos se-

me-

mejantes le entretenia Miseno.

16 Al mismo tiempo Elena, el Conde, y Neucasis se hallaban en Iconio protegidos del Sultan, pero inciertos de la vida de Miseno, y de la del Embaxador. Todas las circunstancias les persuadian que habian naufragado; mas Elena conservaba una pequeña esperanza, fiada en que Dios protegia á Miseno, de cuya compañía gozaba su esposo. No obstante, en medio de las lágrimas, y de los suspiros le venia de quando en quando como relámpago una alegre idea de que ellos estaban vivos; mas luego se desaparecia, porque el Conde se esforzaba á persuadirla, que sin la menor duda habrian naufragado. Cada momento crecia en él la esperanza de llegar al trono de Jerusalen; y para obligar á Elena á que cooperase á la mentira, no habia servicio que no la hiciese. Queria ganarla el corazon, estando cierto, que una vez conquistado, seria señor de su entendimiento, y la haria aprobar losmayores absurdos, hasta empeñarse en hacer creer á la Reyna, que él era el Príncipe destinado por el Rey de Francia para su tálamo nupcial, y que habiendo perecido toda la mayor parte del equipage en un general naufragio, ellos por la proteccion Suprema, con que el Cielo ampara á los Soberanos, habian sido preservados.

Es-

17 Estos eran los proyectos que ideaban en su fantasía el Conde, y su confidente Neucasis: nada era tan cierto en su opinion como el naufragio de sus dos compañeros, nada tan facil como la execucion de su elevado pensamiento. Con esta idea fingieron que acababa de llegar cierto navío, que habia salido de Constantinopla, el qual aseguraba haber encontrado pedazos de una nave Veneciana, segun las letras, y emblema de la República, que en la popa se leian, y que de este modo era ya indubitable la desgracia de sus compañeros.

18 Esta noticia tan bien temida dexó el entendimiento de Elena incapaz de discurso alguno, y toda absorta con el sentimiento se entrega á la direccion del Conde, á quien pedia con lágrimas, que como Caballero noble no la desamparase en aquellos paises extraños: y pues que la Providencia le habia conservado en su compañía, no era justo que olvidado de su sangre, y de la nobleza de su corazon, la dexase expuesta al rigor de los hados.

19 Mucho menos bastaba para levantar en el corazon del Conde las mayores esperanzas. Oficioso, diligente, y amante se habia transportado á Iconio con la Embaxatriz, queriendo seguir el camino de Cesaréa; mas quan-

quando se disponian para partir, llega un Enviado del Emperador de Nicéa, quien pidiendo pronta audiencia al Sultan, lo habló así:

20 Nada, Señor, conviene tanto á los Príncipes Soberanos como conservar entre sí una recíproca amistad, que es la que sirve de basa á la felicidad de sus Estados, principalmente siendo vecinos. El Emperador mi amo está bien cierto, que de vuestra parte no puede haber la menor inconstancia, ni injusticia para romper sin causa la dulce armonía de la paz, en que ha vivido con vos tanto tiempo; pero rezela que algun espíritu turbulento haya sembrado (sin que él lo sepa) alguna discordia; cuyos daños es mucho mejor prevenirlos, que remediarlos. Como sabe que haceis grandes preparativos de guerra, é ignora el destino, me envia á aseguraros de nuevo su amistad, y pediros, que tambien le asegureis nuevamente la vuestra con palabra Real, ó que le declareis el motivo de vuestra intencion, si acaso quereis romper con él; que para su sosiego, y al mismo tiempo para prueba de vuestra amistad solo os pide le envieis ciertos naufragantes, que en una nave Veneciana salieron de *Akerman*, y por casualidad se hallan refugiados en vuestra Corte, que él os asegu-

gura con su palabra Imperial el salvoconducto de sus personas, y que si ellos lo desean, el Emperador os los remitirá dentro de ocho dias sanos, y salvos; lo que si es preciso, yo de su parte lo firmaré por escrito en vuestra presencia, y en la de ellos antes que salgan de aquí.

21 Oyó el Sultan esta embaxada, y confuso de la peticion del Emperador, mandó venir á su presencia al Conde, y á Neucasis, para informarse de ellos, si acaso temian ir á Nicéa, pues el Emperador lo pedia, ofreciéndoles salvoconducto; y respondiendo ellos, que nada rezelaban, ordenó el Sultan, que partiesen con el Enviado, asegurando de nuevo al Emperador, que nunca habia tenido idea de quebrar los fueros de la amistad que con él habia pactado.

22 Obedecen el Conde, y Neucasis; mas Elena, que por su sexô debia estar dispensada de semejantes órdenes, se queda en Iconio. Pero quedó afligida, y confusa, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos; los quales apenas apuntaban, quando ya desaparecian como vapores vagos, sirviendo solo de ofuscar la luz de la razon, y distraerla; mas no para fixar en ellos el discurso, ni aquietar su ánimo perturbado. Absorta en la triste idea de la muerte de su

es-

esposo, y de los cuidados que se le seguian, no le habia quedado otro alivio, sino el amparo del Conde, quien por su sangre, á mas de su amable índole, se habia ofrecido, y obligado á acompañarla hasta dexarla en descanso; pero ahora todo lo perdia á un mismo tiempo, quedándose sola en tierras extrañas, y entre gente bárbara. La pasion del amor habia ya comenzado á disparar saetas doradas contra su casto corazon; cuyas heridas casi imperceptibles le habian comunicado un dulce contagio, que iba obrando en su interior, mas tan ocultamente, que no se dexaba conocer, ni aun de la misma enferma que lo padecia. Este veneno oculto aumentaba mas su pena, y la iba disponiendo para seguir despues sin resistencia los consejos del Conde, que era toda la grande empresa de las infernales furias.

23 La misma inquietud reynaba en el corazon del Conde, quien preguntó con tan grandes instancias á Teobaldo, Enviado del Emperador, el motivo de aquel empeño, que no pudo encubrírselo. Díxole, que el Emperador deseaba su declaracion, y la de Neucasis para conocer, ó la verdad, ó la malicia de dos presos, que estaban en Palacio, con el fin de castigar con la muerte sus mentiras, ó de premiar con honras, y

favores sus méritos, y virtudes. Muy embarazado se halló el Conde con esta noticia, y no podia ocultar la perturbacion que le causaba, por mas que la procurase disimular. Neucasis no quedó menos perturbado, porque como continuo observador de los movimientos del corazon del Conde, llegó á penetrar sin duda la causa del cuidado que le afligia.

24 A la manera que un elevado, y soberbio edificio, que fundado sobre columnas altas, y delgadas sube hasta las nubes, y al impulso de un fuerte uracan se ve reducido á ser triste, y horrible monton de ruinas; así cayeron las elevadas ideas del Conde, quando supo que aún vivian el Embaxador, y Miseno. Neucasis previendo que su fortuna dependia solo de la del Conde, sin detenerse en el horror del crimen, se determinó ambicioso á perder á Miseno, y al Embaxador, y para esto pintaba al Conde con el mas vivo colorido, y diestro pincel la ruina que le amenazaba, si ellos no perecian. Ponderábale quál seria el odio de Elena, si llegase á conocer, que la habian maliciosamente engañado con la falsa noticia de la muerte de su esposo; y sirviéndose de todos los artificios de la mentira, y artes de la lisonja, le queria disuadir de la jornada

de

de Nicéa, obligándole insensiblemente á tomar la resolucion violenta de retirarse con Elena, y dexar perecer á los dos presos por las desconfianzas del Emperador.

25 Entonces el espíritu del *engaño* valiéndose del juicio, y de la lengua del Veneciano astuto, habla al Conde de esta manera: Vos sereis de aquí adelante el horror de Elena, quando comenzabais á ser todo su consuelo, y teniais esperanzas de llegar tal vez á ser su esposo. ¿Cómo podreis presentaros delante de Aymar, á quien su esposa comunicará sin duda vuestros proyectos? Creed que ella actualmente no os desaprueba del todo, y solo se embaraza con la dificultad de poder salir bien de la empresa. Ya no reprueba aquellas ideas, que en el navío desaprobaba: tanta mudanza sabe hacer el amor. Sabed que ayer llegó á confesarme, que la naturaleza os habia favorecido mucho mas, que al Conde de Briena; y que si la Reyna hubiese de hacer eleccion por sí, sin duda seriais vos el preferido; y concluyó diciendo friamente, que el remedio seria bueno para prevenido, pero que ya era imposible. Yo hasta ahora no os habia comunicado este secreto, porque queria daros parte quando hubiese mejor respuesta. Mirad lo que se pierde ahora por una cir-

cunstancia no prevista. Si en la noche precedente hubiésemos partido para Cesaréa, Teobaldo no nos hubiera hallado, el Emperador lleno de confusiones, y desconfianzas nunca diera libertad á los dos presos, y vendria entonces á verificarse nuestra mentira, y cumplirse tal vez sin dificultad todos nuestros deseos.

26 Reflexîonad, pues, Señor, en lo que haceis. Vos vais á perderos por socorrer á otros. Si proseguís en la deliberacion de ir á Nicéa, y allí decís la verdad, bien podeis dár luego la vuelta á Europa, porque en la Asia sereis generalmente despreciado. Aymar, la Reyna, y el Conde de Briena bastarán para perderos del todo. ¡Qué infelicidad! quando podiais triunfar de ellos sin duda, y subir al trono, pues para esto basta que sola una vez se declare la pasion de Elena á vuestro favor. Ninguno tuvo jamas circunstancia tan favorable para empuñar el cetro, como la que la fortuna os ofrece. ¿Y quereis despreciarla? ¿Y despreciarla prefiriendo vuestra ruina? Si yo, Señor, estuviese en lugar de daros consejo, os diria, que os retiraseis luego, y que llevando á Elena en vuestra compañía, partieseis para Cesaréa, diciendo al Sultan, que teneis razones muy poderosas para no ir á Nicéa: que el Empera-

rador ninguna autoridad tiene sobre vos para llamaros á su presencia, y mucho menos á su juicio; y que ya le habeis respondido por escrito sobre el punto en que quiere consultaros. En este caso iré yo solo con el Enviado á Nicéa, y hablaré de modo, que conoceréis, que soy vuestro verdadero amigo. Así habló Neucasis, y jamas hubo bálsamo tan suave para una herida inflamada, como lo fué este consejo para el corazon del Conde.

27 Infinitamente le agradó el pensamiento, porque favorecia todas sus pasiones; mas le horrorizaba haber de ser causa de la muerte de un hombre como Miseno. Entonces Neucasis viendo que el Conde titubeaba, esforzó toda la eloqüencia de su política, y á manera del cazador astuto, que ve la presa enredada en el lazo, y antes que lo rompa, y escape repite unos golpes sobre otros hasta rendirla del todo; así Neucasis pintaba la insolencia de aquel hombre, la esclavitud en que le traia, y quán indecente era á su persona andar con pedagogo á su lado, como si fuese un pupilo: que su Filosofía austera solo era propia para consolar en el retiro de un bosque á algun desgraciado de fortuna, y no para un Caballero, á quien la sangre Real, la edad florida, y los dotes de naturaleza le hacian acreedor

á todos los honores, y delicias del mundo: que ningun escrúpulo debia hacer de desamparar á Miseno en la carcel, por quanto él en todas partes hallaba su paraiso: que el Embaxador era un hombre á quien el Conde no debia obligacion alguna, y que era muy duro haberse de sacrificar á sí propio por su respeto.

28 ¿Quándo vísteis, decia, que para alcanzar un cetro obrasen los Príncipes con tanta delicadeza? Los mas honrados, y humanos apenas vieron que la fortuna se les mostraba á lo lejos, no dudaron para subir á él atropellar la justicia, la sangre, y hasta la misma humanidad. ¿Quántas veces se ha visto por esta sola causa correr los rios teñidos de sangre, las campiñas inundadas de cadáveres, y el fuego de la guerra encendido entre padres, é hijos, entre hermanos, y hermanas? Si la patria padece, si la justicia se queja, si clama la razon, si mueren los inocentes, todo es nada quando se trata de ceñir una corona. ¿Pues qué comparacion tiene con esto el mal particular de dos hombres, el uno, que hace muy poca falta en el mundo, y el otro, que solo hace vanidad de despreciarlo? A mas, que vos estais en una circunstancia terrible, porque de ordinario un paso ya dado obliga á continuar

el

el camino, quando no se puede volver atras sin deshonor, y no puede haberlo mayor del que á vos os amenaza, si acaso flaqueais en medio de la empresa: ó habeis de pasar plaza de mentiroso, embustero, é indigno, ó admitir las esperanzas de un trono, con que la fortuna os convida. Ved pues lo que escogeis, y veréis si conviene partir para Nicéa á sacrificaros, ó para Cesaréa á procurar una Corona. Así habló la furia infernal por boca de Neucasis.

29 ¿Y con qué podré pagaros, amigo, (le dixo el Conde) tan relevante servicio? Yo estoy resuelto. Parto á buscar á Elena para transportarme con ella á Cesaréa, y de allí á S. Juan de Acre. Vos iréis con el Enviado á estár con el Emperador, y ved como sin perjuicio de ninguno podeis favorecer mis intentos. Sabed que yo siendo Conde soy vuestro amigo; mas si la fortuna me protege, muchos se darán los parabienes de poder serlo vuestro. Decid al Enviado lo mismo que me aconsejasteis para el Sultan de Iconio, y la misma política servirá para satisfacer á entrambos; pero es justo que yo os espere en la Corte del Sultan á fin de poder llevaros en mi compañía.

30 Huye veloz el páxaro quando se ve libre de la red, en que ya estaba casi cogi-

do, y poco menos era la velocidad del Conde volviendo á Iconio, dándose los parabienes de haber escapado del peligro en que le habian puesto los hados.

31 Quedó Neucasis encargado del negocio de sosegar al Enviado, quando supiese la retirada del Conde, que habia de ser de madrugada, y oculta; y confirmándose el Veneciano en sus pensamientos, se decia á sí mismo: Perezcan en buena hora Miseno, y el Embaxador, porque sin esto el Conde está perdido, y yo quedo tambien envuelto en su espantosa ruina. Yo no puedo volver á Venecia, pues los marineros serán testigos, que por mi culpa se perdió el navío, y así mi hacienda, la reputacion, y la libertad todo está perdido. Solo me resta un asilo en la proteccion del Conde; pero si se descubre su maliciosa intencion, yo seré el blanco del odio de todos, por ser el autor de este designio. Esto debo evitarlo á toda costa. Al contrario, si estos dos hombres quedan en manos del Emperador, la pena, y el sentimiento les hará perder la vida, y de este modo sin ruido alguno saldré triunfante en mis proyectos. Ahora ¿qué cosa mas razonable, que habiendo de perecer alguno, sean ellos, y no yo los desgraciados? Sí, sea como fuere, yo debo poner en salvo mi vida,

y cuidar de mi propio honor. Llevado de este pensamiento, fingió Neucasis una carta escrita en nombre del Conde al Emperador, en la que se excusaba de la jornada con ciertos pretextos, la qual entregó al Enviado, quando este en el dia siguiente, queriendo proseguir su viage, se halló solo con Neucasis, y sosegándole con buenas razones, le acompañó hasta Nicéa.

32 No sabia Miseno, ni el Embaxador la causa de tanta tardanza. Jamas (decian ellos entre sí) se vieron presos tratados con tanta honra, tanta estimacion, tanta decencia. La Emperatriz nos saluda risueña, quando nos encuentra en los jardines. El Emperador ha perdido aquel ayre feroz, y perturbado que antes tenia; pero las centinelas no nos pierden de vista, los dias pasan, y no se nos permite audiencia. Aymar, á mas de la afliccion que le causaba esta tardanza, tenia la cruel incertidumbre de la muerte de su esposa. Perdia el sueño, y la paciencia, y solo en las máxîmas de Miseno podia encontrar consuelo, y alivio.

33 Ved, pues, que de repente toda la escena se muda, y son conducidos de noche á las mazmorras de una tenebrosa carcel, sin que á ninguno de ellos se declare el motivo de este procedimiento. Con todo, á fuerza

de dádivas consiguió el Embaxador de un guardia, que se lo manifestase en secreto.

34 Llegó (les dice) esta tarde un Veneciano llamado Neucasis, conducido por Teobaldo, Capitan de las Guardias del Emperador, el qual puesto en su presencia, le alabó sumamente la prudente cautela de teneros en prision, juzgándolo por necesario para la seguridad de su corona; porque (decia el Veneciano) Miseno es hombre de grandes empresas, capaz de revolver medio mundo: sus máxîmas son extraordinarias, nada se resiste á lo que intenta, y yo no sé lo que pretende en el Asia. Sé que tiene grandes inteligencias con muchos Príncipes de la Europa, y con Aymar Embaxador de algun Soberano, aunque ignoro sus secretos; mas solo os digo, Señor, que vuestro juicio es muy penetrante, vuestro corazon fiel, y que en materia tan delicada, toda cautela es precisa; y si no teneis, Señor, otra cosa que mandarme, permitidme que me retire.

35 Retiraos (le dice el Emperador) á descansar de la fatiga, que yo os agradeceré el servicio que me haceis. Este anillo os será una memoria de mi perpetuo reconocimiento; y si quisiereis quedaros en mi Corte, conoceréis siempre que soy vuestro ami-

amigo. Todo esto oimos las guardias; y de este modo se retiró Neucasis bien premiado; y el Emperador furioso os mandó conducir á esta mazmorra: lo que executé con pena, mas debo obedecer á mi Soberano.

36 Esta fué en substancia la noticia que el guardia dió á Aymar, y á Miseno, y que sirvió para poner al Embaxador en la mayor consternacion. Veia que habia perecido su esposa, porque Neucasis venia solo, el qual como marítimo podia haber mejor escapado de las ondas, que una Señora; y ahora ve, que habiendo perdido esposa, y libertad, estaba en riesgo de perder la honra, y la vida por una traicion manifiesta, y en esto casi enloquecia. Mas Miseno olvidado del daño propio, solo se esforzaba á sostener en peso el corazon del Embaxador, que por momentos iba á precipitarse en la última desesperacion. Sea Neucasis (decia) el hombre mas perverso del mundo, nada podrá (amigo mio) hacernos infelices. El Ser supremo, que á todo preside, ¿podrá disgustarse de nosotros, porque sufrimos la alevosía de los demas? ¿Podrá sin razon tomar el tono que le dé un malvado? ¿Y perseguirnos sin causa como él? Quanto mas triunfan la mentira, y la maldad, tanto mas ha de saber triunfar del

en-

engaño la Sabiduría suprema, superior á todos los sucesos, porque de otro modo quedaria vencido el Dios de la verdad por el autor de la mentira. No tengais, pues, miedo: venga sobre nosotros qualquier suceso; si nos conservamos siempre firmes en la respetuosa sumision á los divinos decretos, no podrémos ser infelices. Un Dios por esencia *bueno*, y de *bondad* intrínseca, *bondad* innata, *bondad* infinita, ¿podrá hacer infelices á los que se entregan á quanto quisiere disponer de ellos? ¿A quien no se atreve á levantar los ojos, ni preguntar á la razon de nada, y obedece sin réplica á sus altísimos consejos? No: no puede ser. Primero serán confundidos los Cielos con los abismos, y la tierra reducida al caos de que fué formada, que Dios mude de naturaleza, ó se olvide de nosotros.

37 Aymar se aquietaba un poco, pero luego volvia á sus primeros movimientos, no acabando de ponderar la maldad de Neucasis, y la increible pasion del *interes* que le consumia. Vendió (decia él) nuestra vida, nuestra libertad, y nuestro honor por el regalo que el Emperador le hizo. Librémonos (respondió Miseno), librémonos de que la codicia nos toque, porque si nos dexamos llevar de esta abominable pasion, caerémos

en los mayores excesos : creed, amigo, que la primer cosa que el oro hace con nosotros es cegarnos. Este metal infeliz rara vez brilla sin que deslumbre á quien de cerca fixa en él los ojos ; mas tened ánimo, que por la misma razon, que la Providencia dexa en sus errores á quien se entrega á las pasiones, conducirá al acierto á quien las reprime, y solo se gobierna por la razon. Dios que nos conduxo aquí sin culpa nuestra, nos sacará del riesgo, si le dexamos obrar, sin murmurar de él. ¿No es ya esto un gran favor que nos hace, darnos á conocer los hombres para no fiarnos de ellos?

38 Admirábase el Embaxador de ver tal serenidad de ánimo, é iba aprendiendo á discurrir como Miseno; mas como era aprendiz de esta nueva Filosofía, á cada paso se encontraba embarazado, y las pasiones rebeladas levantaban un tumulto, y confusion tal, que ni los discursos le convencian, ni los ruegos le doblaban ; y furioso muchas veces se queria quitar la vida. Miseno afligido por el mal ageno, levantaba sus ojos, y su corazon al Cielo, y firme siempre en la idea que tenia de la Providencia suprema, tanto mas seguramente esperaba de ella el socorro, quanto mas cerradas veia las

las puertas para conseguirlo de las criaturas.

39 Teobaldo entretanto inquieto, indeciso, y afligido, luchaba consigo mismo. Unas veces la candidez de Miseno, la uniformidad en la declaracion de los dos prisioneros, y la palabra del Sultan de Iconio, le aseguraban de que nada tenia que temer de los preparativos de guerra. Otras veces la resistencia del Conde de Moravia para ir á Nicea, las palabras confusas de Neucasis, el aprobarle este su cautela, haberle dicho que era hombre de quien debia temerse, por ser de grandes máxîmas, y proyectos fuera del comun de los otros, le hacian entrar en mayor sospecha. Por otra parte la Emperatriz no podia creer, que aquel hombre fuese capaz de igual atrocidad, y apartaba al Emperador de todo pensamiento siniestro; mas de quando en quando convenia tambien con él. Bien como los álamos frondosos, y elevados, que sobre la cumbre de la montaña están expuestos al furioso viento, y sin cesar son impelidos á partes opuestas, ya inclinándose á un lado, ya á otro, ya se encuentran, y mutuamente se combaten, ó ya conformes van de acuerdo, y se unen; así estaban los Emperadores agitados de sus pensamien-

mientos ; y para conocer la verdad, tomaron la resolucion de decir á los presos, que su enormidad estaba ya conocida, sus delitos descubiertos, y su condenacion sin remedio, para ver si la conciencia los perturbaba, ó su propia lengua los confundia.

40 Neucasis, entretanto viendo que estaba la puerta abierta para su fortuna, si lograba persuadir al Emperador la conjuracion imaginada, fingió otra carta del Conde de Moravia al mismo Emperador, en la qual con términos confusos daba á entender, que Miseno era hombre sospechoso, y no poco falso el Embaxador su confidente. Nada le detenia el vuelo que su ambicion habia tomado, persuadiéndose de que convenia á toda costa perder á los dos presos para triunfar de los hados, que tanto le habian perseguido.

41 En el dia siguiente fueron los dos desgraciados presos conducidos al tribunal, cargados de hierros, y con esposas, y todo el aparato de justicia era de una pronta execucion. El Emperador se dexó ver con toda la pompa de su soberanía: la severidad de Juez, y la cólera de parte ofendida, la llaga antigua de los zelos pronta á renovarse, le suministra un ayre feroz, y un semblan-

blante terrible: todos temen, y tiemblan en sù presencia, y solo con su vista amenaza. Neucasis, el Piloto, y los marineros son llamados al juicio: tambien asiste Teobaldo, é igualmente los principales Señores de la Corte, y á presencia de todos dice el Emperador de esta manera.

42 Justo es que todo el mundo sepa hasta donde llega la malicia de los hombres, y los peligros de un Monarca, y conviene, que no se ignore el motivo de las mas rigurosas demostraciones de mi justicia, por quanto los Monarcas somos responsables al público de lo que hacemos, y nuestras acciones son siempre juzgadas en el tribunal de todo el Universo.

43 Este primer reo que aquí veis, no contento de haber maquinado todas las infelices revoluciones de Constantinopla, de lo que se siguió ver en las manos de los extraños la corona de mis padres; despues de procurar su ruina, viene ahora á perseguirmé hasta en el *Asia*, y en todo mi Imperio. Mas gracias al Cielo, que ha sido su malicia descubierta; y ahora para su mayor confusion la quiero manifestar públicamente en su misma presencia. Aquí están estos extrangeros, hombres de probidad, y de honor, que á pesar del amor de compatriotas,

tas, han depuesto contra él, no pudiendo sufrir el horror de su atentado. El Conde de Moravia, que ya venia á mi Corte para dar fé de esta conjuracion, huyó temeroso. ¿ *Y es viva Elena* ? exclamó Aymar, fuera de sí, arrebatado de un repentino alborozo, porque con esto revivieron en él las esperanzas casi perdidas de que su esposa hubiese escapado del naufragio. Esta pregunta intempestiva causó grande admiracion al Emperador, y á los circunstantes; y el Embaxador, pidiendo perdon de su imprudencia, calló al punto, dexando continuar al Príncipe, el qual mandó que dixese Neucasis lo que supiese contra Miseno. Sean (decia el Emperador) dos veces castigados, por la confusion, y por los tormentos, y verá el mundo todo la prudencia con que obro, y como sé moderar los impulsos de la cólera, aun la mas justa, y mas irritada. Neucasis haciendo al Monarca la debida reverencia, dixo con voz trémula, y semblante perturbado:

44 Nada hállo, Señor, que sea tan sagrado en el mundo, como la vida, y seguridad de los Soberanos. Ellos son Vice-Dioses en la tierra, todo se les debe sacrificar hasta la mayor amistad. No lo juzgó así el Conde de Moravia, que ya venia á satisfacer vuestro empeño, quando su re-

flexîon pusîlánime le detuvo los pasos. Su
honor no le permitia mentir, ni la amistad
de Miseno decir la verdad. En estos térmi-
nos, no hallando otro medio para evitar
los dos crímenes, se retiró, dexándome esta
carta, que he tardado en presentaros, por-
que me previno que no lo hiciese, sino en el
último aprieto. Tanto le contenia el amor á
Miseno, y tanto temia perderle del todo;
mas como vuestras órdenes son para mí como
divinas, nada, Señor, puedo ocultaros. Ale-
gróse el Príncipe, y mandó á Teobaldo que
tomase la carta de mano de Neucasis, y la le-
yese en público, lo que executó, y decia así:

45 "Razones muy urgentes, Príncipe
»Soberano, me obligaron (como ya os lo ma-
»nifesté por vuestro Enviado) á suspen-
»der el viage de Nicea, y los pasos que ha-
»bia dado son prueba de la voluntad sin-
»cera, que tenia de obedeceros. Sabiendo, pues,
»que todo el fin de esta jornada solamen-
»te era exâminar quiénes fuesen los dos pre-
»sos, que se hallaban en vuestro poder,
»declaro, que solo los conozco por un ca-
»sual encuentro en un navío, en que to-
»dos peligramos. Sé que Miseno es hombre de
»grande entendimiento, cuyas máxîmas son
»para estîmarse, y para temerse. Aymar tie-
»ne política muy fina, y grande astucia,

»y yo con mucho gusto me veo libre de »la compañía de ambos, porque me podia »ser peligrosa. Vuestra prudencia pesará »en su balanza exâcta quanto vale la se»guridad de una corona, los motivos de vues»tra justa desconfianza, y las circunstan»cias presentes. Creo que habiendo sospe»chas tan bien fundadas, no podrá ocul»tarse á la perspicacia de vuestro enten»dimiento, el crimen de alguna conjuracion »disfrazada, y sabed, que ninguno desea »mas vuestra seguridad, que el Conde de »Moravia ". Calló Teobaldo; y á la manera de un viento repentino, que se levanta en el frondoso bosque, se oyó un gran susurro en toda aquella asamblea. En el semblante del Emperador se veian al mismo tiempo la cólera, y el júbilo por ver descubierto el delito. Neucasis estaba bañado en gozo, por haber salido bien de su premeditado engaño. La Emperatriz triste, y afligida pidió al Emperador permitiese á Miseno que pudiese hablar; lo que el Monarca le concedió, para que su confusion probase con la última evidencia su delito, y fué precisa toda la autoridad del Soberano para imponer silencio, y mandar que diesen atencion á lo que dixese Miseno.

46 Como peñasco inmovil que quanto mas furiosas le combaten las olas, tanto

mas triunfa de ellas con su inalterable sosiego, así estaba el semblante de Miseno, á quien siéndole permitido hablar, dixo de esta manera:

47 Si los Monarcas, Señor, son responsables al público de sus acciones, yo tambien lo soy, y no solo al público, sino tambien á mí mismo, y al Ser soberano que preside á todo lo criado, el qual con madurez, justicia, y verdad distribuye, ó niega á los mortales la sólida felicidad, por la que todos suspiramos. Sea el que fuere el juicio de los hombres, nada será útil á mi intento, nada me será nocivo: si obrare mal, temeré siempre mi propio juicio, que me condenará perpetuamente: temeré el juicio de la eterna verdad, que no depende de los hombres; mas si obrare bien, nada temo, ni en la tierra, ni el Cielo, ni en los abismos. Esto supuesto, digo Señor, que ningun crimen tengo contra vos, y quiero que sirva de testigo el Cielo (quando la tierra lo rehuse) de que jamas me ocurrió la idea detestable de atentar á una corona; antes sí trabajé, y apliqué todos mis esfuerzos para ponerla en la cabeza de vuestro suegro: lo conseguí, quedé satisfecho. Yo hice pasar á Isaac Angelo de la carcel al trono; mas esto, no tanto á mí como á la Providencia

su-

prema lo debieron esos Príncipes. Yo no pido, ni nunca esperé de los hombres recompensa alguna de quanto he obrado en mi vida. Si despues vuestros padres fueron depuestos del trono, no dependió de mí su desgracia: encerrado me dexaron en una mazmorrá, y muy lejos de sus Estados, quando cayeron del trono. Vos fuisteis de ello testigo, y á vos mismo os cito.

48 Ahora, pues, como ya os declaré los fines de mi viage, y sabeis que este mi compañero es el Embaxador de la Reyna de Jerusalen, enviado por ella á Filipo Augusto, y que vuelve con la noticia de que el Conde Juan de Briena viene á ser esposo de la nueva Reyna: sabeis tambien que el Conde de Moravia, á quien acompañé como padre, venia solamente á cumplir su voto en la Conquista de los Santos Lugares: sabeis igualmente que él, y Elena, esposa de Aymar mi compañero, se separaron de nosotros por la revolucion de los vientos; y que nosotros en fin impelidos del naufragio, roto el baxel, fuimos arrojados á estas costas, y que solamente os pedimos proteccion para saber si nuestros compañeros eran vivos, ó muertos: si Neucasis, si el Conde, si el Piloto, ó todo el mundo dixesen, qué os engaño, creed lo que quisiereis, haced la justicia que mas

fuere de vuestro agrado, que para mí es lo mismo perder, que conservar esta vida. Mil veces la tengo expuesta, y así, ni temo, ni deseo la muerte: solo detesto la falsedad, y el crimen, y ahora viéndolo en esos mismos que he amado como á hijos, viéndolo triunfar de la inocencia, gustoso dexaré un mundo, donde reyna, y domina la cabala. Alegre, y corriendo en pos de la verdad, saldré por las puertas de la muerte, viendo que ella huyó del mundo, y consentiré de buena voluntad á los que quedaren en él, que triunfen como quisieren, y á su salvo de mis huesos, ya casi secos, y de mis miembros consumidos á fuerza de trabajos; y en fin de estos viles despojos de mi alma feliz. Consentiré, digo, que triunfen conforme la ambicion, y el error lo persuadieren, por quanto estoy cierto, que, ó el Dios de la verdad ha de ser mentiroso, ó algun dia ha de hacer sólidamente feliz á quien viviendo, y muriendo abrazó siempre la verdad. Esto dixo Miseno con un ayre al mismo tiempo tan noble, tan sereno, tan dulce, que todos quedaron confundidos.

49 El Emperador quedó por un poco suspenso; y Neucasis traspasado, pálido, y trémulo, quiso retirarse, mas la guardia lo detuvo; y el Emperador (sofocando en el

pe-

pecho los movimientos del alma) le dice con ayre imperioso : No , no saldreis de aquí sin que respondais á lo que dice Miseno.

50 Quiso Neucasis hablar, mas la confusion de su espíritu le añudaba la lengua. Solo pudo decir, que se referia á la declaracion que ya tenia dada.

51 El Emperador fluctuaba, ya temiendo la conjuracion, ya la malevolencia, y el engaño. En los semblantes de Neucasis, Aymar, y Miseno se advertia una diversidad notable. Neucasis, siendo el acusador, estaba pálido, trémulo, y vacilante. Aymar tan lleno de cólera, que apenas podia reprimir la ira, y la venganza. Mas Miseno con un aspecto sosegado, alegre, y superior á todo, viendo á su compañero tan turbado con un espíritu de héroe mayor que todos los acontecimientos de la fortuna, le dice:

52 No penseis, amigo, y compañero, que este tribunal en que somos juzgados es el supremo, ni que su sentencia decisiva puede tener efecto irrevocable. De la sentencia de los hombres no depende nuestra felicidad. Todo lo que cabe en la extension de su poder es la vida, que vale muy poco, ó la reputacion en el congreso de los mentirosos, que nada vale. Apelemos al tribu-

nal de la verdad, en donde con sentencia eterna, é inmutable se juzgará del heroismo, con que toleramos la atrocidad de nuestros falsos amigos. Mas pierden ellos que nosotros, y mayor favor nos hacen, del que nos harian nuestros mayores amigos. Si bien lo reflexîonamos, ninguno trabaja tanto en nuestra felicidad, como quien nos da ocasion para un insigne merecimiento. Es verdad que el Supremo distribuidor de los bienes es en nosotros la causa de todo lo que es bueno, dándonos fuerza, y luz celestial para triunfar de las pasiones, y señorearnos de ellas; y pues los enemigos son los que nos ocasionan este triunfo, ved el bien tan grande que les debemos. Ellos ningun mal nos pueden hacer: ¿podrán acaso robarnos la inocencia, ó privarnos de las interminables alabanzas, que nos dará el Dios de la verdad? ¿Luego qué mal nos pueden hacer? Demas, si gustoso habeis de dar la vida por la gloria vana de las armas, que siempre queda sujeta al capricho de los hombres, dadla por la virtud, y por la inocencia, y al mismo paso compadeceos de quien por ceguedad se dexa caer en los errores que estais viendo. Ea, ánimo; y volviéndose al Emperador, le dice:

53 Podeis, Señor, disponer muy á vues-

tro

tro gusto de nuestra vida, porque èstamos en vuestras manos, y no nos resistimos. No confesarémos el menor delito, porque apelamos al tribunal de la verdad, y desde luego sufrirémos la última pena con todo valor. Y si la incertidumbre en que os veo, admite algun arbitrio, comprad en buena hora vuestra paz con mi misma muerte, y sosegad vuestra conciencia, remitiendo con resguardo á mi compañero hasta Cesaréa, pues á mas de ser Señor de estos Estados, goza de los fueros sagrados de Embaxador de una Testa coronada. De este modo nada arriesgais, porque no podreis temer á un muerto, ni tampoco á un hombre á quien no ofendeis, y que se va á un pais tan distante.

54 En este punto entra Elena de repente en la asamblea, y se arroja á los pies de la Emperatriz, pidiendo audiencia. Habia ella desconfiado en Iconio de las palabras equívocas del Conde, y de la ausencia intempestiva de Neucasis; y sabiendo del Sultan lo que bastó para entrar en sospecha de que su marido vivia, vino á toda priesa, y á presencia de todos declaró toda la intriga del Conde, y de Neucasis. Cae este á vista de Elena. Aymar cargado de cadenas, corre á abrazarla á los pies de la Princesa. Miseno inmovil bendice al Cielo por la vida de Elena,

y de Aymar: compadécese del horroroso crimen que acabó de oir, y toda la Asamblea queda asombrada.

55 Al ver esto el Emperador lleno de cólera, no halla términos bastantes para argüir la malicia de Neucasis. Este sepultado en su confusion, trémulo, y balbuciente, apenas se disculpaba con la malicia del Conde; y de orden del Emperador fué encerrado en una obscura mazmorra, quando Miseno juntamente con Aymar, y Elena fueron conducidos en los brazos del Soberano á su gabinete, y tratados como merecia su virtud.

LIBRO XX.

1 NO sabia el Emperador cómo manifestar á Miseno quanto le estimaba: ni Aymar, y Elena acertaban con las expresiones de su agradecimiento. Miseno recibia estos obsequios con la misma serenidad que los ultrages pasados, resistiendo á las elevaciones de la fortuna, para no experimentar los golpes de los abatimientos, que preveia siempre, conociendo la instabilidad del mundo. El Embaxador irritado sumamente contra el Conde, y Neucasis por la informacion de Elena, pedia al Emperador venganza de este, y se determinaba á tomarla personalmente de aquel. Elena fomentaba esta pasion pintando con tan vivos colores toda la alévosía del Conde, sus depravados intentos, y su perfidia, que el corazon mas helado arderia en cólera. Estas razones inflamaban tambien al Emperador irritado contra la malevolencia, y simulacion de Neucasis, y determinaba vengar en él el delito de ambos, sabiendo que estaba el Conde en Iconio, y aconsejaba á Aymar, que con el derecho de esposo, y el esfuerzo de ofendido le buscase personalmente para despicarse de la afrenta.

2 Pero Miseno luchando al mismo tiempo

po con las pasiones de todos, hacia quantos esfuerzos le eran posibles para impedir la ruina de sus enemigos; mas todas las razones que oia ponderar de dia, las furias del infierno se las procuraban avivar en el sosiego de la noche, y le atormentaban, conjurándose todo el infierno en rebelar contra él aquellas mismas pasiones, que él con sumo cuidado tenia ya subyugadas.

3. La primera que á la frente de todas las demas venia á acometer el corazon del héroe, era la *venganza*; y para que no se previniese contra los envenenados golpes que le preparaba, tomó todas las insignias con que se adorna la virtud de la *justicia*. Cubre las furiosas serpientes de su cabeza con un yelmo sencillo de metal brillante, para que en la simplicidad viese la rectitud, y en el metal la firmeza de sus juicios. Oculta los dragones, que cria en el pecho, con un falso sol, símbolo de la luz de la razon, con que la justicia únicamente se debe animar: de su arco vengativo, y de las saetas, que acostumbra disparar á escondidas contra los descuidados, forma una falsa balanza, que sostiene en la mano izquierda, empuñando con su seco, y descarnado brazo la espada, que es la insignia de la justicia; y en esta figura visible le aparece á Miseno en sueños, y le dice:

Ya

4 Ya me conoces, Miseno: nunca mortal alguno me tuvo amor tan puro, como el que tú me has tenido. Tú con la luz de la *razon* has separado siempre los fueros de la *justicia* de las intrigas secretas de la *venganza*; mas no debes degenerar en el vicio contrario de *flaqueza*, ni ser de este modo el protector de la maldad, y fautor de los delitos. Ninguno conoce mejor que tú la malevolencia del Conde, y de Neucásis, porque la Providencia delante de tí los hizo caer en el lazo, que ellos mismos habian armado; y ya que el Ser supremo obró así, yo te declaro, que le desagradarás sumamente, si contradixeres lo que él tiene dispuesto. Tú serás igualmente detestable á sus ojos, ó persiguiendo á la virtud, ó protegiendo á los malvados. Sabe que está escrito en los supremos decretos, que Neucasis perezca: que el Conde pague con una muerte infame, que se le prepara á sus abominables desórdenes, y que tú goces en paz del reposo que el Emperador te ofrece en su Corte, para servirle de guia en sus dias, y hacer felices á sus pueblos. Así paga Dios á quien le busca, y así hace triunfar de la malicia infernal á su Providencia Divina; y por un feliz que tú querias hacer, serás instrumento de la felicidad de los Pueblos que Teodoro gobierna. Dios manda por

la *luz* de la *razon*, que se dé á cada uno lo que cada uno merece; esto es, al Emperador gusto, y al Conde, y Neucasis el suplicio: manda que se libre al mundo, y á los que en él quedan del peligroso contagio que les causaría la vida de estos dos monstruos, si quedaren vivos. Ya vistes que bastó el mal exemplo de Neucasis para pervertir al Conde; mira ahora qué daños no se deben temer, si el uno, y el otro se conservan con vida. No mires, pues, á tu sensibilidad: bastantes virtudes tienes para ser superior á todas sus calúmnias; pero debes mirar por la justicia, procurando la satisfaccion de Aymar, y de Elena, que están ofendidos, y cautelar la ruina del Pueblo, de lo que tienes exemplo en la de tus compañeros. Neucasis ya está en la carcel, y dentro de poco tiempo vendrá tambien á parar el Conde en las manos del Emperador, y en eso conocerás, que trabaja el Cielo para que se haga justicia; y ya que el Conde no tomó tus consejos para ser feliz, pague ahora con una muerte infeliz su rebeldía. Entonces verá el Cielo, y será testigo la tierra, que tú eres recto, que abrazas la virtud, detestas el vicio en los demas, y castigas el error. No seas, pues, flaco, ni te ablanden las lágrimas indignas, ó los ruegos de un traidor: cierra

los

los oidos á la desordenada floxedad de tu corazon falsamente benévolo. No, Miseno, no: protege á los buenos hasta dar la vida; mas persigue á los malos hasta tus últimos alientos, purifica al mundo de este abominable contagio, y envia al infierno á los que tienen derecho de vivir en él.

5 Así habló á Miseno la infernal furia, y oyendo esto se sintió agitado con un movimiento inquieto. Entonces se le representaron como en un lienzo todas las ingratitudes del Conde puestas en contraposicion de los excesos, que por él habia hecho. La sangre le hervia en el pecho, y le palpitaba el corazon. No (decia él): no es esto venganza, es amor á la justicia; y aun quando no fuese yo el ofendido, sentiria el mismo horror contra un delito tan enorme; porque si la razon lo detesta, y Dios lo abomina, ¿qué cosa puedo hacer mejor, que obrar como Dios obra? Si el Cielo los tiene condenados á muerte, no puedo sin ofender al Cielo dexar de contribuir á la execucion de la sentencia suprema. Bueno seria que el Conde fuese encerrado con Neucasis en la misma carcel, en que nosotros lo estuvimos por ellos, y que ambos fuesen castigados del mismo modo que nosotros, por quanto la pena del talion siempre fué justa.

Así

6 Así hablaba Miseno perturbado de las pasiones, y se desconocia interiormente, porque no hallaba dentro de sí aquella paz de que siempre gozaba. Una espesa niebla le ocupaba el juicio, y los ojos de su entendimiento lo veian todo de modo muy diferente. Estando, pues, en esta confusion, viene Aymar alborotado, diciéndole como acababa de llegar el Conde, á quien el Emperador mandó luego encarcelar en una prision oculta, destinándolo para objeto digno de su cólera, y justa venganza. Habia sentido mucho el Conde la partida precipitada de Elena; y procurando, aunque en vano, alcanzarla en el camino, á fin de atajar el daño que rezelaba, se habia lisonjeado, que mediante la gran astucia de Neucasis lo podria remediar todo, y con esta idea llegó á Nicéa.

7 Entonces la cólera del Emperador subió á su último punto, quando supo por la conversacion de Elena toda la intriga del Conde, y á manera de un gran incendio, quando llega á prenderse en un almacen de materias combustibles, que de repente, como si hasta allí nada hubiera hecho, todo lo abrasa, y destruye, y entre nubes de espeso humo levanta furioso horribles llamaradas, que al mismo Cielo amenazan, sin que fuer-

za

za alguna pueda atajarle los pasos; así acontecia en el corazon del Embaxador. Jura por todo quanto el Cielo, y la tierra tienen de sagrado, que se ha de vengar del Conde, y de Neucasis. Elena daba aun mayor fuerza á su cólera, y por uno, y otro lado soplaban las furias infernales el odio, y la venganza, para ver si en el corazon de Miseno, ya dispuesto, y preparado, se prendia el incendio que ya ardia en los dos Embaxadores.

8 Veia en ellos Miseno como en un espejo todos los movimientos que su propio corazon comenzaba á sentir. Entonces, poniendo pie atras, forcejeó para retirarse del precipicio, á cuyo borde se hallaba: pidió licencia por un momento, y se puso á pensar, inclinando la cabeza, y recostándola sobre una mano. Recurrió al Cielo, y se pregunta á sí propio: ¿Dónde está aquella dulce paz, que mi alma ha gozado tantos años? ¿Dónde aquella luz clara de mi entendimiento? ¿Dónde aquella serenidad, que me hacia tolerar todo quanto me sucedia? ¿Qué es lo que tengo de nuevo, ó lo que he perdido? Lo cierto es, que si se conservan mi paz, el uso de mi razon, y el dominio de mis pasiones, nada habré perdido, ni me habré privado de mi felicidad, y esto aun-

que el Conde viva, y viva con él Neucasis. ¿Pues para qué me turbo? ¿Para qué me inquieto, si estoy como estaba antes? Ellos me quisieron hacer mal, mas en efecto no llegaron á hacérmele. Pues si su delito no pasó de un vano deseo, mi venganza no debe ser real, y verdadera. ¿Acaso pretendo aventajarlos en hacer mal? ¿Y por un mal, que no llegó á existir, he de hacer yo un mal, que exîsta en la realidad, y que nunca pueda remediarse? ¡Ah! eso no. En esto se levanta, y habla á los Embaxadores á favor del Conde, y de Neucasis, como si ellos fuesen sus mayores amigos.

9 Esos dos miserables (decia) todo lo tienen perdido, reputacion, virtud, honor, y hasta la amistad, y proteccion del Gobernador del Universo, que es el que únicamente podia hacerlos felices. ¿Para qué, pues, será añadirles otro mal al que ellos mismos se hicieron? Su infelicidad les basta: ellos son miembros del mismo cuerpo, que lo somos nosotros. No conviene, pues, vengarnos, porque esto seria despedazar nuestro propio cuerpo. Si mi mano izquierda hiriese á la derecha ¿juzgariais vos á propósito, que esta se vengase hiriendo tambien á la izquierda? Todos entonces me tendrian por loco, y vendria á parar en pérdida propia mi

mi loca venganza. Pues en el mismo caso estamos. Todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, que como Cabeza nos gobierna á todos, y á todos nos vivifica. El toma á su cargo el castigo de todos los delitos, y la correccion de todos sus hijos. El como Juez justo sabe pesarlos sin pasion, castigarlos sin exceso, y remediar el daño sin el menor inconveniente: cosa que ninguno de nosotros puede hacer siendo parte ofendida. Con el resentimiento siempre se ciega el juicio, falsea la balanza, y se tuerce la espada de la justicia.

10 A mas de que el vengarse lo hará qualquier bruto, ó fiera; y si un hombre no obra de otro modo, ¿en qué se distinguirá de ellos? Os parecerá á vosotros, que esto no es *venganza*, sino *justicia*; ¿mas qué otro nombre tiene la justicia, que cada uno se hace á sí mismo, y por propia autoridad, sino el de venganza? Si la buena *razon* los detesta á ellos, tambien yo seré detestable, si obrare como ellos obran, y siguiere el ímpetu ciego de mi pasion. ¿No es por ventura la venganza una pasion tan fea como qualquier otra de las que reprueba mi entendimiento? En saliendo de los límites de la razon, por qualquier lado que salga, siempre me precipito, y me pierdo. Pues no.

Yo quiero vencer ahora el mal con el bien, que esto es lo que se llama triunfo. Yo no salí de mi patria para dexarme arrastrar de esas pasiones, que veo en las heces de la ínfima plebe: salí para aprender por la experiencia á domarlas, y exercitarme en los encuentros, á vencer todas, y qualquier dificultad. Y así, amigos, desde este mismo instante me determino, no solo á suspender todo movimiento de venganza, sino tambien á favorecer á estos dos infelices, como lo requiere su miseria. La luz de la razon me dicta, que nunca haga mal á mi semejante. En esto no puedo errar. Si me hicieren algun agravio, la pérdida es para quien lo hace. Yo nunca seré peor por el pecado ageno, y mas perderé por la pasion vil de la venganza, que por todas las persecuciones posibles.

11 Oyó Elena este discurso de Miseno, y toda absorta, ni podia condescender con él, ni resistirle. Era para ellos tan nueva esta Filosofía, que su luz maravillosa los pasmaba, y su novedad los suspendia. Bien como quando baxa una refulgente divinidad de las celestiales nubes, que sumergidos en admiracion, y pasmo el entendimiento, la lengua, y los ojos, no atinan con el hilo del discurso, y solo se explican con el silencio;

así

así estaba Elena suspensa con la respuesta de Miseno; y tomando á Aymar por la mano, le persuadió, que se retirase luego á Cesaréa para continuar desde allí su rumbo hasta S. Juan de Acre, y que encargasen al Emperador, y á Miseno la satisfaccion que habian pedido de Neucasis, y del Conde. Resistia Aymar; mas al fin aprobó su resolucion, y entre otras muchas demostraciones de amistad, se despidieron los Embaxadores de los Príncipes, y de Miseno, y prosiguieron su destino.

12 No amenazan tantos rayos las nubes espesas, y denegridas, quando el Cielo cubierto, y obscuro manifiesta aspecto colérico contra los mortales, que le irritan, como el semblante del Emperador prometia un exemplar castigo contra el Conde, y Neucasis. Cerrados cada uno en su carcel se contradecian, y condenaban mutuamente. Irritado el Monarca por haberle mentido en su propia cara, se disponia á las mayores demostraciones de furor, como parte ofendida, y como Juez, que debia dar satisfaccion á la ofensa de los Embaxadores, y de Miseno; y haciéndolos llevar maniatados á su presencia, vuelto á Miseno le dice: Vos sois ahora el Juez de estos vuestros enemigos: á vuestra disposicion los entrego, para

que tomeis de ellos justa venganza. Su sangre derramada debe castigar su crimen, aunque jamas podrá expiarlo; pues no puede haber satisfaccion justa á los agravios de mi persona, ni á la atrocidad de su malevolencia. A vuestra eleccion, pues, dexo el género de muerte, y todas sus circunstancias, para que veais que deseo satisfaceros en quanto me es posible.

13 Miseno haciendo al Príncipe una profunda reverencia en agradecimiento de la honra que recibia, respondió de este modo: Pensamiento he tenido, soberano Mornarca, de pediros esa misma gracia, que vos me concedeis tan liberalmente, porque conviene mucho castigar un delito tan feo, y hacer ver al mundo todo su horror; y ya que me haceis árbitro de su muerte, y del castigo, deseo que sea el mas cruel, y prolongado que pueda imaginarse; mas no me atrevo á declararlo, sin estar bien cierto, y asegurado de que vuestra decision confirmará mi sentencia. Manifestó el Emperador admirarse de esta duda de Miseno; mas ocultando quanto pudo su sentimiento, le protestó, que la palabra Regia no dependia de confirmacion para la mayor, y mas firme confianza de quien la tiene por basa.

14 Sean castigados, ilustre Monarca, (aña-

(añadió Miseno) y castigados por toda su vida con la continua vista de su propio delito; y para que vean todo su horror, tengan siempre delante de sus ojos un espejo, que les represente á cada respiracion quién es el Príncipe á quien ofendieron, y quién el amigo á quien quisieron quitar la vida. Este espejo ha de ser una plena libertad (la que para ellos os pido), pues por este beneficio os conocerán á vos, y á mí. Este seria para mi alma el tormento mas cruel, porque no me podria tolerar á mí mismo; de tal manera, que la muerte no me seria tan pesada, como semejante vida; y el heroysmo de la beneficencia agena seria el espejo mas claro de mi feísima ingratitud. Y ya que vuestra Regia palabra me asegura el buen despacho de mi súplica, merezcaos tambien, que para su eterna confusion sea esta sentencia al instante executada.

15 Con esta no esperada propuesta quedó el Emperador suspenso; y á la manera que una peña desprendida de un elevado monte rueda por él abaxo sin poder detener el ímpetu que ha tomado; así era el corazon del Emperador, que furioso habia determinado vengarse de la injuria con el último suplicio, y solo habia dexado á Miseno la eleccion de la muerte; pero no la del per-

 don.

don. Y mudando la admiracion en ira, extrañó mucho la imprudencia de Miseno, pues pretendia que el ultrage de su Real persona quedase sin castigo; y lleno de cólera, le dice: Vos podeis (si quereis), por una estoica generosidad, perdonar vuestro propio agravio; mas los Soberanos tienen otros fueros mas sagrados, que jamas fué lícito dexarlos desatendidos.

16 Aprovechóse Miseno de esta última palabra, y replicando, dixo: Confieso, Señor, que los Soberanos gozan en cierto modo fueros de divinidad, y que jamas es lícito desatenderlos; mas.... Aquí se vió Miseno embarazado. Dos veces quiso continuar lo que decia, y dos veces suspenso balanceaba. El Emperador le instó á que declarase lo que le sugeria su pensamiento, y él cada vez se hallaba mas embarazado: sus mexillas encendidas, sus ojos fixos en el Cielo, y enmudecida su lengua, daban qué pensar mas al Emperador, y á los asistentes. En fin, tomando aliento, dice de este modo: Y si algun Soberano apadrinase estos reos, creo por vuestra misma palabra, que no seria desatendido un tan especial patrono. Serian prontamente perdonados, dixo el Emperador, porque con tal intercesion quedaria mi injuria bien satisfecha; mas el diferir hasta

ese

ese tiempo mi venganza, esa ya es una gracia de que son ellos totalmente indignos. Han de morir sin remedio. Entonces Miseno, tomando otro ayre bien diferente, dixo con un tono noble á los dos presos: *Sin tardanza podeis ya besar la mano al Emperador por la gracia que os hace, en atencion á los ruegos de Uladislao, Rey de Polonia.* Y volviéndose luego al Emperador, continuó diciendo: Solo este lance, amigo, me podia obligar á descubrirme; y ya que aquí no puedo vivir oculto, consentiréis que me retire de vuestros Estados para seguir mi destino.

17 Qual relámpago extraordinario, que inflamando en un momento todo el Cielo, nos dexa ciegos con la misma luz repentina que debia ilustrarnos; así fué esta respuesta no esperada en la presencia del Emperador, que suspenso no atinaba con lo que debia responder. A ese tiempo el Conde se postró á los pies de Miseno ahogado en lágrimas. Miseno levantándole en brazos, lo llevó al trono del Emperador, y le dice con los ojos arrasados: Agradeced al Cielo haberos hecho caer en las manos de un Príncipe tan benévolo, y de aquí adelante no abuseis de mi amistad, porque la Justicia Divina pesa los delitos en la balanza de los favores.

El

18 El Emperador ya tenia en los brazos al Conde, y juntamente á Miseno; y pasado aquel tiempo, en que solo hablaron las lágrimas, dixo á Miseno de esta manera: Nunca esperé deber á los Cielos favor semejante al que ahora recibo. Ahora me doy por feliz de ver en mis brazos un héroe, que jamas se vió en el mundo, y qual nunca imaginé que Dios concediese á los hombres. Dadme licencia, Uladislao, para que este mi ósculo hable por mi corazon suspenso; y pasado un no breve intervalo, en que toda la asamblea enternecida lloraba, vuelto el Emperador al Conde, que confuso no se atrevia á levantar los ojos del suelo, le dice irritado: ¿Y cómo es posible, que conociendo vos la persona Real de vuestro amigo, tuvieseis ánimo para urdir tan fea intriga, y maldad tan abominable?

19 Señor (le dice el Conde) dadme antes la muerte, que el tormento de semejante pregunta. Infame (decia volviéndose con cólera contra Neucasis) á tí debo, y á tus detestables consejos un crimen, cuya memoria me es mas horrible que los mas atroces tormentos. A este tiempo los ojos del Conde arrojaban fuego, su rostro confuso se inflamaba, y encendia, los labios temblaban, los miembros convulsos indicaban la có-

le-

léra interior, y la rabia que le devoraba. Miseno entonces con el mismo tono antiguo le toma del brazo, diciendo: Ocupaos, hijo mio, de vos mismo, y olvidaos de los delitos agenos. Besad la mano al Emperador, y lavad con el procedimiento futuro la mancha de lo que ya ha pasado. Ahora vereis quanto importa seguir los dictámenes de la *razon*, y reprimir las pasiones, que siempre os han arrastrado.

20 El Conde entonces recobrado de su perturbacion, postrándose de nuevo delante del Emperador, le dice así: Jamas, Señor, se presentó ante vos reo alguno tan indigno de vuestra clemencia como el infeliiz Conde de Moravia. Yo ludibrio siempre de mis pasiones, vine tambien á serlo de las agenas. Mi infelicidad, que me hizo arrastrar vilmente por la tierra, en seguimiento de mis locas ideas, me ocultó la luz de la *razon*, para precipitarme en los mayores errores; mas despues esta misma luz se me ha manifestado toda de un golpe, para castigarme con la enormidad de mi propio crimen. No puedo, Señor, no puedo sufrir una vista tan horrible; y os pido por gracia particular, que me concedais la muerte, porque no podré ver á Miseno (debo observar, Señor, su precepto, ocultando hasta en su presencia su pro-

propio nombre) no podré ver á Miseno sin que vea en el claro espejo de su virtud todo el horror de mi delito, y moriré á cada momento de mi triste vida. Bien sé que todo castigo es propio de mi delito; mas no puede con él mi alma enflaquecida. Ya son demasiada carga mis dos crímines, y no me pueden dexar fuerzas para el heroysmo de soportar sin fallecer esta pena. El Cielo me ve con horror, la tierra parece que se me abre, los buenos me detestan, los perversos se escandalizan, mi sangre me condena; en fin, solo la muerte me puede aliviar de lo que padezco: no la muerte forzada, que no es esta capaz de lavar el crimen de un infeliz, quando la repugna, sino la muerte voluntaria, que es la que yo pido por justicia; y que vos, Príncipe Soberano, no podeis negarme sin injuria, pues ninguno la tiene mas merecida. Goce vilmente Neucasis de una vida infame, que su espíritu baxo se la hará gustosa, y pueda yo esconderme en las sombras de los abismos, y huir del Cielo, del sol, de los hombres, que vieron mi delito: no os pido gracia, pido la muerte por justicia; y si vos no me la hiciéreis, yo me la haré á mí mismo.

21 Este discurso pronunció el Conde mas con el alma que con las voces. Su figura gen-

gentil, y recomendable, sus ojos confusos, y encendidos al mismo tiempo, y su voz trémula, le daban una fuerza tal, que el Emperador moderando prudente los afectos del corazon, le dice: No es la muerte digno castigo de vuestra culpa, solo la confusion puede de algun modo igualarla; y ya que la vida os es mas penosa que la muerte, vivid para vuestro castigo: Dios os libre que intenteis despreciar mi sentencia, ó que os hagais juez de vuestro crimen, quando solamente sois reo; y volviéndose á Miseno, le abrazó tiernísimamente, llevándole entre sus brazos á su gabinete, para honrarle como Soberano, y estimarle como amigo. Entonces Miseno se vió obligado á revelar al Emperador todos los misterios de su vida. Neucasis entretanto fué puesto en libertad, y el Conde conducido al quarto destinado para Miseno.

22 Temia Neucasis experimentar la indignacion de los moradores de Nicea, á quienes se habia hecho público su crimen; y buscando la proteccion de Miseno, quiso seguirle, esperando aun con las artes de su entendimiento astuto, y mañoso conquistar otra vez el corazon del Conde. Entonces Miseno, llamándoles en particular, les hizo ver los excesos á que sus pasiones los habian con-

conducido, probándoles que habia un tribunal supremo, en donde no tiene lugar la mentira, ni las pasiones desordenadas el menor asilo: tribunal en que la razon triunfa, y en donde por medios desconocidos á los hombres, pero fáciles, y patentes á la Suprema inteligencia, siempre se manifiesta la verdad. Muere (decia Miseno) muchas veces el inocente; mas tarde, ó temprano el transgresor siempre ha de ser descubierto. La luz del sol puede muy bien ocultarse con las sombras, que á veces duran hasta despues del ocaso; mas nunca las tinieblas dexaron de ser conocidas. Bien puede ocultarse por algun tiempo el merecimiento heroyco, mas nunca se esconderá para siempre el delito grande. Desde los abismos vereis muchas veces salir resplandores de gloria, quando los huesos que están enterrados, son de héroes que murieron llenos de merecimientos, aun quando hubiesen caido en la sepultura oprimidos de oprobrios; por el contrario los mauseolos erigidos á los indignos, no servirán en todos los siglos venideros, sino de atraer, y llamar para la irrision, y el vituperio del público, que á proporcion de los elogios mal dados, declara los verdaderos defectos.

23 ¿No acabareis, hijos mios, de consul-

sultar como es razon á vuestro *amor propio*, antes que os determineis á alguna accion de importancia? ¿De qué os servirá salir bien en todas vuestras ideas quiméricas? Supongamos que llegáseis á empuñar con fraude el cetro de Jerusalen, y que rechazábais á los que se os oponian: ¿acaso gozariais en paz del fruto de vuestra iniquidad? Una de dos, ó creeis que vuestra alma morirá como el cuerpo, como sucede á los brutos; ó despues de la muerte esperais encontrar con un Dios injusto, que premiará vuestra abominable mentira. ¿Ireis á Jerusalen á pelear por los Dioses de la gentilidad, que fueron héroes en todo delinqüentes; ó por el Dios de la verdad, que abomina, y detesta la mentira? Si ardeis en deseo de gloria, interes, ó grandeza, seguid muy enhorabuena, vuestra ambicion, y deseo de acreditar vuestro nombre; mas sabed buscar los medios, y sírvaos el yerro presente de importante doctrina.

24 Así hablaba Miseno; y el Conde enmudecido recibia todos sus dictámenes con la mayor docilidad. Bien como la caña leve, fragil, y alta, que igualmente se inclina, y dobla á qualquier viento, así él se dexaba convencer ya de las razones de Miseno, y ya de las pasiones de Neucasis.

En

25 En este punto llegaron los Emperadores al aposento de Miseno, queriéndole honrar con su visita; y travada la conversacion sobre los sucesos que le refirió, no hallaban expresiones bastantes para explicar su admiracion, y espanto, viéndole tan sosegado, y contento. Miseno les persuadia, que no habia medio mas facil, ni mas eficaz para ser temporalmente feliz, que moderar de tal modo las pasiones, que jamas tuviese nuestro corazon libertad para desear lo que depende de otros. Despues que me entregué á esta Filosofía, decia él, nunca puse mi fin en que los demas se acomodasen á mis intentos, y solamente aspiro á lo que en mí propio tengo seguro, ó á lo que está depositado en los tesoros de la verdad, de la providencia, y de la bondad eterna, porque nada de esto me puede faltar. Los Emperadores admiraban la solidez de sus principios, y la claridad de sus razones, á las quales juntaban ellos tambien las suyas; y despues de mil reflexiones de una, y otra parte, Miseno les dixo así:

26 En cierta ocasion ví un quadro pintado con tal singularidad en el diseño, que nunca lo podré olvidar. Representábase en él una larga costa de rocas, y peñascos, de los quales unos mas altos que otros, viéndose com-

combatidos de las ondas del mar, parecia que las amenazaban, estando pendientes, y casi colgados, esperando solo el momento destinado para caer sobre ellas: parecia que las ondas temerosas retrocedian, ó que insolentes los embestian de nuevo, burlándose orgullosas de su inmovil paciencia. A lo largo se veian varios navíos, unos grandes, y otros pequeños, siguiendo cada uno su rumbo, ya con viento favorable, ó ya contrario. Sobre las peñas estaban varios hombres con posturas muy diversas, y los mas de ellos haciendo quanta fuerza podian para gobernar desde tierra los navíos que se iban alejando. Era ridículo el empeño, y la pintura lo expresaba con tal propiedad, que parecia que se estaban viendo sus inútiles esfuerzos. Uno asegurando los pies contra un peñon, y echándose ácia atras, queria detener un poderoso navío, que con todas las velas tendidas seguia su rumbo: heríase el pobre con la cuerda, que se le escapaba por entre las manos, y quedaba castigado, y afligido. A su lado se veia otro, que por haber sido mas tenaz en la empresa, se precipitaba por las rocas, siendo despedazado en las peñas, antes de perecer en las agüas: mas á lo lejos estaba otro saltando ligero de peña en peña, y de roca en roca

hasta que al fin alargaba la cuerda, lamentándose de su inútil fatiga.

27 Solamente se veia uno muy sosegado, y tranquilo, que sentado en un peñon, que le servia de trono, dexaba á las naos que cada qual siguiese su rumbo, y se burlaba de los vanos, y ridículos esfuerzos de sus compañeros. Despues que Miseno refirió la pintura del quadro, conocieron que era alegórica; mas ignoraban lo que en ella queria significar el Pintor: entonces Miseno les dixo, que era un retrato de la locura de los hombres, quando con ansia deseaban lo que dependia de otros; esto es (les decia) como querer en el mar de este mundo traer á sí, y gobernar desde la tierra á los demas hombres, quando ellos con todas las velas sueltas siguen el norte de sus intentos, ó trabajan á fuerza de remo por conseguirlos con una diligencia obstinada. Si nosotros tiramos para un lado, y el navío para otro, ¿qué ha de resultar sino fatiga, afliccion, ó ruina? ¿En qué peligro no estuvieron por esto el Conde, y Neucasis? Pero yo me rio, y burlo de esta locura; y contento con lo que Dios me quiere dar, y me promete, solo consiento que mis deseos se dirijan á lo que no depende sino de Dios, y de mí. Me acomodo enteramente á

los

los decretos del Cielo, y solo me fio en la divina palabra. Deseo con esperanza, y espero con seguridad, dexando que mi corazon vuele con libertad á las moradas eternas, que allí se recree, y deleyte con esta dulce esperanza; y no temo, ni que me engañe la verdad infinita, ni que me falte la palabra de un Dios, que es sumamente fiel, y así vivo sosegado.

28 Ya no me admiro (dixo el Emperador) de vuestra constancia, é igualdad de ánimo, que tanto me arrebataba quando estabais en el punto de perder inocentemente la vida. La *Religion*, y la *razon* con ambas manos sostenian vuestro ánimo inmovil, y toda esa fortaleza era precisa para no ceder á los impulsos furiosos, con que la malicia, y la desgracia os combatian. Ahora siento mas que nunca que vuestro sistema no pueda sufrir que vivais en mi Corte. Estimo infinito conoceros, mas siento esto mismo que estimo, porque si no os conociese, tal vez pudiera gozaros; mas ya que sois superior á todo lo que en vuestro obsequio puede hacer el Emperador del Oriente, no seais insensible al amor de un verdadero amigo. Con esto le abrazó tiernamente, y se retiró con las lágrimas en los ojos.

29 La Emperatriz no pudiendo separarse de Miseno, le pidió que le diese alguna particular instruccion, para poder aprender aquella admirable Filosofía, que abria de par en par la puerta á la felicidad verdadera. Entonces Miseno gustoso de poderle hacer un obsequio tan importante, le dice así: Dexaos gobernar en todo por la voz divina, que se nos manifiesta por la luz de la *razon*, y de la *Religion*, y no sigais los ímpetus fogosos de las pasiones quando ellos se adelantan, y de este modo sereis verdaderamente feliz. Aquí teneis una regla bien facil de retener en la memoria que contiene mucha doctrina. Atended como la explico, y pruebo.

30 Dios no puede por su eleccion propia conducirnos al mal: este es un principio evidentísimo. Ahora la voz de la *razon* es la voz divina, con que él nos habla; y para explicarnos mas esta voz celestial nos añadió la voz de la *Religion* revelada, y con esta especialísima luz conocemos mejor el camino de nuestra felicidad: consultad, pues, las luces divinas que os encaminan á ella, no os dexeis arrastrar de las pasiones, y la conseguireis ciertamente. Confieso que para esto no basta la fuerza de la naturaleza: el brazo humano herido por el ge-

ne-

neral contagio del pecado original, quedó flaco, y enfermo: el hombre solo no puede vencer todas las pasiones rebeldes; pero Dios que os habla, no os dexa, y quien os guia en las tinieblas, no os desampara en ellas: sabed que el reparador de la naturaleza perdida nos asiste. Conviene, pues, esforzaros; y antes que obreis, domad vuestro corazon, detestad toda precipitacion, y la priesa importuna, que él os da para que obreis; y quando experimentareis esto, desconfiad mucho de vos misma, porque el corazon inquieto quando se os quiere salir del pecho, para obrar con ansia, y con ardor, da señal de que quiere apartarse de la luz de la *razon*; la qual, si se manifiesta, dará á conocer el alma que ella no obra bien, al modo que el Mercader truan, que envuelve ligero la pieza defectuosa antes que se conozcan las manchas. Todo fuego, Señora, trae humo, y el humo necesariamente nos ciega. No os guieis por lo que hacen los otros, guiaos por lo que ellos deben hacer: quien sigue á muchos no puede ser feliz, porque los felices son pocos.

31 Estas, y otras máxîmas daba Miseno á la Emperatriz; y queriéndose despedir para proseguir su destino á la Tierra Santa, ella se lo impidió hasta el dia siguiente, para que

pudiese caminar con la decencia, que correspondia á su persona. Entre tanto no cesaba el Emperador de hablar á su esposa en particular de las admirables virtudes de Miseno. Su noble empresa le parecia mas gloriosa, que las de todos los demas héroes que celebra tanto la fama. Si bien se consideran las cosas como ellas son en sí, qué tiene que ver un héroe, aunque despedace monstruos, conquiste Imperios, venza Monarcas, ¿ qué tiene que ver con el que llega á triunfar de sus pasiones? El que esforzado por la gracia celestial llega á conseguirlo, se hace superior á la fortuna, y desgracia; se burla de la muerte, y de las injurias, y es Soberano absoluto, é independiente de todo lo que la suerte, y el mundo puedan hacerle. Entonces sin conocer la pena, ni la tristeza, la soberbia, ni la vanidad, el susto, ni el temor, sin verse arrastrado por pasion alguna, todo lo que no es virtud lo mira como si fuese una vil paja; y sereno en el trono de su equidad, con los ojos en el Cielo, como otro Job, no se rinde, ni á la tribulacion, ni al vicio. Yo hallo que solo este héroe es el que merece tan honroso nombre.

32 Mucho tiempo ha (le dice la Emperatriz) que yo á escondidas del mundo, dentro de mí misma, despreciaba esos famosos hom-

bres,

bres, que ocupan todos los clarines de la fama; pero no me atrevia á declarar mi pensamiento, porque un discurso mugeril no merece crédito en materias de valor, y de proezas; mas ya que os hallo de acuerdo, os diré naturalmente lo que juzgo, pidiéndoos que me corrijais el exceso.

33 ¿A qué se reduce todo lo que celebran los Poetas, é Historiadores de sus famosos héroes? Decidme, ¿no es á tener fuerza para despedazar los enemigos, manejar mazas enormes, y derribar de un solo golpe los gigantes? Mas un leon, un vil oso, el toro mas comun haria otro tanto: *Qual tigre desesperado* (nos dicen los Poetas en el mayor calor de sus hipérboles) *qual tigre desesperado, y leon enfurecido por donde quiera que iba llevaba el estrago, y la muerte, &c.* ¡Qué locura querer exâltar á un hombre grande, y compararlo con los brutos!

34 ¿Qué mas aplauden en esos héroes? ¿Es el ánimo, y furor con que se entregan á los peligros? Pues tambien los grandes ladrones, los de la plebe mas vil, quando están ciegos de cólera, hacen semejantes proezas. Las heridas de un General son objetos de grandes recompensas, elogios, y promesas, quando qualquier soldado corre, y se expone por sueldo bien corto á mayor peli-

gro que un General famoso, porque á este mil brazos le defienden, y del soldado raso ningun aprecio, ninguna memoria se hace; y con su cadaver despedazado queda sepultado su nombre. Vamos á los combates singulares, que tanto se celebran: Si la cota de malla fué penetrable al yerro, si el caballo menos ligero tardó en obedecer al freno, si una saeta perdida acertó á entrar por los ojos, desapareció como sueño todo el heroysmo del combatiente; vencido, preso, despreciado le atan á las ruedas del carro triunfante de su enemigo, ó tal vez le obligan á tirar como bruto de la carroza del famoso Sesostris. Mas si en la pelea no hubo estos acasos, fué el héroe celebrado por todo el mundo como un Semi-Dios acá en la tierra. ¿Ahora no es puerilidad, y locura poner el heroysmo en los simples acasos, ó en lo que solo depende de un bruto? ¡Y qué dependa de un caballo toda la grandeza, ó vileza de un hombre!

35 Dadme acá esos héroes famosos: quitadles la fuerza extraordinaria, prenda que hallais en los de la ínfima plebe: quitadles el furor, la desesperacion, y la rabia en medio de los combates, cosa comun, y bien vil: quitadles la temeridad, y la fortuna, quiero decir, una cosa, que es defecto, y otra que

no es merecimiento, ¿y qué me dexais en los héroes para poder hacer figura en el mundo?

36 Quédales, dixo el Emperador, el ánimo inalterable, con que se presentan á los peligros, como si no lo fuesen: quédales la prudencia, con que disponen, y acuden á todo, como si estuviesen en el sosiego de la paz: quédales el juicio, con que preveen los sucesos futuros, como si fuesen presentes: quédales la grandeza de corazon, con que desprecian la muerte, triunfando del horror, que nos inspira la naturaleza.

37 ¡Ah! pintadme de ese modo los héroes (le dice la Emperatriz), y entonces convendreis conmigo en que *solo está el heroysmo en domar las pasiones, y en perfeccionar el discurso*; que estas solo son propiedades de hombres, y de hombres muy raros. En eso sí, en eso veré yo un verdadero héroe; mas si domar el susto, es prueba de heroysmo; domar, como decia Uladislao, la *ambicion* de gloria, y del oro, domar el *amor*, y el *odio*, domar todo lo que la suma *razon* condena, este triunfo será mucho mayor; pero esto raras veces lo hallareis en esos llamados héroes, que los Poetas nos cantan; y así juzgo que este Príncipe tomó á su cuidado la única, y verdadera empresa para llegar al templo de heroismo: á este Príncipe es á quien deben

ben seguir todos los que desean llegar á la verdadera grandeza. ¡Pero crítica de mugeres qué poco caso merece! Quede aquí entre estas paredes sepultado este discurso, y pensemos ahora en dar alguna recompensa á este Príncipe por los beneficios que mi padre, y abuelo recibieron de él. Si hasta ahora lo estimábamos como bienhechor, y amigo, ahora se duplica nuestra obligacion, y se realza con la qualidad de su persona.

38 ¿Qué hemos de hacer (le dice el Emperador afligido) si por sus sistemas se hizo superior á todo quanto nosotros podemos obrar? Ved aquí un Soberano que dexa pobres á los mas opulentos Monarcas del Universo: que los dexa pequeños, y flacos, y en cierto modo los hace viles, obligándolos á ser ingratos á pesar de los mayores esfuerzos de su reconocimiento. Quando nos quisiésemos quitar la corona de la cabeza para ofrecérsela, y ponerla á sus pies, no haria caso alguno de la agena, habiendo despreciado la propia. Quando le pusiésemos en las manos todas las riquezas de Creso, todos los deleytes del mundo, todas las honras posibles, todo delante de él es nada. ¿Pues qué podemos hacer para darle testimonio de nuestro reconocimiento? ¿Qué nuevo, y singular arbitrio es este para triunfar de los

Soberanos? Ahí se ve (replica la Emperatriz) que jamas héroe alguno se elevó á tan superior grado en la carrera de sus proezas. ¿Quándo se leyó en las historias, que ni los cetros, y coronas, ni las joyas, y riquezas, la hermosura, y amor, ni la vanidad, y gloria pudiesen llenar el corazon del héroe? Y nosotros lo vemos ahora en Uladislao; pero tenemos una joya que él ha de estimar mucho, y os aseguro que la acepte, que la guarde, y que haga de ella la mayor estimacion, joya que podemos ofrecerle con honor, y dársela con infinito interes. Aquí el Emperador quedó absorto, y le prometió que no se resistiria á cosa alguna que ella le señalase. Démosle (prosiguió la Emperatriz) démosle palabra de seguir, en quanto estuviere de nuestra parte su doctrina, de abrazar sus máximas, é imitarle en su virtud heroyca.

39 Ven conmigo (le responde el Emperador) y buscando á Miseno en su quarto, en presencia del Conde, y de Neucasis le refirió la dificultad en que estaban, y la resolucion de la Emperatriz, y ambos con la palabra mas sólida, y la resolucion mas sincera le prometieron, que en quanto les fuese posible tomarian su exemplo para domar sus pasiones, y seguir en todo la razon. Admitió, aplaudió, y agradeció Miseno semejante

te oferta; y profetizándoles las mayores felicidades si así lo cumpliesen, se despidió de los Príncipes para Iconio acompañado del Conde.

40 Entonces Neucasis, que se veia sin arrimo, ni fortuna, seguia el astro que mas brillaba, y como al principio se acogia al Conde, ahora dirigia todos sus obsequios humildes á Miseno, semejante á la serpiente maliciosa, que se vuelve, y revuelve debaxo de los pies, como si quisiese besarlos, siendo tanto mas peligrosa, quanto mas lisonjera. Bien conocia Miseno su caracter falso, caviloso, y astuto; pero previendo le daria ocasión para reiterar continuamente la victoria de sus pasiones, que era lo que deseaba, quiso tolerarlo en su compañía, recibiendo con urbanidad todos sus falsos obsequios.

41 Bien como el famoso guerrero, que para exercitar sus tropas con los continuos insultos de los vecinos rebeldes, los sufre, esperando sacar mayor utilidad de las repetidas victorias, que de la tranquila ociosidad, si los venciese del todo; así Miseno pudiendo desembarazarse de la peligrosa compañía de Neucasis, instrumento de mil disgustos, le sufria en su seguimiento, y procuraba con prudentes consejos prevenir

al

al Conde contra sus insultos, haciéndole ver por la experiencia quán peligroso le era.

42 El Conde se deshacia en afectuosas promesas á Miseno; mas su alma confusa no hallaba términos para explicarse como queria. Suave en el caracter, político en la educacion, agradecido por los beneficios, dependiente para lo futuro, se veia obligado por todos los principios á contemplar á Miseno, como á todo su bien. Entonces las pasiones naturales desenvolviéndose todas á su favor, casi llegaban hasta el exceso opuesto, y queria con un defecto remediar el otro. Como la balanza que tiene el fiel muy pesado, que ya cae toda ácia un lado, ya toda se va ácia el otro, sin hallar jamas el punto de su justo equilibrio; así era el Conde en todos sus movimientos. Pero Miseno con prudencia, ya le aceptaba, ya le reprimia sus obsequios, manifestándole como todo lo que era exceso venia á ser vicio. Y en estas conversaciones iban llegando á Iconio, quando un inopinado acontecimiento les hizo parar en el camino.

LI-

LIBRO XXI.

1 YA las tropas del Sultan tenian aviso de partir á la Armenia menor, y se veian los campos cubiertos de hermosas barracas. Ya por uno, y otro lado del camino, que Miseno seguia, se exercitaban en justas, y torneos: los soldados de á caballo, y los honderos, y flecheros, que competian entre sí, se proponian premios para el que sobresaliese en los ensayos, y diese á conocer su distinguido mérito. He aquí que en estas escaramuzas una saeta perdida vino á herir al Conde. Parte luego como un rayo, y corre á vengarse del atrevido, que de lejos le ultrajaba. Huye el aparente malhechor simulando el delito, y el miedo, y quanto mas se retiraba, tanto mas furioso le perseguia el Conde con la espada desnuda, ardiendo en cólera, y arrojando espuma de rabia. Síguele, corre, y vuela, hasta que al fin alcanza al enemigo en la carrera; y quando ya iba á derribarlo, hallándose en la espesura de un bosque, se vuelve al Conde, quítase la visera, y sonriéndose, con desahogo le dice: Bien me podeis herir, y matar, porque la muerte me será dulce, y las heridas suaves. Párase el Conde admirado;

y

y bien como quando se rasga una espesa nube, y aparece una luz repentina, que nos aturde, y dexa inmobles; así se vió el Conde con la belleza no esperada de su enemigo imaginado. No sabia ni dónde estaba, ni lo que veia, ni con quién hablaba.

2 Era Efigenia hija de uno de los Príncipes Latinos de Palestina, que por succesivas infelicidades habia sido cautiva de Soliman, y despues con nueva esclavitud se hallaba prisionera de los ojos del Conde, á quien amaba desde que le vió en Iconio. Esta Señora, cuyo nacimiento le habia dado una alma fogosa, y atrevida, viendo al Conde, le quedó inclinada. Oia que disponia su viage á Palestina, y entonces se le encendió el amor de la patria, y el deseo de la libertad nativa; de suerte, que tres pasiones á un tiempo agitaban aquel corazon perturbado: el amor del Conde, el deseo de la patria, y el ansia por la natural libertad. Otro incidente habia aumentado de nuevo sus esperanzas, y inflamado mas sus deseos; porque sabiendo Elena de su suerte, le habia prometido librarla de la esclavitud, y del destierro.

3 Todas estas ideas habian quedado frustradas con la ausencia repentina del Conde, y de Elena; mas este suceso no pudo compri-

primir las pasiones, ni apagar los deseos en que aquel corazon ardia. Como la embarcacion pesada, y voluminosa, que antes de tomar movimiento facilmente se detiene por qualquier amarra, mas si una vez se abandona á la corriente por largo espacio sigue su ímpetu; y ninguna fuerza es bastante para detenerla, de forma, que todo lo rompe, todo lo vence, de todo triunfa; así era Efigenia. Tranquila habia sufrido las cadenas, y el destierro de su patria; mas una vez puesta en movimiento para volver á ella, no podia sosegar su corazon inquieto; y así tomó trage de hombre, acostumbrándose á la honda, y á el arco, pretendiendo en la confusion de la guerra con el disfraz de soldado retirarse á la patria. En este dia fué quando vió impensadamente al Conde; y entonces astuta al mismo tiempo, y amante, quebrada la punta de una saeta para que no le maltratase, se la disparó del arco.

4 Apenas el Conde la reconoce, se inflama de nuevo su corazon, y se olvida de Miseno. En un momento desaparecieron como el sueño toda la Filosofía, y la luz de la razon. Envayna pronto la espada, y como amante responde á su adorada dama. Protesta acompañarla, y seguirla hasta los últimos fines del mundo, si ella le permite el ho-

honor de ser su escudero. Pone á los Cielos, y á la tierra por testigos, que ninguna ley, ningun estorbo serán bastantes para detenerlo en la pronta execucion de todo quanto se digne mandarle. Entonces Efigenia le pide, que para salir mas facilmente de la empresa de restituirse á la patria, tenga á bien entrar en el servicio del Sultan, para la expedicion de Armenia, porque de este modo sin dificultad, ni embarazo la podria acompañar hasta dexarla en el seno de su familia. En el exército (dice ella) todos me tienen por hombre, cuya edad tierna, educacion delicada, y aspecto gentil me dan esta figura femenina; mas yo me disfrazo quanto puedo con las insignias de la guerra, de suerte, que con el nombre de *Algazar* paso por soldado voluntario; y sabed, que solo vos sois el depositario de tan importante secreto. Dióle al Conde una señal por donde se habian de distinguir en medio de todo el exército, que era un penacho encarnado, que quitó de su capacete, y le partió con el Conde, y él sin tardanza se fué á presentar al Sultan, ofreciéndole su espada, y su vida para qualquiera empresa que su exército intentase. El Sultan aceptó con gusto, y generosidad su oferta, y le dió una espada, cuyo valor correspondiendo á la Real mano, que la daba, lisonjeó

excesivamente al Conde, y este se retiró con el proyecto de no apartarse jamas de las tropas á que se habia agregado.

5 En todo este tiempo admirado Miseno de la tardanza, no podia hacer juicio de quál fuese el motivo. Neucasis se ofreció ir á saberlo en tanto que Miseno continuaba su jornada para Iconío, donde los esperaría. Apenas el Conde avistó á Neucasis, que venia apresurado á buscarle, le recibió con el agrado antiguo, porque siempre le consideró como instrumento dispuesto á satisfacer sus pasiones; y hallando Neucasis esta ocasion de apagar los motivos de disgusto, que le habia dado en la intriga de Nicéa, no sabia cómo ofrecer á su servicio toda su vida, industria, y fuerzas.

6 Tiempo es ahora (le dixo el Conde) de que yo vea quánto me estimais, y si vuestra industria me proporciona el socorro que necesito. Yo tengo dada palabra al Sultan de servir en sus tropas, que marchan contra la Armenia menor. Miseno no ha de aprobar mis intentos, queriéndome obligar á cumplir mi voto de ir á la Tierra Santa; mas yo tengo motivo particular, que me obliga á no separarme del exército. Vos me ayudaréis á persuadirle, que consienta en esta empresa, y caso que no quiera, espero que me si-

sigais fielmente con preferencia á un viejo, cuyos sistemas mas son para un ermitaño anciano, y solitario, que para un Caballero de mi edad, y criado en las Cortes. No resistió Neucasis; y el Conde en esta conversacion poco á poco le descubrió su pecho, y le hizo confidente de todos sus secretos. Aprobó Neucasis todo lo que el Conde dixo, y ambos fueron á encontrarse con Miseno, que despues de una larga espera caminaba á Iconio.

7 Ya en este tiempo celebraban las infernales furias la victoria que esperaban conseguir de Miseno, y si ya no le tenian vencido, á lo menos le habian arrancado la presa del Conde, y con eso habian conseguido hacer su Filosofía inútil, y su doctrina infructuosa; mas al mismo tiempo la Suprema Providencia le conducia de un peligro á otro, de una á otra batalla, para multiplicarle los trofeos, y sembrar en diferentes corazones la doctrina que no fructificaba en el del Conde, ni en el de Neucasis. Con esta idea el espíritu de la *tristeza* salió en forma sensible de los abismos, y envuelto en una negra, y espantosa nube, vino á combatirle, entretanto que el *amor*, la *política*, y la *ambicion* disparaban sus saetas contra el Conde, y Neucasis, para que el héroe, aco-

metido por todos lados, é impelido á un tiempo por las pasiones mas poderosas, viniese en fin á rendirse.

8 Apenas esta furia aparece en la atmósfera, los ayres quedan sombríos, el sol se esconde, el Cielo se cubre, todos los elementos quedan como presos en una muda serenidad. De repente cesan los vientos, la naturaleza enmudece, y estando todo el emisferio en un profundo silencio, la *tristeza* despide una saeta invisible contra Miseno: y ved aquí que se halla (sin saber cómo) con su corazon tan abatido, tan pesado, y melancólico, que no se conoce. El entendimiento nada veia sino cosas fúnebres, y como medio estúpido, ni sabia discurrir, ni reflexîonar. Todo era en Miseno tinieblas, todo obscuridad, y allá en el fondo de su alma como que comenzaban á levantar las cabezas ciertos movimientos de desesperacion; mas no atreviéndose á manifestarse claramente, revolvian las mas enormes, é importunas ideas, todo á fin de atormentarle. El corazon presago palpitaba con movimiento extraordinario, la sangre hervia, el ánimo se quejaba, y la figura del Conde se pintaba en la imaginacion de Miseno con el mas horrible colorido que se podia inventar.

9 Estando, pues, el héroe en tal disposi-

si-

sicion, llega el Conde con Neucasis; pero ya muy mudado, venia alegre, risueño, y satisfecho. Como General victorioso, y triunfante, que acaba de conseguir una rara, y no esperada victoria, que no pudiendo reprimir en sí el gozo en que su corazon se anega, afable, y contento no cabe en si mismo; así venia el Conde. Queria decir á Miseno la causa de su tardanza; pero no atinaba con lo que decia. Ligero en todos sus movimientos, y discursos, inquieto, é inconstante, reia sin causa, hablaba sin propósito, mudaba á cada instante de pensamiento. Neucasis hecho eco de todas sus voces, y espejo de todos sus movimientos, sin diferencia lo aprobaba todo, aun lo que no acababa de decir, manifestándose el uno tan fuera de sí como el otro. Ignoraba Miseno la causa de estos efectos, aunque los experimentaba; mas sospechando siempre alguna nueva intriga. En fin, despues de varias, y reiteradas preguntas, le dixo así el Conde:

10 No extrañeis en mí esta alegría, porque veo que se llega el tiempo de cumplir mis deseos de militar en la guerra de la Palestina. Este movimiento de las armas del Sultan excitó en mi ánimo aquel ardor marcial, que me inspira la sangre, y me parece que ya me veo en medio de los combates atropel-

llando enemigos, y haciendo proezas dignas de mi valor; y para no hallarme novicio en una guerra en que tendré sobre mí los ojos de todos los Príncipes, que han de militar allí en compañía del nuevo Rey de Jerusalen, dí mi palabra al Sultan de acompañarle en esta expedicion de Armenia, para que quando llegue á presentarme en S. Juan de Acre, sea ya soldado veterano, y pueda sin deshonor de mi sangre manejar la lanza, y combatir con los enemigos. Neucasis á cada período hacia tales, y tantas demostraciones de aprobacion, que el hombre mas sufrido no podria tolerar tan manifiesta, y desordenada lisonja.

11 Bien conocia Miseno, que algun motivo oculto los unia mutuamente despues de una tan declarada enemistad. Entonces su corazon ya enfadado de una alternativa tan ingrata, queria romper del todo, y castigar á los dos, dexándoles seguir sus ideas locas, y retirarse á Europa. Este era el pensamiento que le inspiraba la *tristeza*; mas se hallaba perturbado, y no sentia en sí aquel sosiego de que antes gozaba, temiéndose entonces á sí mismo, porque veia que aquel era movimiento de la pasion: procuró distraerse, huyendo con cuidado de todo lo que podia ofuscarle la razon, y perturbarle el

en-

entendimiento. Mas el corazon saltaba. Entonces sujetándolo con toda su fuerza, comenzó á hablar con serenidad, y hacer conversacion con el Conde sobre el campamento de las tropas, queriéndose informar al mismo tiempo de los motivos de la guerra.

12 No sabia el Conde darle razon alguna, y le extrañó Miseno quisiese entrar en una guerra sin informarse primero de su justicia. Si fueseis (le decia) vasallo del Sultan, debiais obedecer á vuestro Príncipe, sacrificar por él la vida, y de ningun modo haceros juez de vuestro Soberano, ni exâminar si los motivos de su guerra eran, ó no justificados. La ley de la razon ordena, que el inferior no se haga juez de su superior, y que no llame al tribunal de su entendimiento las acciones de su Monarca, para condenarlas, ó absolverlas á su gusto en última, y decisiva sentencia. Esta es la ley de los vasallos; mas siendo vos extrangero, ¿cómo quereis exponer vuestra vida por lo que tal vez será una iniquidad? ¿Os parece bien ser como los asesinos infames, que á sangre fria van á matar á sus semejantes, ó porque les pagan, ó porque se lo ruegan? ¿Qué diferencia haceis vos de matar en un camino á qualquier inocente, que jamas os hubiese ofendido, á matar en una batalla á muchos,

que no hácen mas que defender sus vidas, sus tierras, ó sus derechos? ¿El hombre en una batalla es por ventura menos hombre, que en su casa, ó es menos semejante á vos, quando defiende lo que es suyo, su vida, su patria, ó su derecho? ¿Pues por qué razon os alistais en ese exército, haciéndoos enemigo de quien nunca os ofendió, sin saber primero si os autoriza la ley de la justicia, ó el derecho de las gentes? ¿Quereis exercitaros en la guerra? Muy justo es que lo hagais; pero no os faltarán encuentros en la Palestina, donde la Religion, y la justicia os lo aprueben, y donde el honor, y la palabra os obliguen. No podia tolerar el Conde esta advertencia de Miseno, y sin responder palabra era mucho lo que decia en el modo con que lo executaba.

13 En este tiempo llegó Efigenia acompañada de Mustafá, Comandante de un destacamento, en el qual servia como soldado fingido. Venia Mustafá á cumplimentar al Conde por el honor que adquiria de tenerlo en sus tropas. Era este Turco un hombre de buen juicio, pero presumido. Gustaba demasiadamente de las alabanzas, y era facil llevarlo por la lisonja á qualquier intento. Efigenia le habia ganado la voluntad, de modo, que nada le negaba de quanto le pedia. El

ig-

ignoraba quién fuese aquel gallardo soldado; pero su agrado, política, atencion, y presteza para todo lo que él deseaba, le habian merecido una firme amistad. En el modo con que el Conde respondia á Efigenia disfrazada conoció Miseno que habia allí intriga: vióle perturbado con la presencia de aquel soldado: vió que queria disimular sus afectos; pero que el corazon los manifestaba. Las palabras iban dirigidas á Mustafá; mas los ojos se encaminaban á aquel que parecia un simple soldado. Hablaba como máquina, cuyo muelle está desconcertado: ya paraba, ya repetia, y consigo mismo se enredaba, porque el alma (principio de todos los discursos) se le huia del corazon volante, y ligero, y de este modo la lengua que hablaba al Comandante, se hallaba sin gobierno. Efigenia, ó *Algazar*, procuraba encubrir las faltas del Conde, aturdiendo con sus elogios á Mustafá, de modo, que no daba lugar á que se reparase en el desórden de sus discursos frios, é inútiles.

14 Todo lo observaba Miseno en silencio, y veia la alegría del Conde, y el alborozo de sus ojos, gestos, y movimientos: prudente, y sufrido lo oia todo, y lo guardaba en el gabinete de su corazon, diciendo entre tanto consigo mismo: cada vez co-

noz-

nozco mas los hombres: cada dia me puedo gobernar mejor en mis acciones, porque este es el principal fruto, que ha de sacar cada uno del conocimiento de los otros: inútil es fatigarse el entendimiento con la crítica severa de los defectos humanos: inútil imaginar bellos sistemas, formar idéas fabulosas, y repúblicas Platónicas, porque su bien aparente solo sirve de hacer mas insufrirles los males verdaderos que nos cercan en este mundo: siempre el mundo ha de ser mundo, y los hombres han de ser hombras; mas como nuestra propia felicidad debe ser el fin de nuestras acciones, del conocimiento de los defectos agenos, debemos sacar nosotros dictámenes para evitar los propios; por quanto sacar bien del mal, es lo sumo de la verdadera Filosofía.

15 Observó Mustafá el silencio de Miseno, y su figura, y prudencia le interesaron de manera, que tuvo curiosidad de tratarle, y entró en conversacion con él. De una á otra materia le fué Miseno conduciendo hasta llegarle á preguntar el motivo de aquella guerra, en que veia inopinadamente tan empeñado al Conde.

16 No hizo Mustafá misterio de lo que ya no era secreto, y le dice de esta suerte: Para instruiros en los motivos de esta importan-

tante guerra, es preciso descubriros su origen, que viene de muy lejos. No penseis que Soliman de Rovadin, mi Señor, y Sultan de Iconio, tiene el mas leve resentimiento contra los Christianos, no obstante la memoria de los estragos, que Federico I. Emperador de Alemania hizo en todos sus Estados. Bien sabeis que quando él iba á la guerra de la Palestina, donde se esperaban Felipe Augusto, Rey de Francia, y Ricardo I. Rey de Inglaterra, el Emperador como si fuese un rayo abrasador reduxo los Estados de Iconio á su última ruina. Tampoco ignorais, que no pudiendo sufrir el Cielo vengador tanta iniquidad, le arrancó la vida con las saetas temibles de la Omnipotencia, que son las enfermedades; pero acabó en el pecho del Sultan el sentimiento, quando el enemigo acabó la vida, viendo que su hijo el Duque de Suave habia evaquado los Estados de Iconio, y llevado el rayo de la guerra á S. Juan de Acre.

17 Mas ahora quiere Rovadin enseñar á los mortales quan superior es á sí mismo, tomando las armas para defender á un Príncipe Christiano, que es el Conde de Trípoli, el qual se ve injustamente despreciado de Leaon, ó Liuron, Rey de la Armenia menor; y yo os diré el origen de toda esta qüestion.

Teo-

18 Teodoro, Rey de la Armenia menor, que esta vecino á Siria, no tenia hijos, y su hermano Melier era Templario. Deseaba Teodoro dar succesor á su Corona, y viendo que su hermano habia consagrado con solemne voto al Cielo su castidad, dió á su hermana en matrimonio á un Caballero Latino, y nombró á su hijo Thomas por succesor de la Armenia. En efecto Thomas llegó á empuñar el cetro por la muerte de Teodoro su tio. La Corona que adornaba su cabeza, brillaba demasiado á los ojos de Melier, y los deslumbraba, porque estaban muy cerca de sus resplandores. Entróle por los ojos el mal al corazon, y tambien este quedó ciego, de suerte, que nada podia ver en el Cielo, ni en la tierra, y solo veia delante de sí las imágenes del Cetro, y la Corona: determinóse, pues, á empuñar aquel, y ceñir con esta su cabeza á toda costa. Bien veia que la justicia ofendida clamaba, que la sangre lo impedia, que la Religion lo vedaba; pero nada fué bastante, porque la pasion, y deseo de reynar le arrebataban. Reniega en fin de su Religion, y perjuro contra el Cielo, falso á su propia sangre, hecho horror de las leyes mas sagradas, y escándalo de todas las gentes, hace guerra á su sobrino para destronarlo.

19 Entonces Saladino, Sultan de Egypto, que

que no escrupulizaba manchar su gloria con qualquier indigna empresa : ese Saladino, que hacia de su ambicion ley, de su fuerza justicia, y de sus arcos regla derecha para juzgar como queria, dió grande socorro á Melier, y arrojó del trono á Thomas; y juntando á una iniquidad otra mayor con la misma justicia, entró por Antioquía, y llegó hasta las puertas de Jerusalen. Entonces fué preciso que Amalrico, Rey de Jerusalen, y Bohemundo III. Príncipe de Antioquía, saliesen á refrenar su ímpetu. En ese tiempo el Cielo tuvo por bien de libertar á la tierra de un monstruo que la deshonraba, y pereció Melier: mas no acabó con él la semilla de las perturbaciones, que esta accion indigna habia producido en el Oriente, porque Bohemundo, sobrino de Guillermo, último Conde de Poitiers, y de Auvergne, y Duque de Aquitania en Francia, era Príncipe muy sensible á las injurias, guardándolas en el depósito de su corazon para tiempo oportuno.

20 Sucedió pues, que por la muerte del tirano Melier le succedieron otros dos en la Armenia; porque son los males como los árboles viciosos, que quando se les corta un ramo, brotan otros muchos. Dos hermanos, pues, Rupin, y Leaon, se apoderaron de Armenia: Rupin como el mas viejo ciñó la Corona, y Leaon

se

se contentó por entonces con el deseo, y la esperanza de ella. Quiso Bohemundo vengar en estos tiranos la insolencia que su predecesor les habia hecho; y llamando á Rupin con pretexto de amistad, apenas le tuvo en los Estados de Antioquía, le mandó prender, y encerrar en una triste carcel. Sintió Leaon esta falsedad de Bohemundo, y la injuria de su hermano; mas el hermano sin mucho disgusto entró en el gobierno de Armenia como Regente de sus Estados el tiempo que Rupin estuvo preso.

21 Comenzó, pues, á tratar de las condiciones de la libertad de su hermano para no llegar al rompimiento de una guerra declarada; mas como no convenia fiarse de Embaxadores, persuadió á Bohemundo, que con escolta decente, quisiese avistarse con él en el lugar que le pareciera mas propio. Convino Bohemundo; mas Leaon jugando diestramente con las mismas armas que él habia jugado, á pesar de la escolta que llevaba, le sorprehendió, y metió en una carcel bien asegurado, como convenia á semejante preso. Siguióse á esto pactar Bohemundo desde la carcel, ofreciendo libertad por libertad, la de Rupin por la suya; pero Leaon, que no solo queria vengar el agravio, sino trabajar tambien por sus propios intereses, despreció

la

la oferta, y solo convino en ella con las condiciones siguientes:

22 I. Que Bohemundo habia de casar á su hijo mayor, heredero de sus Estados, con Alix, hija única de Rupin, Rey de Armenia. II. Que este Príncipe, y sus descendientes se contentasen con sus Estados paternos de Antioquía, y de Trípoli, renunciando todo derecho á los Estados de Armenia.

23 Con facilidad se consiente en todo, quando la necesidad obliga. Bohemundo, que no podia comprar su libertad á menor precio, en nada puso duda, y firmó este contrato con toda solemnidad. Así salieron de la prision ambos Reyes; mas Leaon, aunque cedió el gobierno á su hermano Rupin, aun se consideraba como Soberano de Armenia, porque sabia que despues de su muerte, ninguno le habia de disputar aquel Estado. Muerto, pues, Rupin, quiso entrar Leaon en la posesion de Armenia; mas no tardó Bohemundo en reconocer su yerro, y la injusticia que cometia, privando por aquel contrato forzado á su hijo, y nietos de los Estados de Armenia, que le venian por derecho, á causa de ser Alix heredera de todos ellos. Arrepentido, pues, del contrato que hizo, quiere retroceder; y para eso dió el Condado de Trípoli á Raymundo, su hi-

hijo segundo, quedando el primero obligado por este medio á buscar su patrimonio principal en los Estados de Armenia; y Raymundo interesado en poner en posesion de ellos á su hermano, para gozar en paz el Condado de Trípoli, que sin eso no lo podia poseer. Por este medio acomodó á los dos hijos, é hizo en los dos hermanos una duplicada fuerza para mantener en Armenia á Bohemundo IV. su hijo, de quien, y Alix, sobrina de Leaon, ya habia nacido en este tiempo Rupin II.

24 No eran estas disposiciones conformes a las ideas de Leaon, el qual habia suspirado ambicioso por la hora, y momento de empuñar el cetro, y se determinó á expeler á fuerza de armas á Bohemundo IV. y á su hijo Rupin II. En este conflicto el Conde de Trípoli para sostener la causa de Bohemundo su hermano, y de su sobrino, solicitó la proteccion de Soliman de Rovadin, mi Señor, quien bien enterado de la justicia de tal causa, nada quiso escasear para darle un socorro poderoso. Con este proyecto va á asolar la Armenia para enseñar á Leaon, que no es lo mismo tener ambicion de reynar, que tener derecho á la Corona. Así finalizó su respuesta Mustafá.

25 Miseno con un juicio tan superior á los demas, como lo es el empinado cedro

res-

respecto de los humildes árboles que le rodean, miraba estas razones por el aspecto que los entendimientos baxos no las veian, y con un modo urbano le dice: Muy buenas parecen, amigo, vuestras razones: el amor de vuestro Soberano os obliga á aprobar lo que él hace, y sus órdenes supremas las venerais como cosa sagrada; mas si me dais licencia, tendré la satisfaccion de reflexîonar con vosotros sobre los motivos de esta guerra en orden á saber si vos, Conde, obrais con prudencia, ofreciendo voluntariamente por ellos vuestra vida: vida preciosa, que no se debe exponer por cosas vanas. Dexadme, pues, que con balanza indiferente pese estas razones, poniendo en una parte las que habeis ponderado, y en otra las que ahora se me ofrecen.

26 Bohemundo III. (como sabeis) fué el primer agresor en esta pendencia: él con falsa fé hizo prisionero á el Rey de Armenia, que jamas le habia injuriado; y sobre este crimen despues de verse ya libre, faltó á su palabra Real, y al solemne contrato firmado con el sello Regio. ¿Dónde está ahora aquí el honor? ¿Dónde la fé pública, que se funda en él? Si un Rey llega á mentir, á ser perjuro, y á engañar á quien se fia de él, ¿de quién nos debemos fiar? La palabra de un Soberano debe ser cosa sagrada, que

 por

por ningun motivo se debe violar. Si un Monarca falta á sus promesas solemnes, ¿quién estará obligado á guardar las suyas? Ved aquí, pues, violado claramente el Derecho de las Gentes, que es la basa mas sólida, y firme de toda la Sociedad.

27 Prosigamos adelante: Si los hombres no han de guardar su palabra, ningúno se fiará de ellos. Ahora quitad la confianza que un hombre debe tener en otro, y vereis la ruina universal de todo el Orbe. Si Bohemundo no habia de cumplir lo que prometia, fué perjuro en prometerlo, pues quando firmó el contrato, sabia muy bien lo que firmaba. No me digais que prometió cosa ilícita, la qual no es justo cumplir; porque bien entendido todo quanto prometió, se reducia á recibir para esposa de su primogénito á Alix hija de Rupin, y recibirla sin dote alguno. Bohemundo lo quiso, Bohemundo lo firmó, y este fué el precio de su libertad, y el castigo de su crimen. Decidme ahora, ¿con qué justicia ha de faltar á su honor, á su palabra, al Cielo que tomó por testigo, y á la tierra que oyó su juramento? Luego fué falso, y perjuro quando dió el Condado de Trípoli á Raymundo, para dexar á su primogénito en la indigencia, y necesidad de pretender los Estados de Armenia.

Vos

28 Vos condenais la ambicion de Leaon, y yo tambien la condeno. Los dos Soberanos jugaron con armas iguales, y ambos ofendieron la justicia, y el Derecho de Gentes; ¿ mas la maldad de Leaon podrá jamas justificar la de Bohemundo? ¿Y quándo fué un hombre inocente, por ser su contrario criminoso? ¿ Por ventura es nuevo que los que luchan en la arena pasen ambos, ya de una, ya de otra parte la linea recta que les señala, y divide el terreno? Este es, amigos mios, el yerro comunísimo entre los hombres, quererse cada uno justificar con las culpas de su contrario, como si no fuesen bastantes las propias para hacerle delinqüente: Leaon es ambicioso; mas Bohemundo lo fué antes que él: Leaon fué falso, y traidor; mas Bohemundo le dió el exemplo: Leaon fué injusto en privar á su sobrino Rupin II. de los Estados de Armenia, que le pertenecian; y Bohemundo lo fué tambien privando al mismo Príncipe de los Estados de Trípoli, que habia injustámente desmembrado de la Corona, para darlos á Raymundo.

29 Hasta aquí la balanza parece no está muy en equilibrio, sino que se inclina ácia Bohemundo: añadid que este fué el primero en insultar: que Bohemundo fué perjuro al Cielo, y á la tierra: que Bohemundo

violó la ley mas sagrada entre los Soberanos, que es la palabra Real, y que Leazon nada de todo esto hizo. Ved ahora, amigos, ácia dónde propende mas la balanza: ved el efecto de las pasiones, la ceguedad del entendimiento humano; y como es dificil conocer la verdad, quando se interesa el corazon.

30 A manera del sol, quando en un lugar disipa la niebla espesa con la fuerza de sus rayos, y en otro con la vehemencia del calor levanta nuevos vapores, forma las nubes, y ocasiona las tempestades, así fué esta respuesta de Miseno. Mustafá quedó admirado de su prudente inteligencia, su entendimiento se aclaró, y vió la verdad; mas en Efigenia, y en el Conde se vió una perturbacion tal, que no podian disimularla, y Neucasis con el viento de la lisonja encrespaba mas toda esta tempestad. En la confusion, y lucha de tantos afectos, era forzoso que el corazon del Conde, mal cubierto con el disfraz, se descubriese en parte, y dexase ver á Miseno por entre el fingimiento quales eran sus verdaderos designios.

31 Mustafá todo ocupado en lo que decia el héroe, no acababa de ponderar como nuestras pasiones nos engañan, y como caemos muchas veces sin advertirlo en los mismos delitos que condenamos en otros;

y

y Miseno le explicaba el origen de este universal engaño, diciendo de este modo: Los objetos que nos son invisibles, unas veces lo son por estár lejos, y otras por estár demasiadamente cerca de nosotros. ¿Quién jamas se vió sus propios ojos? Y con todo, solo por ellos vemos quanto nuestra vista alcanza. Preciso es apartarnos un poco de lo que queremos ver, para conocer un objeto. Ahora, amigo mio, todo lo que pertenece á nosotros, está demasiadamente cerca de los ojos del entendimiento: es necesario apartarnos de nosotros mismos, y considerar nuestras acciones, como si fuesen agenas, y de este modo verémos las cosas, como ellas son en sí mismas. El Conde de Trípoli está tan cierto que tiene justicia, que nada le es mas evidente. Leaon por el contrario está persuadido, que el Conde es sumamente injusto, solo quien está á la parte de afuera puede ver, y cotejar estas cosas para decidir con equidad; mas si el Conde de Trípoli se pusiese en el lugar de Leaon, ó el Rey de Armenia en el lugar del Conde, ambos verian que eran injustos. Lástima es que los hombres no tengan espejos para ver las propias acciones, pues entonces las mirarian como si fuesen agenas, y conocerian su fealdad. Mustafá oia todo esto con gusto; y atraido de la suave con-

versacion de Miseno, le convidó á su tienda miéntras partia para Armenia.

32 Entre tanto Efigenia, el Conde, y Neucasis maquinaban una rebelion manifiesta, temiendo que los discursos de Miseno frustrasen sus ideas; y á manera de tres piras, que ardiendo cada una con furor, y soberbia, quando mutuamente se llegan á comunicar sus llamas, duplican la furia, y no hay quien pueda medir el atrevimiento de sus llamaradas, así aconteció al Conde con Neucasis, y Efigenia. Levántase, y con paso intrépido, ayre libre, modo insolente, y frase altiva se llega á Miseno, y á presencia de Mustafá, y de los dos, le dice así: Yo parto á la guerra de la Armenia, sea, ó no sea justa, porque tengo razones muy poderosas para ir á esta campaña; y ya que el Cielo me ha dotado de libertad, no tengo que dar cuenta á ninguno de mis acciones. Los consejos dados á quien los pide, son prueba de una sólida amistad; mas ofrecidos á quien no los solicita, son incivilidad importuna, é insufrible. Yo ya estoy enfadado de aguantar el yugo austerísimo de vuestra compañía; y ni yo necesito de pedagogo, ni vos, Miseno, teneis interes alguno en gobernar pupilos: suplicoos, pues, que de aquí adelante os dispenseis de criticar mis acciones, porque

que buenas, ó malas, yo soy dueño de mi albedrio; y quando yo tuviere el atrevimiento de condenar las vuestras, entonces tendreis derecho de reformar las mias.

33 Oyó Miseno la respuesta no esperada del Conde: se turba un poco al principio: cúbrese de rubor su rostro venerable; mas conteniendo á su corazon que palpitaba, le fué serenando poco á poco, y con ayre sosegado, semblante alegre, y palabras pausadas, le dice así: Amigo, si es delito en vuestro tribunal amaros seriamente: si es injuria hacer por vuestro bien todas las diligencias posibles, hasta exponer repetidas veces la vida, confieso que soy culpable; pero ni me arrepiento de esta culpa, ni prometo enmendarme de ella. Sois señor no solo de vuestras acciones, sino de vuestro corazon, así es, podeis aborrecerme, y detestar quanto quisiereis; pero yo tambien soy señor del mio, y puedo á pesar de vuestra resistencia amaros, y ser constante en el afecto que os prometí. Por vuestro amor me desterré de mi sosiego: me pedísteis que lo hiciese, para que pudieseis alcanzar con mis consejos la verdadera felicidad: lo cumplí: me negué á quien me buscaba para los mayores honores, y me arrojé á las ondas, solo por acompañaros en los trabajos. Por

mar, y por tierra os he seguido; y bien sabeis que ninguna accion vuestra ha tenido poder para entibiarme este amor. En Nicéa quisísteis darme la muerte, y yo os pagué con conservaros la vida: la vida que ya teniais perdida; y ninguna ofensa vuestra me hizo jamas volver atras en el obsequio comenzado. Ahora me cerrais la puerta á que os ofrezca nuevos testimonios de mi sólida, y fina amistad: no importa: me contentaré con amaros generosamente, y hacer por vos, y en vuestra ausencia todo lo que pudiere, para que seais feliz. Todo mi gusto será de aquí en adelante obrar por solo el impulso de mi fiel amistad, sin el agradable atractivo de vuestra correspondencia. Yo asiento, hijo mio, que servir á un amigo es deuda, y amar á quien me ama es comercio; mas servir á quien me ofende, amar á quien me aborrece, es obrar como Dios obra, obedecer la Ley suprema, que así lo ordena, y consuelo grande poder obrar de este modo. Sabed que aun así os disculpo, porque vuestras pasiones os ciegan, y esto me acuerda lo que hice contra quien me crió. Quando yo llevado de mis desordenadas inclinaciones le insultaba, él entonces hacia rayar sobre mí su luz, y me bañaba con la dulce, y deliciosa lluvia de sus bene-

neficios : lluvia que poco á poco ablandó la dureza de mi corazon , y luz qué con su suave calor me fué insensiblemente derritiendo. Así obró conmigo quien formó mi alma , y ahora conviene que ella sirva á quien la crió. Así , pues , procuraré hacer con vos. No , hijo mio , no os obligo , ní os ruego , que me ameis , que sin eso yo os amaré como os he amado hasta ahora. O de cerca , ó de lejos mi alma os seguirá siempre , y á fuerza de clamores obligaré al Cielo á que me atienda. Trabajaré incesantemente por hacer feliz á un desgraciado ; y seré dichoso si lo consigo , é igualmente lo seré , si aunque no lo consiga trabajare con constancia en esta empresa ; porque no depende de la vuestra mi felícidad , sino del socorro del Cielo , y de mis propias acciones. Permitidme , que os abrace : yo me retiro.

34 Derrítese con el fuego el metal duro, endurécese á proporcion el lodo blando , y tal fué el efecto que hizo el razonamiento de Miseno en los que le oian. El Conde , aunque de genio docil , como estaba corrompido por la pasion , se endureció , y entró en furor. Efigenia quedó suspensa , y embargada. Mustafá por el contrario se enterneció , admirándose de un corazon tan noble , y de

un

un modo de pensar tan generoso. No podia Miseno reprimir las lágrimas quando fué á abrazar al Conde. El alma se le salia por los ojos; mas el Conde desatento, altivo, orgulloso, y duro, le recibió frio como un yelo, y se retiró de la tienda de Mustafá con Efigenia. Viendo esto Mustafá, quedó suspenso: pide, ruega, insta, é importuna á Miseno, que le diga quién es; mas él sonriéndose, le responde urbanamente: Soy un hombre de bien, que salí por el mundo á aprender á serlo á costa de experiencias, y trabajos. No me admiro del modo con que me trata el Conde, porque ya estoy bien acostumbrado á eso. Compadézcome de él, porque le veo arrastrado de sus pasiones, y estoy previendo en él algun fin desastrado. No me escandalizo; porque si yo tuviese las pasiones tan fogosas, y tan poca experiencia como él tiene, puede ser que cayese en los mismos absurdos; pero temo que se pierda, y por éso le acompaño, porque si no necesitase de mi socorro, no me hubiera resuelto á emprender por él esta jornada. Aquí se admiraba mucho mas el Turco, viendo que en la ausencia del Conde, y en su presencia hablaba Miseno con la misma ternura, y con el mismo amor, y de aquí inferia quán superior era aquel hombre á todos los demas; pues sabia sujetar
de

de tal modo sus pasiones, como si no las tuviese. Queria continuar la conversacion con él; mas dada la señal para que las tropas se pusiesen en movimiento, fué preciso que se retirase, quedando Miseno solo, entregado á sí mismo, y en pais desconocido, y bárbaro.

35 Parte el Conde con Efigenia siguiendo su destino, y el Sultan le tenia siempre á su lado, y se servia de él con particular estimacion. Su figura gallarda, su modo agradable, su prontitud para todo, el ardor militar que brillaba en su rostro, y en todos sus discursos encantaban al Soberano. Neucasis le servia de escudero, y como tal servia tambien á Efigenia, la que disfrazada con el nombre, y trage de soldado, nada desmerecia en la estimacion de sus Capitanes. Poco á poco Neucasis, como confidente de sus secretos, se hizo estimar de ella: tenia singular arte para observar el flanco de cada uno, para insinuarse sordamente en el corazon: así quando hablaba á Efigenia la lisonjeaba con una reserva fingida, mostrando, que aun no expresaba todo lo que entendia; y encareciendo las prendas del Conde, se lamentaba de que no fuesen tantas como pedia su mérito. Fingia á cada paso mil peligros en que habia

estado de ser descubierta, y que él con su industria los habia evitado. Hacia esto con tal arte, y maña, que cautivando el corazon de Efigenia, llegó á ser depositario de todos sus secretos. Son hijos del amor los zelos; y á proporcion que Efigenia se dexaba llevar de la pasion del Conde, los negros zelos le devoraban las entrañas, temiendo que la grande estimacion del Sultan le distraxese; y Neucasis no perdiendo carta con que pudiese hacer baza, en vez de desvanecer los zelos á Efigenia, se los encendia mas, haciendo otro tanto con el Conde. Observad (le decia) que mas le obliga á este disfraz el deseo de retirarse á su patria, que el amor á vuestra persona, y temo, que apenas ella se vea en sus Estados, se olvide de vos, y os dexe. En estos, y otros enredos se ocupaban los tres, marchando á paso lento con las tropas.

36 Miseno se veia solo, y agitado de todas las pasiones, contra las quales trabajaba sin cesar, tomó el camino de la Tierra Santa á buscar en aquellos Lugares, que la Religion venera, alguna soledad en que acabar sus dias.

LIBRO XXII.

1 LUchaba Miseno consigo mismo, caminando solo, y pensativo. Su entendimiento, su honor, la delicadeza de su corazon repugnaban las repetidas injurias que recibia del Conde. Con todo, elevando su pensamiento al Cielo, y pidiendo auxîlio al Omnipotente, se hallaba señor de sí mismo, y se animaba á combatir con todas sus pasiones, hasta tener sobre ellas un perfecto dominio: circunstancia indispensable para poseer su completa felicidad.

2 Y si á mas de esto (se decia á sí mismo) pudiese yo libertar al Conde de los derrumbaderos en que se va precipitando, aun seria mas feliz por contribuir á impedir la agena desgracia. A lo menos con mi diligencia siempre puedo, ó disminuarla, ó retardarla, y así no trabajo inutilmente. Verdad es, que yo no soy omnipotente, ni mi brazo es igual á mi corazon; no obstante debo siempre obrar segun las fuerzas con que la mano Soberana me asiste, y aquello poco, ó mucho, que con ellas hiciere, será lo bastante para satisfacer, y cumplir la Ley de Dios, que me obliga á tratar al Conde como á hermano mio, y miembro del cuerpo á quien yo tambien pertenezco. Haga él lo que hicie-

ciere, por eso no dexará de ser hombre como yo, é hijo de Dios como yo; y quanto mas inconstante fuere, quanto mas se dexare arrastrar de sus pasiones, tanto mas necesita de socorro, y así no debo negárselo. ¿En este combate, que ya hace mucho tiempo empezamos, consentiré acaso, que él triunfe de mí por mi cobardía, flaqueza, ó cansancio? Eso no es decente; y quando yo no salga victorioso, reduciéndole á buen camino, quando yo no me corone de laurel por no conseguir que siga la virtud, á lo menos yo no he de huir de la batalla. Así se animaba Miseno encendido en el fuego de aquella celestial llama, que le abrasaba las entrañas desde el momento feliz en que encontró las Santas Escrituras, y bebió en ellas las preciosas máxîmas, que nunca supo enseñar la Filosofía mundana. Quando él discurria así, el Conde, y aun mas Efigenia, se hallaban muy contentos, siguiendo ambos el camino de Armenia, para apartarse de él á parage distante, y oportuno, á cuyo fin habian dispuesto huir del exército á los Estados de Efigenia.

3 No podia escondérsele al Sultan la ausencia de su esclava, que desde luego la echó menos. Siguióse al cuidado la diligencia, y á esta el conocimiento de su disfraz.

En

En conseqüencia de esto la siguen los Ministros de Soliman, la alcanzan, y la reconocen, y atribuyendo al Conde el delito de haberla persuadido, conducen á ambos á Iconio aprisionados con esposas. Qual viento furioso, que empezándose á sentir sordamente allá á lo lejos poco á poco se declara en uracan manifiesto; así fué el rumor de este crimen, que en un momento se hizo público en toda la Corte. Soliman iracundo no sabia imaginar tormentos con que vengar su afrenta, y las demas esclavas, y concubinas tenian por injuria comun la infidelidad de Efigenia, de tal suerte, que para grangearse mejor el agrado del Príncipe, le declaraban el horror que tenian de tan enorme atentado; de modo, que pidieron con instancia, que las fuese permitido castigar por sí mismas el delito de su compañera.

4 No acertaba el Conde á tomar el menor consejo, y se desesperaba en la prision contra Efigenia, como causa principal de su desgracia. No ignoraba que se le preparaban los mas horribles tormentos, y en vez de revestirse de valor, se abandonaba á las pasiones mas viles, é indignas de un hombre de bien, como son, el miedo, la rabia, y el deseo de valerse de qualquier medio indigno para escapar de la muerte.

Efi-

5 Efigenia al contrario reconocia humilde el castigo manifiesto del Cielo, por haber renegado de la fe que prometió en el bautismo, trocando el Christianismo por la profesion de la ley de Mahoma. Habia preferido la gracia del Sultan á la del Ser supremo que la crió; y ahora, viéndose del todo perdida, penetrada de dolor, queria lavar su crimen á lo menos con sus lágrimas, y levantando en silencio los ojos al Cielo, los baxaba luego confusa, no atreviéndose á mirar á aquel Señor á quien tanto habia ofendido: esta confusion agradaba mucho á Dios, y sus voces reconcentradas en el corazon subian en secreto hasta el mismo trono de la Divinidad. Era una pasmosa contraposicion la de los dos presos: el Conde todo cólera, rabia, y furor; Efigenia toda compuncion, confusion, y paciencia: el Conde blasfemaba contra el Cielo, y queria quitarse la vida á sí mismo; Efigenia se resignaba toda como víctima de la Divina Justicia: el Conde acusaba al Cielo de injusto; y Efigenia solo á sí propia se condenaba.

6 Acude Miseno al rumor del suceso, va á la prision, pide, suplica, insta, y compra con dádivas á los guardas el permiso de entrar en la carcel. No iba con ánimo

mo de echarle en rostro al Conde el origen de su desgracia; porque no es razon afligir mas al afligido, sino solamente para animarle á sufrir la muerte con valor, caso que no pudiese evitarla, y se ofreció al mismo tiempo á practicar delante del Sultan todos los buenos oficios que le fueran posibles. Con esta visita quedó el Conde algun tanto sosegado, y Miseno se retiró á trabajar en la empresa.

7 Ved aquí, que de lo profundo de los abismos sale por decision de las furias el espíritu de la *mentira*, é inspira á Neucasis el pensamiento mas horrible que podia imaginarse. Vá á hablar al Conde, y le aconseja, que desnudando á Miseno de sus vestidos, y disfrazado con su trage salga de la prision engañando á los guardas. Dudaba el Conde tomar este partido, viendo que Miseno quedaba expuesto á sufrir la pena que él merecia; mas en fin su corazon corrompido no halla tan horrible esta traicion como ella lo era. Prevalece el amor de la vida, el temor de los tormentos, la persuasion de Neucasis, y así espera que vuelva Miseno á repetir los oficios de amigo, para executar entonces la mas abominable ingratitud. Entra Miseno en la prision, y el Conde pensativo, y silencioso le escucha, hasta que resuel-

to, se levanta de pronto como una fiera, y valiéndose de la violencia, y de la fuerza, le despoja de los vestidos. No resiste Miseno, ni clama, porque no quiere perder por su causa al Conde; pero sí le dice con ánimo sosegado quando le despoja: Hijo mio, no es la primera vez que me expongo á la muerte por salvaros la vida, y moriré satisfecho, si á lo menos por esta fineza os merezco que tomeis mis consejos. Cuidadosa Efigenia advierte el lance por una reja de aquella reducida prision: cae en el suelo desfallecida igualmente que asombrada con el horror del crimen, y con la heroycidad de la virtud.

8 El Conde, en fin, arroja á Miseno en tierra, y sale de la carcel con el abrigo del engaño, y Miseno no tiene otro remedio, sino cubrirse con los vestidos que el Conde le dexa. Efigenia procura hablar á Miseno, y compungida á vista de semejante caso, le confiesa su delito, reconociendo la mano de Dios, que justamente la castiga por su infidelidad. Declárale sinceramente toda su intriga con el Conde, el origen que habia tenido, y quáles eran sus designios, y pidiendo en fin consejo á Miseno para aplacar la cólera divina, á fin de que á la infelicidad temporal no se juntase la eterna.

Ha-

Hablaba mas esta Señora con las lágrimas, y el corazon, que con las voces; y Miseno compadecido de su pena, sentia mucho mas la afliccion agena, que el peligro propio; mas viéndola con tan sincero arrepentimiento de su delito, la anima de este modo:

9 Tened ánimo, Señora, que vuestro negocio lo teneis con un sugeto qual no sabriais desear, aun caso que lo hubiéseis de fingir. Este es el Dios de la verdad, que os ha de juzgar, y la misma razon eterna, que os obliga á detestar vuestro delito, no consentirá que desprecie vuestro arrepentimiento. En su tribunal invariable Efigenia infiel es objeto digno de horror; mas Efigenia contrita, humilde, y postrada delante de su Dios, pidiéndole perdon de los excesos cometidos, es objeto sumamente agradable. Dios ve las cosas como ellas son en sí: él es inmutable; mas quando la criatura se muda, su misma inmutabilidad le obliga á trocar en agrado amoroso la indignacion de su cólera, porque jamas pudo agradarse del mal, ni hacer desprecio del bien. Vos no sois ya la que antes erais, y por la misma razon Dios no será para vos el que era antes. Quando le ultrajabais posponiéndole á los hombres, era Dios vuestro enemigo; mas

quando os postrais á sus pies con el corazon arrepentido es vuestro Padre amoroso. Confesad con amor puro la fe del Bautismo, y el Cielo recibirá vuestra muerte, si llegáseis á padecerla, como satisfaccion de vuestro delito, y de este modo seréis eternamente feliz. A estos discursos fué Miseno juntando otros muchos, con los quales enternecida Efigenia, é inflamada, juró delante de los Cielos, y de Miseno, que jamas faltaría á la palabra que daba á su Dios de serle fiel en adelante, y que contenta sufriría los mayores tormentos, si el Señor los quisiese recibir en satisfaccion de su infidelidad pasada; y gimiendo, y suspirando le pedia se dignase volver otra vez ácia ella su agradable, y amorosa vista.

10 El pérfido Conde para no ser buscado, y seguido añade á la primera maldad otra mucho mas horrible, y atroz. Va á estar con el Sultan, el qual aún ignoraba quien fuese el instrumento, y compañero del delito de Efigenia. Empieza su razonamiento al Príncipe por las mas finas expresiones de afecto con que siempre le amaba, habiendo recibido de él tan señalados favores; y continúa diciendo, que baxo de la mayor confianza, y en secreto le quiere comunicar la noticia mas importante. Miseno,

Se-

Señor (le dice el pérfido), guiado de un espíritu de fanatismo, á que le ha conducido su rígida Filosofía, sabiendo que Efigenia era de su misma Religion, y que por complaceros la habia abandonado, de tal modo le horrorizó este llamado crimen, que la persuadió á que huyese disfrazada en trage de soldado, y me pidió que la acompañase mientras que él, tomando otro camino, iba á esperar á Palestina, para entregarla á sus parientes. Yo no pude aprobar semejante infidelidad: traté con aspereza á Miseno, de lo que Mustafá puede ser testigo, quien se escandalizó de mi aparente grosería, porque ignoraba el motivo, y este era tan feo, que yo no me atreví á descubrírselo, queriendo antes cargar sobre mí la nota de grosero, que manifestar el delito de un amigo. Durante la marcha del exército estuve siempre trabajando en persuadir á Efigenia, que volviese á vuestros brazos antes que se notase su ausencia; mas no fué posible, porque ella tenaz persistia siempre en los sistemas de su Religion: tan fuerte habia sido la persuasion de Miseno. Apenas supo él que Efigenia estaba presa, fué á la carcel á confirmarla en sus propósitos: yo los dexé allí, y á mi pesar vengo ahora á delataros al mayor amigo que tuve en mi vida, porque es para mí mas

sagrado que su amistad el respeto, y el amor que os debo, y el que debo á la verdad.

11 Acordóse entonces el Príncipe, que Mustafá le habia hablado del Conde con desagrado, por haber visto el modo áspero con que trató á Miseno, y se ratificó en lo que decia el Conde. Dióle gracias de la fineza con que queria sacrificar á su Regia amistad la persona á quien mas amaba, y le prometió, que de tal modo usaría de aquella noticia, que ninguno pudiese sospechar quién fuese el delator de Miseno, y de Efigenia. Apenas salió el Conde de la audiencia del Sultan, quando por su industria entraron tres testigos de mayor autoridad, afirmando, que en ninguna otra materia se entretenian los dos presos, sino en tratar cómo sostener su Religion primitiva á costa de los mayores tormentos, y despreciar igualmente las caricias, y las amenazas del Soberano.

12 No rompe con mayor estrépito la mina quando prende el fuego, como salió furioso el Sultan con la noticia que acababa de oir. Sin pérdida de tiempo manda venir á su presencia á los dos delinqüentes, y entretanto hace preparar el suplicio acostumbrado contra las infieles concubinas del Sultan, y contra los violadores del honor del Soberano. Enciéndese la pira, y aun era mayor

el

el fuego que ardia en todo el Serrallo, teniendo todas las concubinas de Soliman por afrenta, y desdoro la infidelidad de Efigenia. Cada una prepara su cántaro lleno de agua hirviendo para derramarla por su orden, y antigüedad sobre la cabeza de Efigenia; la qual habia de estar enterrada hasta la cintura en la plaza mas pública. Armase á un lado el patíbulo para quemar á Miseno á fuego lento. Fórmanse las tropas que habian quedado en Iconio para acompañar al Sultan, el qual debia ponerse en marcha el dia siguiente, y por todas partes no se veia, ni se oia, sino tumulto, y clamores contra Miseno, como principal autor de aquella desgracia. Todos los partidarios de Efigenia, y admiradores de su hermosura se mordian de rabia contra el iniquo instrumento de su infelicidad, y en fin aparecen entre los Guardas Miseno, y Efigenia presos, y maniatados.

13 Entretanto el Conde estaba al lado del Sultan; mas viendo á los dos presos, se le mudó el color, y los miembros le temblaban con el horror del propio crimen. El Sultan atribuyó este efecto á la ternura con que amaba á Miseno, y le dice que se retire, para que no le cause tanta pena el suplicio del amigo; pero no lo hizo tan de

priesa, que Miseno, y Efigenia no viesen que el Sultan le abrazaba cariñosamente, quando se depedia de él.

14 No se conmueve la cumbre del Olimpo, quando en las faldas del monte se forman las tempestades, ni la tierna vid se mueve quando está asida, y abrazada con el olmo robusto: así estaban Miseno, y Efigenia no obstante la alevosía del Conde. Caminaban con ayre alegre, paso sosegado, y semblante mas que nunca sereno, de suerte, que se pasmó el Sultan, y todos se admiraron. Venia Miseno tan quieto, y apacible, como si nada de lo que veía le perteneciese, pero sin afectar altivez, ni desprecio. Efigenia iba con notable modestia, pero sin empacho: con un nuevo resplandor de hermosura, pero sin vanidad: con señorío, pero sin soberbia. Así caminaba, llevándose tras sí los ojos, y los corazones de todos.

15 Luego son preguntados si confiesan al Profeta, y si quieren jurar la observancia del Alcoran. Efigenia declara, que habiendo recibido el Bautismo, no trocaria la honra del martirio, ni por el cetro, ni por la corona, aunque fuese de todo el mundo. Quando los hombres me la ofreciesen (decia ella) yo me avergonzaria de ponerla en balanza con otra mejor corona que espero, quanto mas

de

de preferirla. Así no tardeis compañeras en abrirme la puerta, por donde mi alma ha de salir de la carcel en que se ve cerrada, puerta por donde en el mismo instante ha de entrar en la eterna felicidad, de la qual sólo este pequeño resto de vida me separa. Y vos, Príncipe Soberano, á quien indignamente amé, olvidada de mí misma, sabed que no podeis darme mejor joya, que esta corona, ni corresponder mejor á mi afecto, qué con la muerte por semejante motivo. No os fuí infiel, y os lo juro delante de los Cielos, y la tierra, solo fuí infiel á mi Dios, y por eso muero contenta por lavar con mi sangre este delito. En quanto á Miseno sabed que tan inocente está en el crimen de mi fuga, como vos mismo. Jamas me habló sino en la carcel: jamas mis ojos se fixaron en él, sino despues que los abrí para ver mi delito; antes bien le tenia un odio entrañable, que me devoraba el corazon, de modo, que mientras amé el crimen, aborrecí á Miseno con tal horror, tal furia, que llegué á maquinarle la muerte; mas hoy confieso que le debo la vida, no la temporal, sino otra mejor que espero. No os atrevais, pues, á castigar su inocencia; y duplicadme os pido mis suplicios, porque él no es cómplice de mi delito. Sufra yo el tormento de ambos; pero

no

no sufra el de ver padecer por mi causa un inocente.

16 Cesó Efigenia, porque Miseno la interrumpió, diciendo con un ayre noble, y tranquilo: No os canseis, Señora, en lo que me toca á mí, porque si soy verdaderamente culpado en el crimen, que mas irrita al Príncipe, ¿para qué quereis defraudarme la honra de ser castigado por él? Es verdad, Señor, que no concurrí á la fuga de Efigenia: esta es la verdad pura, pero tengo empeñados todos mis esfuerzos para confirmarla en la resolucion de volverse á su Dios, de quien antes se apartó. Tenia dado su corazon al Dios verdadero, y despues inconstante, é infiel se lo negó por dárosle á vos. Conoció su yerro antes que yo la hablase, y quiso detestarlo: yo la animé, y aun ahora en vuestra presencia lo hago. Así, Señor, si es delito cumplir la palabra que dimos á Dios, confieso que merezco mil veces la muerte. Os suplico que no me la retardeis, ni me escaseeis los tormentos, porque quanto mas rigoroso fuereis conmigo, tanto mas piadoso, y liberal me será aquel Soberano por quien padezco: aquí me teneis, soldados.

17 El Sultan lleno de ira, y centelleándole los ojos, manda que sin tardanza se execute la sentencia: que Miseno arda en fuego

go vivo, que las llamas sean avivadas con los materiales mas activos, para desahogo de las que la cólera le encendia en el pecho. Dixo, y todo está pronto. Ya Efigenia está enterrada hasta la cintura: ya las concubinas del Sultan van llegando con toda ceremonia, trayendo en la cabeza cántaros de agua hirviendo para derramarlos succesivamente sobre la infiel compañera: ya Miseno se ve junto á la pira, cuyas llamas soberbias amenazaban las nubes, quando un repentino temblor ocupa todos los miembros del Sultan, un pavor extraordinario se le apodera del alma, teme sin saber lo que teme, y un horror espantoso le ahoga el corazon de suerte, que no conoce lo que le sucede. Aquella palabra que Miseno le dixo: *Si es delito cumplir la palabra que dimos á nuestro Dios, confieso que merezco mil veces la muerte*, le heria el alma; y sin que pudiese impedirlo, se le repetia interiormente. Afligido, inquieto, perturbado da mil vueltas en el trono; quiere levantarse, mas se vuelve á su primera postura; de suerte que se veia bien el gran tormento que el alma padecia: manda en fin que todo se suspenda. Admírase el Pueblo: son llamados otra vez los reos á la presencia del trono, y el Capitan de sus Guardias publica de parte del Soberano, que si alguno

no sabe alguna cosa á favor de aquellos reos, venga á su presencia á declararlo, porque no era su intencion castigar á la inocencia. Entonces comenzaron á salir por entre las filas de las tropas formadas aquellos soldados que habian conducido á Efigenia, y todos haciendo delante del trono mil reverencias á uso de aquel pais, juraron por el sepulcro del Profeta, que no era aquel el reo, que ellos habian preso, y conducido á la carcel, sino otro de edad mucho menor, y que jamas habian visto á Miseno en el Exército, ni hablar con Efigenia. Oyendo esto el Sultan, quedó suspenso: pregunta, vuelve á hacer mil exámenes, y siempre halla la misma verdad: entonces habló al reo de este modo:

18 Estoy, Miseno, obligado á daros crédito, porque vuestra verdad aparece clara como el sol, quando os juzgaba delinqüente por haberme robado esta esclava; pero vos, Efigenia, ¿qué disculpa podeis alegar de vuestra feísima infidelidad? Yo os estimé: yo os amé con preferencia á todas mis esclavas, y de ninguna recibí hasta ahora afrenta semejante: Miseno ha probado su inocencia; mas vuestra culpa es tan notoria, que no da esperanzas de la menor excusa: con todo, hablad si podeis en vuestro

tro abono. Decia el Sultan estas razones, con una blandura, que jamas se habia visto en sus palabras. Admirábanse todos, y él tambien se admiraba, porque no se conocia; pero solo de este modo sentia en su corazon algun refrigerio.

19 Efigenia saludándole con el acatamiento que acostumbraba, le dixo: Vuestro precepto, Señor, en vez de serme favorable, me es sumamente penoso, y ahora antes quisiera vuestra ira, que vuestra clemencia. No juzgueis que esto es desprecio de vuestra inaudita benignidad, sino confusion del delito que cometí contra el Dios que adoro, y ver que solo por medio de vuestra venganza puedo satisfacerle de mí infidelidad. En quanto á vos, sabed que nunca lo fuí. Amásteme, Señor, es verdad, lo conocí; y sensible á la ternura de vuestro corazon, tal fué la correspondencia del mio, que me olvidé : : : ¡Ah, Cielos, que fuísteis testigos de mi culpa, sedlo ahora de mi arrepentimiento! Me olvidé de mi nacimiento: me olvidé de mí: me olvidé hasta de Dios, por estimaros á vos: ved si os podia corresponder con mayor exceso. Dios es quien ahora debe castigarme, porque él es quien fué ultrajado por vuestro respeto. Mas, ahora, reflexîonando, y volviendo en mí, quiero vol-

volverme á mi Dios: si quereis castigarme hacedlo, porque solo así podré ser feliz. No me retardeis os pido semejante gloria, pues solamente mi sangre podrá limpiar la mancha, que me hace horrible á sus divinos ojos, y aun á mí misma. Dexadme, pues, Señor, dexadme ir á mi suplicio, que bien merecido le tengo. En esto hacia fuerza para retirarse ácia el lado donde estuviera mas pronta para ser quemada de las compañeras.

20 Entonces el Sultan mudando de aspecto, la dixo con blandura: Si fuisteis infiel á vuestro Dios, él, y no yo es quien os debe castigar, porque no nació el Sultan de Iconio para castigar las injurias del Dios que no adora. A él le disteis palabra, antes que me conocieseis á mí, y debeis cumplirla. Si me preferísteis á todo, y aun á vuestro Dios, no puedo, ni debo quejarme, antes lo debo reputar por obsequio, y por obsequio demasiado. Volveos, pues, que yo os dexo libre: volveos si quereis al Dios que adorais, y sea Miseno vuestro conductor. Salid ambos de mis Estados con prontitud, mas salid con honor, y en paz. Esto dixo el Sultan; y volviendo la espalda, se retiró ácia dentro, dando orden que fuesen los dos bien tratados, y conducidos

con

con decencia hasta la raya de sus dominios.

21 Habian huido por el mismo camino el Conde, y Neucasis, temiendo uno, y otro, que si se descubriese la verdad, los buscarian para castigarlos, y quedaron aturdidos, quando al dia siguiente vieron venir á Miseno con Efigenia. El Conde no atinaba á tomar partido. En fin su corazon voluble le impelió fácilmente á postrarse mudo á los pies de Miseno, el qual señoreándose tambien de todos los movimientos de su corazon, sin decir palabra le abrazó, y levantó urbanamente. Neucasis malicioso todo lo observaba, aunque algun tanto tímido; pero esperando siempre salir bien á fuerza de malicia, y simulacion. Dudaba qual de los tres podria ser su apoyo para lo futuro, sin saber donde fixar el norte de sus acciones. Agradar á Miseno era lo mas seguro; pero le parecia muy dificil representar por mucho tiempo el papel de la virtud, sin el qual era imposible entrar en su agrado. El Conde ya veia que no podria tener el amparo de Efigenia, pues observaba que esta, ni aun los ojos podia poner en él, porque se horrorizaba con solo oir su voz; y como ave de rapiña, que habiendo perdido la presa se levanta á lo alto, se remonta, y anda girando por los ayres, para observar qual ha

de

de ser el miserable objeto de su crueldad, así era Neucasis.

22 De este modo caminaban los quatro casi mudos: en el Conde la vergüenza: en Efigenia el arrepentimiento, y en Neucasis la malicia producian el mismo efecto que en Miseno causaba la prudencia, hasta que en fin rompió este el silencio por causa del Conde, á quien veia sumamente afligido, y le dixo de esta manera: No temais, hijo mio, que os aborrezca, ó que para abandonaros me acuerde de los lances pasados. Yo debo suponer que nací hoy, porque el Cielo me libró de la muerte en este dia, y reputo mi vida de aquí adelante como si Dios me enviase de nuevo al mundo. Ahora no es razon que una vida milagrosa comience por una accion indigna, qual seria vengarme, y vengarme de las ofensas contra otro Miseno, que habia de perecer, pues este que veis ahora, ya es otro: no tengais ese rezelo. ¿Extinguió Dios el fuego de la ira que habia soplado contra mí en el corazon de Robadin, ¿y soplaria yo en mi corazon las llamas de la ira para vengarme de vos? No, hijo mio, nunca (y mucho menos ahora) tuve por loable la venganza. Vuestros yerros no podrán justificar los mios: obrad como quisiereis en orden á mi, que yo siempre

pre debo seguir el pensamiento de trabajar, ó para haceros feliz, ó para disminuir vuestra infelicidad. Quanto mas me ofendeìs, mas necesidad teneis de mis consejos; que no es el Médico inútil, quando el enfermo se enfurece contra él, por exceso de la fiebre, que le consume, ó en fuerza de un frenesí maligno, que le priva de sus sentidos.

23 A mas de que vos en nada habeis impedido mi felicidad; y como este es el fin á que únicamente aspiro, no me debo dar por agraviado. Que los hombres me sean reconocidos, ó ingratos, que me procuren la vida, ó la muerte, que me vituperen, ó alaben, nada de eso ayuda, ni impide el que consiga lo que pretendo; por tanto, para mí todo es lo mismo. Antes, si os he de confesar la verdad, vos, hijo mio, habeis concurrido á mi bien, mas que á mi mal; porque yo en mi soledad tenia las pasiones en sosiego, pensaba que las tenia totalmente dominadas y sujetas al imperio de la razon, y ahora conozco que no lo estaban del todo: adormecidas estaban, no domadas. Los lances en que me habeis puesto me las dispertaron, é hirieron, haciéndome conocer, que aun estaban rebeldes, de tal suerte, que ha sido preciso hacerme gran violencia para sujetarlas; pero cada dia me siento con mayor

esfuerzo para reprimirlas, porque mi brazo con la lucha se ha hecho mas vigoroso: de manera que poco á poco veo que las pasiones van desfalleciendo, experimento que sus impulsos son menos fuertes, sus gritos menos clamorosos: que ya oyen, y entienden mejor la voz de la razon, y la escuchan; y sin atreverse á rebelar, se contentan con lamentarse mudamente en lo mas retirado del corazon, llorando á escondidas. Ahora ¿quándo hubiera conseguido alguna de estas victorias, si vos no me hubiéseis dado campo para la batalla?

24 Desde luego os doy plena libertad á vos, y á todo el mundo para que obreis como quisiereis, puesto que tambien lo hareis sin mi permiso, porque espero conseguir que la fortuna, y la desgracia tiren uniformemente del carro de mi felicidad. Los buenos me servirán de modelo para obrar como debo, y los malos de escarmiento para evitar el precipicio. El mundo será mi espejo, pues del mismo modo nos sirve quando nos representa el rostro compuesto, que quando nos hace ver los defectos: de todo sabe sacar provecho la buena Filosofía. Esto es por lo que toca á mí; mas con todo, si miro á vuestro propio bien, no puedo dexar de afligirme, viendo que no acabais de poner freno á vuestras pasiones, que á cada paso os ar-

arrastran, y os pierden; y si vuestra experiencia junta á mis consejos no basta á refrenarlas, temo vuestra última ruina.

25 Yo no la temo (dice el Conde) si vos me prometeis recibir en el seno de vuestra amistad, que indignamente he desmerecido, porque de aquí adelante, primero pasarán las olas sobre el Olimpo, y las entrañas del Etna se verán heladas, que mis pasiones dominen á la razon. Ese volcan interior que ellas me encienden en el pecho, ha de extinguirse del todo, y no se ha de dar á conocer, ni aun por el humo. Os doy, Señor, mi palabra de honor, que jamas vereis en mí delito, que desmerezca vuestra amistad: olvidaos de lo pasado, que yo os libraré de lo futuro. En estas, y en otras propuestas demasiadamente fuertes, y falsamente seguras, continuaba el Conde, y Miseno prudente lo escuchaba; mas no quiso dexarlo apartar tanto de la idea, que de sí mismo debia formar; y sonriéndose, le dice blandamente: Hijo mio, si sois hombre, no podeis hablar de vos con tanta seguridad. Yo no me atrevo á decir de mí otro tanto, no obstante que la nieve de las canas enfria las pasiones, y la experiencia corrige los yerros. Mirad: quando un hombre corpulento, y pesado dexa caer toda la mole de su cuerpo so-

bre el fragil bordon de una caña, en una baxada escabrosa, que sucede. El bordon se quiebra, él cae, y se precipita, y acaso siente la mano herida, y traspasada con las hastillas de la caña rota; pues así hace quien se fia de sí en la inclinacion de las pasiones. No os fieis pues, Efigenia, en vos misma: si quereis evitar la ruina, y cumplir la palabra que me disteis de buscar en el retiro de vuestra familia, ó en los desiertos de la Palestina un abrigo á vuestros años, y defensa de los peligros, en que habeis de ir naufragando.

26 Cada vez me temo mas (dice Efigenia, sin atreverse á levantar los ojos). Nunca imaginé que yo fuese capaz de tantos desórdenes, ni que mi razon se resistiese á creer lo que la propia experiencia me obliga á confesar. Busco, y no hallo asilo á mi desconfianza, y no sé donde pueda abrigarme, ó defenderme de mí misma. ¡Ah, Miseno! decidme si acaso es posible que yo reciba alguna seguridad en mi justo rezelo. En vuestro mismo temor (dice Miseno) es en donde podeis afirmar vuestra seguridad, por quanto rara vez cae quien desconfia, y teme la caida; y al contrario, freqüentemente se precipita quien camina con seguridad demasiada. Los prudentes quando se ven en los peligros, temen, y temiendo miran, consultan la

luz de la razon, reflexîonan, y discurren, y discurriendo conocen el bien, y el mal; y las conseqüencias de uno, y otro; y de aquí viene que aciertan el camino seguro de la felicidad. La doctrina que voy á daros, Efigenia, es sumamente necesaria, para lo que me pedís, y para que seais verdaderamente feliz.

27 La luz de la *razon* es un admirable don del Cielo, guia soberana para acertar en el camino de la felicidad. Escuchadla bien, y sereis siempre feliz. La luz de la *razon* es fiel, esta voz celestial nunca nos engaña. No imagineis que es opinion de los hombres sujeta á capricho, á variedad, ó á error, porque es una voz divina, un eco de la verdad eterna, que suena en el fondo de nuestro celebro, y así no puede engañarnos. Ya teneis experiencia, que esta voz interior, ni la podemos enmudecer, ni desechar jamas; lo que es prueba de ser superior á toda fuerza humana. Corra en hora buena el libertino á rienda suelta en la entera satisfaccion de sus pasiones, huya, escape, y vuele, que por qualquier parte que fuere, irá siempre tras él el clamor de la *razon*; y quiera, ó no quiera ha de oirlo. Enciérrese en lo mas escondido de su gabinete, cierre los oidos á todos los discursos que lo condenan, forme

mil razonamientos á su favor, todo es inútil, por mas que se resista ha de oir claramente la sentencia de la *razon*, que le dice: *Obraste mal.* Quiera despreciar esta voz como preocupacion del vulgo, ó fábula de ignorantes, písela con rabia, mas ella siempre le condenará con libertad, y franqueza: haga trabajar al entendimiento para que le disculpe: sude, fatíguese, esfuerce todos los sofismas, empeñe las astucias ocultas de la eloqüencia, dé quantos garrotes pudiere á esta luz de la *razon*, que infructuosamente se cansa; pues quanto mas pisada, oprimida, y sufocada, dará gritos tanto mas fuertes, y se hará oir mucho mejor en lo íntimo de su alma. Su sentencia es incontrastable, siempre es la misma, y siempre ha de decir *hiciste mal.*

28 Ved, pues, Efigenia, que esta no puede ser voz humana; porque aquel tono soberano con que la luz de la *razon* sentencia á todos igualmente, manifiesta que es órgano de voz suprema, y divina. Que sea Príncipe, ó plebeyo, rico, ó pobre, poderoso, ó desvalido, la voz de la *razon* con un tono igual, y absoluto, á todos los hace venir á juicio delante de sí, y con sentencia decisiva, sin apelacion, ó condena, ó absuelve. Ahora, ¿quién sino una voz divina, puede tomar este tono tan independiente, y tan for-

formidabie aun á los mismos Soberanos? Digan en hora buena ciertos Filósofos, que la voz de la *razon* es voz de la naturaleza. Convengo en eso; mas repito la pregunta, ¿y quién es el que formó nuestra naturaleza para darla esta voz? Y vereis, por la respuesta, que están obligados á confesar que es Dios, como Autor supremo, y que es la misma verdad eterna, que por el órgano de nuestra *razon* nos habla. Consultàdla, pues, hijos mios, consultadla sinceramente, y vereis el camino de la felicidad. ¡Ah, Efigenia! si la hubieseis consultado bien, no hubiérais abandonado vuestra *Religion*, vuestra fé, vuestra virtud; mas no hablemos ya de eso, y perdonadme que renueve el dolor de vuestro corazon con esta triste memoria.

29 Mientras esto sucedia en la Bitinia trabajaban allá en la Europa los espíritus malignos, forjando en las cavernas subterraneas las ideas mas conducentes para triunfar de la virtud de Miseno; pero el Angel Protector de este héroe, junto con el que estaba destinado para defender á la Polonia, se opuso vivamente á todos sus depravados designios.

30 Ya en este tiempo los ánimos descontentos de Polonia habian llorado su detestable inconstancia; y á pesar de las virtudes de Lesko, suspiraban por la presencia

de Uladislao. La respuesta, que les habia traido el Embaxador, en vez de apagar, solo sirvió de encender mas la sed de gozarle, si no como Rey, á lo menos como ciudadano, como consejero, y como padre: efecto propio de la sólida virtud, porque siempre el corazon á pesar de su inconstancia, ha de venir á desearla. Al modo que el aguja despues de dar muchas vueltas, ya á uno, ya á otro lado, solo en el Norte viene finalmente á fixarse.

31 Parte entonces el Angel Protector de Polonia, como Mensagero fiel á ofrecer estos votos en presencia del Altísimo, y de un vuelo rompe las nubes, atraviesa todas las esferas celestiales, y se presenta en la Corte suprema. Allí convoca á todos los buenos Príncipes, que en otro tiempo habian ceñido la corona de Polonia, y á otros grandes ciudanos, á fin de que todos juntos hagan mayor fuerza para impetrar del Altísimo el buen despacho de su súplica. Ved, pues, que comienzan á subir por gradas de zafiros, y esmeraldas, varios Príncipes, y delante de todos Mieceslao I. quien por beneficio del Cielo recibió vista, habiendo nacido ciego; y en reconocimiento hizo que todos sus Pueblos, que hasta entonces doblaban las rodillas delante de los Idolos, las doblasen al

Dios

Dios verdadero. Iba á su lado el Conductor celestial, y ofreció al Altísimo los corazones de todos los Pueblos, que por espacio de mas de dos siglos le habian adorado en aquellos vastos Imperios, por el buen exemplo de su Rey. Iba á la derecha de Mieceslao su esposa *Dobraba*, hija de Boleslao, Rey de Bohemia, la qual con su ardiente zelo por la Religion Romana, le convirtió de la idolatria. Siguióse Boleslao I. su hijo, Príncipe, que fué el modelo de los que quisiesen ser perfectos: padre de sus vasallos en el trono: rayo, y terror de los enemigos en la guerra, y exemplo de devocion á los Pueblos en el Templo. Seguíase Casimiro I. brillando mucho mas que los otros, porque su virtud habia sido mas respladeciente: virtuoso en el claustro, y despues en el trono: virtuoso en la vida, y en la muerte. En lugar del infame Boleslao II. ese Boleslao, que habiendo sido el Alexandro de Europa, dando, y quitando Reynos; habiendo sido el terror de los vecinos, el encanto de los vasallos, y admiracion de todos, por entregarse á los deleytes impuros, vino á ser el horror de Dios, y de los hombres. En lugar, digo, de este Príncipe infeliz, iba San Estanislao, Obispo de Cracovia, el qual por haberle reprehendido, fué por él martirizado. Seguíanse en fin todos los demas Príncipes,

cu-

cuyas obras merecieron el agrado del supremo Monarca, y todos pidieron que Uladislao, que andaba peregrinando en el Asia, fuese restituido á Polonia.

32 Entretanto toda la Corte celestial estaba suspensa: todos acompañaban con los deseos las súplicas de aquellos Monarcas, que con las coronas puestas en tierra, las cabezas inclinadas, llenos del mas profundo respeto esperaban la decision del Altísimo. He aquí que de parte del Eterno les anuncia el Serafin supremo, que sus oraciones han sido oidas, y que dentro de poco tiempo se verán executados sus deseos. Suenan por todas las bóvedas celestes alabanzas, y acciones de gracias, y no dexan de entonarse, y repetirse perpetuas *Aleluyas*.

33 En este momento por orden suprema un *pensamiento* va á despertar la indolencia del Rey de Ungría; el qual prefiriendo las delicias del tálamo á la gloria de la Religion, habia fiado su sosiego del valor, y virtud del Conde, sugeto mas propio para las empresas de un divertimiento ocioso, que para los trabajos, y peligros de la guerra. Tan fuerte es este remordimiento, que no puede el Rey resistirlo, no obstante tener su ánimo engolfado en las delicias, y regalos. Consulta á su confidente Brancmano, cuya fi-

figura habia tomado falsamente la furia infernal, para la engañosa embaxada del Conde. Calla el valido, no queriendo aconsejar en punto tan delicado. En fin el Soberano resuelve partir, y dexa en sus manos la Regencia del Reyno.

34 Entretanto proseguia Miseno el camino de la Tierra Santa, no solo para acompañar al Conde, que mas resuelto que nunca queria apagar con su sangre, ó con sus proezas la memoria de los delitos pasados, sino tambien para conducir á Efigenia al lugar de su destino, sirviéndole al mismo tiempo de guarda á su virtud, y de decencia á su sangre. Neucasis poco á poco se iba insinuando en el ánimo de Efigenia, viendo que solo podia confiar de ella por ser Princesa, y caminar á sus estados.

35 El espíritu de la *envidia* se insinuaba tambien sordamente en el corazon del Conde, porque las furias infernales no desistian de la empresa comenzada, y cada vez le era mas horrorosa la figura, y el caracter de Neucasis, habiendo sido su íntimo amigo: qualidad propia de corazones apasionados, que se mudan como las veletas á medida que se muda el vientó de las pasiones; cosa bien contraria á la conducta de los que se aseguran en el sólido merecimiento, que no se

se mudan aun quando la fortuna, ó las circunstancias varíen. Entretanto Miseno iba instruyendo poco á poco á Efigenia en las máxîmas que habia de seguir para alcanzar la sólida felicidad, las quales combinaba ella con los dictámenes de la *Religion*, hallando en todo una admirable armonía; y esta era de ordinario la materia de la conversacion de aquellos dias, en que los quatro caminàban á la Siria bien ignorantes de lo que en el libro eterno estaba determinado.

LIBRO XXIII.

1 LOS ojos del Monarca Supremo desde el altísimo trono en que se manifiesta, se inclinaban con agrado á Efigenia, que estaba totalmente convertida, y toda la infelicidad pasada le servia de basa á su heroyca resolucion. La nobleza de su sangre, que le infundia grandes espíritus, empezó á respirar luego que se vió libre de la esclavitud á que la pasion del amor la habia sujetado. Semejante á la águila real, que roto el lazo en que se vió presa, se remonta mas, y mas sobre las nubes, y ve con horror el lugar en que habia peligrado: así Efigenia no podia ver al Conde sin un desagrado íntimo de su corazon, no obstante que ya le veia mudado: admitia, pero por urbanidad, la conversacion de Neucasis, cuyo servicio le era necesario por la delicadeza del sexô, dilacion de la jornada, y aspereza de los caminos.

2 Hervia en el pecho del Conde la sangre negra, y requemada por sus zelos: cada palabra de Efigenia á Neucasis era una lanza, cada mirada de ojos una saeta. Comienza entonces el entendimiento á ofuscársele, y la memoria á perderse: olvida todo lo que habia pasado: sus promesas, la doctrina de Mi-

Miseno, y su propia experiencia todo huye de su imaginacion. La nube de su entendimiento se le hace sensiblemente mas espesa, y llega á ser una nube negra, que fulmina relámpagos, estalla truenos, y dispara centellas, y rayos. Comienza ya á mudársele el semblante, los ojos ven las cosas al revés, los oidos adulteran las palabras, el ánimo les da un sentido envenenado; y abierta de esta suerte la puerta de su corazon á la furia de los zelos, todas las demas pasiones se le van entrando de tropel, y ya no queda el alma señora de la habitacion en que vivia. El odio, la venganza, los zelos, la ira, los engaños, las sospechas, el amor, los rezelos, la revuelven como en un remolino, y ya la impelen, ya la levantan, ya la abaten: unas veces la muerden, otras la hieren, otras la despedazan, y la pobre alma gime.

3 Quando los demas reposaban de la jornada al abrigo de las tinieblas, el Conde salia dando ahullidos por los campos, y bosques, entregado á la desesperacion, y al error, hasta que en una madrugada resuelve desafiar á Neucasis, para disputar en campo de duelo el derecho al corazon de Efigenia, que él le robaba alevosamente. ¿Para qué he de conservar (decia) una vida, que me sirve de tormento? Que yo venza, que él quede venci-

cido, este infierno solo así se acaba; si muero, no puedo tener penas; si vivo, no tendré quien me las cause. Dixo: y sin admitir el consejo, que la luz de la razon le enviaba como en un relámpago, va sin detenerse á provocar á Neucasis.

4 El imaginado favor de Efigenia le habia ensoberbecido; y sobre astuto, vil, y mañoso aumentaba ahora de nuevo la insolencia, triunfando con vanidad de la desgracia del Conde. Así acepta desde luego el desafio, y en un bosque vecino se van á disputar con la espada la razon que ninguno de los dos tenia. De una parte se veia el furor, de otra la sangre fria, y la destreza. Nunca Marte tuvo imagen tan viva como la que tenia en el Conde: su brazo era una roca quando paraba, y un rayo quando partia. Neucasis voluble, pronto, listo, y sagaz leia en los ojos del Conde todo quanto él premeditaba para evitar el golpe, y en un instante se hacen mil embestidas, y ya de una, ya de otra parte parecia el peligro inevitable. La horrible *muerte*, tomando alas de murciégalo, vuela por el campo del combate indecisa sobre quién de los dos habia de ser el blanco de su tiro, amenazando alternativamente con su fatal guadaña á entrambos combatientes. El *valor*, y la *có-*

le-

lera la impelian ácia un lado, la *astucia*, y la *destreza* ácia el otro. El Conde ciego, y furioso no veia su propia sangre, ni sentia sus heridas. Neucasis mas atento evitaba las suyas. La *muerte* se recreaba en la lucha, que le preparaba la presa; y en fin con aquella fuerza inevitable, á que nunca resiste brazo alguno, arroja el funesto instrumento contra Neucasis, quando él engañado en sus pensamientos, corriendo con la espada contra el Conde, yerra el golpe, y se clava por el corazon la de su enemigo: cae luego en tierra. Respira entonces el Conde victorioso; y arrancando de aquel corazon malvado el mortífero hierro, dexa salir envuelta en negra sangre el alma palpitante, que furiosa, y desesperada se va á precipitar en los abismos. Vuélvese alrededor lleno de vanidad, semejantemente al gallo, que vence á su contrario en público combate, y puesto sobre su cadaver canta desvanecido, y ufano la victoria.

5 Mas al volverse, envaynando la espada teñida en la sangre todavía caliente, da con los ojos en Miseno, quien advertido del desafio, venia casi volando á evitarlo. Aun ve de lejos darle el golpe mortal, ve caer al infeliz, y corre á darle socorro; y bien veía, mas no quiso mirar al Conde. Veia que el

ca-

cadaver luchaba con la tierra, como lagartija partida en dos mitades, que se vuelve, y revuelve con mil movimientos. Veia que la sangre humeando salia de la herida á borbotones: que los ojos aun abiertos, y espantados parecia estar vivos, la boca trémula, y espumeando parecia que aun amenazaba á su contrario. En este estado lo abraza Miseno, y sentándose sobre una piedra, le toma como puede sobre las rodillas para (si aun fuese tiempo) llamarlo á vida. Cáesele el brazo desanimado; pero quedando pendiente la espada, que la mano tenaz no queria soltar. Llámale Miseno repetidas veces, ya por su nombre, ya por el dulce epiteto de amigo; pero Neucasis no responde: los abismos retienen su alma encarcelada; y en fin el cadaver pierde todo su movimiento, y desangrado, pálido, y pesado se desliza de las rodillas, y cae. Miseno se esfuerza á quitarle la espada de la mano, lo que consigue con mucho trabajo, y con ella teñida en sangre, levanta los ojos al Cielo á pedirle socorro, y sin saber lo que hace, ni adónde va, se embreña en un bosque vecino, lamentando la desgracia.

6 Alborotado el Reyno subterraneo con el nuevo huesped, sale furioso el espíritu del *error* para aprovechar la ocasion de ven-

garse de Miseno. Convoca á la plebe, y pueblo á ver el campo del desafio, y el cadaver del infeliz, y aun vieron muchos á Miseno inclinado sobre él, y que salia con la espada en la mano toda ensangrentada, y los vestidos salpicados. El *error* les hizo creer sin exámen, que él habia sido el agresor, y á cada qual le forja en su imaginacion el motivo á que sabe dar todo el color de la verdad. De boca en boca pasa la mentira acreditada con el testimonio universal del pueblo, y ninguno se atreve á dudar, solo porque los demas no dudan. Muera, muera el asesino, clama el pueblo: el concurso viene á ser tumulto, el tumulto motin: cercan, gritan, atruenan el bosque, y Miseno absorto, y suspenso con la espada en la mano, y junto á un arbol, está hablando consigo mismo todo ocupado, y con la perdicion de Neucasis, con la desgracia del Conde, y con los trabajos en que este á cada paso le ponia, privándole de la tranquilidad, y sosiego en que antes vivia; y confuso discurre sobre lo que debe hacer.

7 En esta postura recostada la cabeza sobre el brazo, y el brazo al tronco de una encina, absorto, y pensativo, le hallan, y prenden sin que él lo advierta, hasta que aprisionado lo arrebatan. Esta suspension

(de-

(decian ellos) es efecto del horror que tiene de sí mismo, por haber cometido un crimen tan abominable, que todo sirve de prueba á un juicio preocupado. Así maniatado, y preso Miseno no tiene lugar de decir una palabra: tanta era la gritería, y tantas las injurias del pueblo contra él; pero él mudamente se decia á sí mismo: Mas feliz es mi suerte, que la del Conde, y Neucasis. El Ser supremo no te condena, Uladislao, ¿qué importa que te acusen los hombres? Si en el pais de la verdad estás inocente, has de ser criminoso en el de la mentira. ¿Qué mal te puede suceder? ¿Privarte de la vida? Así, pues, te quitarán los dolores de una larga enfermedad, y los tormentos de la medicina, á que tus años naturalmente te conducen: te quitarán tambien los desórdenes de que es capaz tu libertad, que son los que te harian desgraciado, é infeliz verdaderamente. Nada puede suceder á un hombre mas glorioso, que morir inocente. Yo seré tal por toda una eternidad, qual me hallare en el último momento que tuviere de ser libre. La muerte es un clavo, que fixa para siempre el estado en que cada uno fallece. Si tuviese la dicha de acabár mi vida trabajosa, siendo inocente á los ojos de Dios, estoy cierto que seré perpetuamente feliz. ¿Pues qué cosa mejor me

puede acontecer? Esto dixo, y sonriéndose, miraba con agrado á los que le conducian á la carcel: cosa de que notablemente se admiraban; mas Miseno sin confesar el delito, no lo negaba claramente, haciendo tiempo para que el Conde se pudiese retirar, pues no queria comprar á precio de la muerte agena la propia reputacion, ni la vida.

8 Sabe Efigenia el caso, y corre ligera al lugar del conflicto. Ve á Neucasis muerto, oye que Miseno va preso, y que el Conde, único autor de todos los males, huia; y rompe con ímpetu por entre el mucho gentío al modo que la luz del sol por el estorbo de las nubes. No lleva Efigenia el adorno digno de su nobleza, ni la pompa correspondiente á su estado; mas un no sé qué de grande brillaba de tal modo en su semblante, que todos la respetaban. Deteneos (les dice): no culpeis al inocente, que no fué él el matador. ¿Y cómo que no, clama todo el pueblo á una voz, si todos le vieron cometer el horrible homicidio? Tal vez lo hizo por orden vuestra. Ese vuestro proceder (Señora, quien quiera que seais) en vez de justificarlo, os condena: retiraos, pues, si no queris ser comprehendida en el castigo del crimen, del qual parece que habeis sido autora. *Oigame el Dios de la Verdad* (dice

en-

entonces Efigenia levantandó los ojos al Cielo), *y él solo me sea testigo*. Da la vuelta, y se retira derramando el corazon por los ojos: el corazon, que ardiendo se derretia á fuerza de afliccion, y le quemaba con las lágrimas inflamadas el encendido rostro.

9 Este encuentro de Efigenia no dexó de hacer impresion en el pueblo; pero estaba tan firme en el juicio de todos la preocupacion del delito, que juraban haber visto lo que jamas sucedió. Entretanto Efigenia cerrada en su habitacion, y postrada delante de Dios Eterno, le dice:

10 El lodo, y la tierra vil no tienen valor alguno delante del Ser supremo, é infinito: yo lo confieso, Señor; ¿mas á quién ha de acudir un corazon afligido, sino á quien le formó? ¿Quién ha de proteger la inocencia, sino quien la conoce? ¿Quién la ha de valer, sino quien la estima, y ama? Entre la vasta, é infinita multitud de entendimientos solo el vuestro, Dios mio, conoce la verdad: solo vos la amais puramente, y así estoy cierta, que habeis de salir en su defensa. No necesitais que yo os apunte los medios, porque vuestro poder no tiene límites, y vuestra ciencia tampoco tiene términos. Así lo espero, sin que vea el cómo, porque creo que habeis de acudir á la inocen-

tencia, y así descanso mas en vos, que descansaría en mí, aun quando estuviese en mi mano el defender á Miseno; porque vos sois mas justo que yo, y mucho mas que yo conocéis la verdad, y la amais. Esto dixo bañada en lágrimas de fuego, y levantándose alegre, llena de ánimo, y valor, luchaba con los pensamientos funestos, que continuamente la agitaban.

11 De tres compañeros (decia) que ayer me servian, uno ha muerto, otro ha huido, el tercero va á ser ajusticiado, y yo desconocida, delicada, y sin amparo me hallo en paises incógnitos, y bárbaros. Mi Religion es diversa, los años tiernos, y la hermosura expuesta. ¡Ah, y qué fin tan desgraciado me espera! Pero no. Vos, Soberano Señor, que me criasteis, sois mi Padre: vos me veis, y esto basta. Oia el Cielo con agrado estos gemidos, y de antemano le habia preparado despacho favorable.

12 A este tiempo el Conde confuso, y avergonzado de sí mismo, tomando la posta, habia retrocedido, y se retiraba con deseo de volverse á Europa, quando he aquí que pasado un dia de jornada encuentra al Obispo de S. Juan de Acre, segundo Embaxador, que en compañía de Aymar, Señor de Cesaréa, habia llegado á Francia á proporcio-

narla esposo á la Reyna de Jerusalen. Por la Cruz que llevaba el Conde en su uniforme conoce el Obispo, que era Caballero de la Cruzada: quiso informarse de quién era, y por qué causa se retiraba de Palestina tan triste, y pensativo como lo manifestaba el semblante. La relacion que hizo el Conde del suceso arrancó lágrimas al Obispo, las que pararon inmediatamente que oyó pronunciar el nombre de Efigenia. Reflexîona el Embaxador, pregunta, exâmina, entra en una menuda informacion de este nombre, y el Conde se lo descubre todo, declarándole el maravilloso suceso de Iconio. Múdase de repente el semblante del buen viejo, porque los afectos del corazon se mudaron: á la compasion succede el gozo, á la pena, y afliccion el júbilo, y á las lágrimas de dolor las del consuelo, y alegría.

13 Era Efigenia sobrina del Obispo, á quien sus padres habian llorado muchos años por muerta, y él (que no creyéndola difunta) la lloraba perdida en los brazos del Sultan; ahora sabiendo su feliz mudanza no podia contener el júbilo: hablaban mas en el Obispo sus ojos enternecidos, que su lengua, y así vuela pronto, y ligero en busca de su sobrina; mas el Conde queda indeciso, y dudando lucha consigo mismo, sin saber lo

que se haga. No sosiega de noche, ni puede aquietarse de dia: llama al sueño, y no quiere venir: no puede cerrar los ojos, ni puede apartar de su imaginacion la horrible figura de Neucasis moribundo.

14 Esta funesta imagen es un continuo verdugo, que sin cesar le atormenta. Aquel horrible rostro espumeando negra, y vengativa sangre: aquellos movimientos convulsivos, y descompuestos: aquella palidez, aquellos gestos horribles, aquel revolver los ojos espantados, aquel querer la lengua articular palabras, y acabar en gemidos: en fin, la imagen viva de la horrenda muerte es el objeto que siempre tiene á la vista, y quanto mas huye de él, tanto mas le persigue aquella funesta sombra. Corre vagante por los campos, sube á los montes como loco, y como loco baxa furioso á los valles: en un momento se vuelve al Cielo, á la tierra, á los bosques, á sí mismo, y con la espada desnuda acomete furioso á los ayres, queriendo herir á los vientos, y á sí propio se da golpes desesperado.

15 ¿Qué es lo que hice? (se pregunta á sí mismo sentado en la cumbre de un monte, afligido, y pensativo) ¿qué es lo que hice? Quise disputar con la espada el corazon de Efigenia. ¡Ah, qué loca disputa fué la mia!

pues

pues qualquiera que fuese el suceso siempre habia de perderla. Muerto quedaba privado de su agrado, matador habia de ser (como soy) el objeto de su odio. ¡Qué loco empeño pretender agradar por los medios infalibles para ser con razon aborrecido! Quando Efigenia no fuese de un corazon noble, y bien formado, aun así era imposible que despues de esto me amase, viendo que yo arruinaba su reputacion, y su crédito. ¿Quién no hablará hoy de Efigenia, siendo ella la ocasion (aunque inocente) de mi barbaridad? Su nombre será profanado, y yo he tenido la culpa. Gran mérito fué este mi desatino para conseguir su estimacion. ¡Ah, y qué indisculpable fué mi frenesí! ¿Acaso por ser mas diestro en los movimientos, ó mas fuerte en el brazo, ó mas venturoso en los golpes era yo mas amable? ¿No poseia Miseno todo su corazon por el medio de la virtud? ¿No se habia resfriado para conmigo el amor de Efigenia, conociendo los horrores de mi alma depravada? Pues si queria agradar á quien ya tenia el alma pura, preciso me era ser puro, y virtuoso como ella. ¿Acaso mi espada separaba de mí los crímenes que me hacian feo á sus ojos? Ahora añadí esto de nuevo, que me hará exêcrable por todos los siglos. Si Efigenia fuese un tigre cebado en san-

sangre humana, muy buen medio era este de agradarle; pero siendo un alma esclarecida, ¿qué locura fué proceder yo de este modo? ¡Ah infeliz ceguedad la de mis pasiones! ¡O, si yo hubiera oido á Miseno! Y diciendo esto, el furor le hacia correr como loco por los montes, y valles sin saber adonde iba.

16 A este tiempo se hallaba ya el Obispo en el lugar del desastre, donde el pueblo amotinado se preparaba para apedrear á Miseno. Sin formalidad de tribunal, el pueblo era el juez, el testigo, y el executor de la sentencia. Miseno no era oido, porque no era preguntado. *Muera el asesino*, esta era la voz de todos, este el deseo, este el pregon comun, con que unos á otros se incitaban. En vano habia intentado Efigenia justificar á Miseno; porque siendo su persona desconocida, no era de peso su autoridad. Llega, pues, el Obispo, y entonces el respeto de Embaxador de la Reyna de Jerusalen, el esplendor, el séquito, y acompañamiento digno de su carácter, suspenden por un momento la plebe. Pregunta por el caso, oye, condena con ellos al asesino; pero afirma, protesta, asegura, y jura que está cierto de la inocencia de Miseno, declarando que él sabia quien era el delinqüente, y que lo

sa-

sabia por su propia boca. No querian darle crédito, que tan ciego es el juicio del comun, quando domina la preocupacion; y á mas de eso, que Miseno (ya conducido al patíbulo) con su silencio parecia confesar el delito: llámanle no obstante á la plaza pública, donde el Obispo se hallaba: conjúranle para que por el sepulcro del Profeta, diga la verdad. Miseno calla: requiérele el Obispo por la cruz que traia al pecho, y entonces habla de esta manera:

17 Mucho me agrada, amigos, el horror que manifiestais al homicidio: esta saña, y rabia, que contra mí teneis, imaginando que fuí el delinqüente, en vez de ofenderme me complace; porque no hay cosa mas horrible que destruir un hombre á su semejante, y creed que si yo fuese el culpado, no me podria sufrir á mí mismo: mas sabed que estoy del todo inocente: séanme testigos los Cielos, y la cruz, por la qual me conjurais: yo acudí al duelo para evitarlo, mas llegué tarde: quise dar socorro, y alivio á un amigo moribundo; y aunque pude recibir en mis brazos su corazon palpitante, fué inutilmente, porque ya habia espirado: quise entonces darle por lo menos sepultura, y para eso con mucho trabajo le pude quitar la espada de la mano, y en esta circuns-

cunstancia me prendieron. Esta es la pura verdad. No obstante podeis disponer de mi persona como quisiereis: igual aprecio hago de la vida, que de la muerte; porque en una, y otra solo busco la inocencia.

18 A este mismo tiempo una blanca paloma aparece en los ayres volando, y dando muchos giros sobre el congreso: todos la siguen con los ojos, y ven que baxando rápidamente, dexa caer sobre la cabeza de Miseno una hermosa azucena, y se retira ligera otra vez á las nubes. Claman los Turcos á una voz, que está inocente Miseno. Síguese á esta aclamacion pedirle que declare al homicida, ya que habia asistido á el duelo; mas el Obispo los contuvo, diciendo sin rebozo que el matador era el Conde, y que estaba ya fuera del distrito, en que pudiera ser buscado. Pidió entonces que se le entregase Miseno libre, lo que así se executó, y quiso el Obispo que él le conduxese adonde estaba Efigenia, la qual oculta, y encerrada, ya esperaba, ya temia, levantando su corazon hasta el Cielo con los impulsos de su fé, y decayendo de quando en quando, por la flaqueza de su sexô, en el último desaliento.

19 En esto entra Miseno acompañado del Obispo: Efigenia le mira, mas lo duda, porque no da crédito á sus ojos: parécele que es Mi-

Miseno; mas se persuade es una figura, ó imagen con que su fantasía la engaña. Parécele tambien que ve á su tio; pero sospecha que esta representacion aun es mas engañosa, y queda suspensa. Con todo la naturaleza obra segun el orden de sus movimientos, y la alegría, el pasmo, el rubor, todo la asalta á un tiempo. No estaba el alma preparada para estos movimientos inesperados; y como si pasase de un calor excesivo á un repentino yelo, quedó pasmada, é inmovil. El tio la habla con expresiones de amor, y Miseno la llama por su nombre: Efigenia pasmada quiere hablar, y comienza á proferir unas palabras sueltas, que quedándose medio fuera, y medio dentro de los labios, vienen á confundirse, y á perderse en el ayre. Cae desfallecida, quedando por mucho tiempo pálida, y fria, como si estuviese muerta; mas al punto que su alma empieza como á volver á la vida, imagina que un vano, aunque agradable sueño la ha causado aquella ilusion, para ocultarle el dolor, y vuelven á su antigua fuerza los movimientos de aquel corazon poseido de pena. Entonces deshecha en un llanto continuo, lo interrumpe con sollozos, y con estas palabras, que los labios mal podian articular: *¡El inocente castigado, y yo perdida!* y vuelve á caer en el letargo.

Co-

20 Comunícase la afliccion al Embaxador, y á Miseno: con todo, este con ánimo mas experimentado sosiega al Obispo, y poco á poco Efigenia vuelve en sí; y viendo lo que veía, no se atreve á hablar, temiendo ser ilusion imaginaria de su celebro turbado. Entonces Miseno le dice blandamente: No rezeleis engaño, Señora, que es verdad lo que estais viendo. Dios lo hizo, y nada es arduo á su poder, pues cosas mucho mayores tiene hechas por mí, y por vos.

21 A manera del crepúsculo de la mañana, quando el dia alegre va saliendo insensiblemente del regazo de la noche, y poco á poco se van disipando las tinieblas, así con el tiempo se restableció Efigenia: en este intervalo Miseno habia instruido al Obispo de su conversion maravillosa: y aquí fué quando Efigenia volvió enteramente del desmayo, sin tener que pasar por la vergüenza de oir hablar de sus precedentes flaquezas.

22 Siguióse á esto referir el Embaxador lo que el Conde habia empezado á contar acerca del asunto de su Embaxada; y con este motivo supo Miseno, que el Rey de Ungría á instancias del Obispo, y agitado de los remordimientos de su conciencia, se habia puesto en marcha para Constantinopla, á fin de pasar desde allí á la Tierra Santa. Lo que oi-

oido por Miseno juzgó, que el Conde se retiraria á Europa, pues solo habia venido á militar interinamente, en nombre de su cuñado, mientras este no lo hacia en persona; y juzgaron todos tres seria acertado, que Efigenia se retirase á su casa en compañía del Embaxador su tio, y que Miseno volviese al sosiego de la Europa, ya que el fin de acompañar al Conde era inútil. Tomada, pues, esta resolucion, instruyó Miseno á Efigenia con los consejos mas oportunos, y en el mismo carruage que habia llevado el Embaxador, fué conducido Miseno en pocos dias á un lugar, donde se veian las ruinas de la célebre Troya, quemada por los Griegos, el qual dista algunas leguas antes de llegar al estrecho de Constantinopla; y en este sitio encontró al pérfido Conde, el qual tambien queria pasar á Europa.

23 Escondiásele este; pero Miseno le busca con la misma amistad que antes, y como si nada hubiese acaecido le dice: No penseis, hijo mio, que Miseno ya no es Miseno: los principios que me mueven á obrar, son siempre los mismos, espero que me veais siempre constante en mi procedimiento respecto á vuestra persona. No quiero decir, que igualmente amaré el bien, y el mal, que eso seria injuria de mi corazon. El Conde de Mo-

ra-

ravia, obrando bien, no es el mismo Conde de Moravia obrando mal; ahora siendo vos diferente de vos mismo, forzoso es, que si un corazon bien formado os ama de un modo en el un estado, en el otro no os ame de ese mismo modo; pero puede siempre amaros. Respiró el Conde con este preludio; y abrazando tiernamente á Miseno, procuraba lavar con lágrimas sus pasados crímines. Entonces le dice Miseno: No os ocupeis en asegurarme vuestro arrepentimiento, porque estoy bien persuadido de él. El mal es tan feo por sí mismo, que basta verlo despues de pasar la ceguedad de la pasion que nos ofusca, para mirarlo con horror; pero yo quisiera por última despedida (y porque supongo que os retirais á vuestra familia, y yo á otro destino) quisiera, digo, por despedida instruiros bien en el punto que os ha de ser mas útil. Veo lo que padeceis por ser amado, y que este es el punto mas vivo de vuestra pasion, y el que os precipita en mil excesos: ahora quiero comunicaros las máxîmas, que adquirí con la reflexîon, y la experiencia, en las quales se encierra un arte bien útil, y que os será muy agradable.

24 ¿De qué arte me hablais, le dice el Conde? Del arte (dice Miseno) *de hacerse cada uno amar de Dios, y de los hombres:*

re-

reparad que digo: *Para hacerse amar*, porque practicando sus dictámenes por fuerza os han de amar. Dios ha de ser el primero, (permitáseme hablar así) que no se podrá negar á la fuerza que le obliga á amaros, y esa misma suave violencia experimentarán las criaturas.

25 Quedó el Conde suspenso sin atreverse á poner duda en lo que Miseno pronunciaba, acostumbrado ya á salir convencido de todas sus réplicas; pero sus ojos, y su fisonomía decian lo que no se atrevia á proferir su lengua; y Miseno entonces le dice:

26 Tres especies hay de amor en un corazon bien hecho, amor de *compasion*, amor de *benevolencia*, amor de *amistad*. Con el primero amamos á qualquier miserable, sintiendo en parte sus mismos males. Con este amor debemos amar á los malos; y quanto peores ellos fueren, tanto mas viva debe ser la compasion de su miseria. Los miembros de un cuerpo se resienten todos del mal que qualquiera de ellos padece: siendo, pues, todos los hombres miembros de un solo cuerpo por ley indispensable de la naturaleza, debe cada qual sentir el mal que otro hombre padece; y esto aun quando el doliente por tener su alma gangrenada no la sienta, como sucede mil veces. Con este amor nos

ama Dios, aun en nuestros mayores desórdenes.

27 El segundo amor es de *benevolencia*, con el qual hacemos algun bien á otro en señal de que le amamos: este amor se extiende tambien á los indignos, quando un corazon es generoso. Sobre buenos, y malos formó la mano suprema esa bóveda celeste, que á todos nos cubre. Dios lleva succesivamente de unos paises á otros por todo el mundo ese brillante Planeta, para que á todos caliente, y alumbre; y no hace menos fertil la tierra, que huellan los pies ingratos, que la que pisan sus amigos verdaderos; y derramando su lluvia sobre la haz de la tierra, á todos beneficia con sus favores: luego á todos nos ama.

28 La tercera especie de amor, que es el de *amistad*, no es sino para quien la merece; y este amor, el mas precioso, y estimable entre todos, es el que podeis conseguir, sin que ninguno os lo dispute, ni os lo pueda negar. No confundais, os ruego, con este amor noble la pasion brutal, furiosa, y ciega, de la que un toro, un caballo, ó qualquier bruto vil se dexa llevar. No lo confundais, porque es mucho mas noble este amor de que os hablo, tiene las raices en el entendimiento, el alma en el corazon,

los

los ojos en las perfecciones, y el atractivo en la sólida virtud. Sed, hijo mio, bueno con una voluntad sincera, y vereis que todo el mundo corre á abrazaros: hasta los que por motivos particulares murmuraren de vos en el gabinete secreto de sus corazones, serán vuestros panegiristas. Vos habeis corrido el mundo, y yo aun le conozco mas que vos; ¿y qué hombre habeis encontrado jamas que no ame una virtud ingenua, natural, y sincera? Es tan imposible, que el corazon de qualquier hombre, conociendo la virtud, no la ame, como que nuestro entendimiento, conociendo la verdad, no la crea. Si el Danubio corriera ácia arriba, si las flores huyeran del sol, los peces del mar, y la aguja del Norte, aun entonces no creeria, que pudiera huir de una virtud sincera el corazon de los mortales: haced violencia al vuestro, y experimentareis que es imposible que él no la ame: pintadla solo en vuestra idea, y vereis que no podeis dexarla de amar: ¿qué fuerza, pues, no tendrá para atraer el corazon del hombre la virtud, que en realidad es sincera, sólida, y constante?

29 No puedo negarlo (dice el Conde) ¿pero qué he de hacercon el corazon que tengo? Hijo mio (responde Miseno) conmigo es con quien hablais. Acordaos de lo que

os tengo dicho de mí : no son vuestras pasiones mas furiosas que fueron las mias ; pero pude domarlas, y he salido bien de la empresa que me propuse, haciéndome amigo hasta de mis propios enemigos. Mas noble es esta empresa, que conquistar todo el mundo ; porque eso es hacer tantos enemigos, como son los Pueblos conquistados, y oprimidos ; y hacer lo que yo os persuado es atraer á todo el mundo, y ganarlo por amigo.

30 Si Efigenia se os mostraba mas indiferente, vos sabeis el motivo : su corazon habiendo tomado el gusto á la virtud, no podia agradarse del vicio. Así quando viereis que alguno no gusta de vos, guardaos de darle muchas quejas importunas, porque eso en vez de atraer, enfada : no hay medio mas seguro para no alcanzar un favor voluntario, como interponer para eso una demanda, ó dar á entender que se os debe de justicia. Nosotros (hijo mio) somos por extremo zelosos de los fueros de la libertad, que nuestro corazon goza : quien se queja de nuestra frialdad, parece quiere citarnos al tribunal de la justicia, para que le demos el corazon, y lo mismo es oir esta demanda, que indignarnos ; y en vez de exâminar el derecho que nos alegan para que les amemos, trabajamos por descubrir hasta las mas

pe-

pequeñas razones para defendernos, mostrando que no merecen nuestro amor. Esto supuesto, como nuestro corazon es quien finalmente ha de ser juez de tal causa, ved si dará contra sí mismo la sentencia.

31 Quando yo reynaba en Polonia, cierto hombre de juicio se postró delante de mi trono, y habiendo hecho la reverencia acostumbrada, dixo así: Yo vengo, Señor, á pediros una gracia, y no tengo que alegar razon alguna que os obligue á concederla: vos habeis cumplido todo lo que la justicia, y la razon dictaban en orden á mí, y ninguna ley, ni derecho apoya mi súplica; mas si vos me la quereis conceder, ninguno puede oponerse á ello. Será un rasgo de vuestra generosidad, tanto mas pura, quanto es mas libre de todo lo que puede darle apariencia de obligacion. Este preludio me agradó notablemente: díxele que declarase qual era la gracia que pedia: hízolo, y se la concedí; lo que ciertamente no haria, si me hubiese alegado derecho que no fuese muy sólido. El corazon de cada qual (hijo mio) es Monarca soberano: no habeis de requerir, ni pedir quejándoos, sino manifestar que nada os deben, y así tendreis mas de lo que pedís. Si filosofareis sobre el mecanismo del corazon del hombre, conocereis

que no hay resorte que mas fuertemente le impida el amor, que el verse injuriado. Ahora quien se queja de vos, quien os llama ingrato, é injusto, por cierto que no os hace grandes elogios.

32 Si quereis, pues, hijo mio, que os amen generalmente, no andeis mendigando el amor, que no hay cosa que tanto enfade: haceos amable, y dexad que cada uno haga lo que quiera. Vos aun no sabeis la mágica del corazon del hombre; sin tocarlo de modo alguno podeis hacer de él quanto quisiéreis. En una cítara, ó qualquier otro instrumento músico, que tuviere muchas, y diferentes cuerdas, tocad una que esté templada en unisono, ó en octava con otra, y vereis que esta se mueve, y suena como si la tocaseis [1], quedando inmobles las otras cuerdas de en medio, si están disonantes. Poneos, pues, en un mismo tono con el corazon de cada qual, conformad vuestro corazon con el suyo, y sin tocarlo el hareis saltar. La semejanza (hijo mio) es el mayor encanto del amor: pensad como Dios, obrad como él; y precisamente os ha de amar.

33 Pero el tono de los corazones (dice el Conde) es muy diferente, y opuesto: si agra-

1 Esta experiencia es verdadera, y admirable.

agrada á uno, por fuerza ha de desagradar á todos los demas: ¿cómo podré, pues, agradar generalmente á los hombres, y cómo podré agradar á los hombres, y á Dios?

34 Aquí está el secreto de esta noble mágica (responde Miseno). Aunque hay mucha variedad en los corazones de los hombres, y mucho mas si los comparamos con el del Ser supremo, con todo hay un punto, en que todos son semejantes, y este es el que conviene tocar, para hacerlos saltar á todos. No hay corazon ni en el Cielo, ni en la tierra, que no ame la virtud, la virtud sólida, pura, sincera, sin ornato, sin afectacion, sin fingimiento. Quando Dios formó nuestros corazones, les dió á todos una propension innata al bien, la misma que tenia su corazon divino. Todo lo que le disgusta es vicio, ó apariencia de él, y solo la virtud le agrada, quando es sincera. En viéndola se va el corazon tras ella; y quando comenzamos á exâminar si el objeto es amable, ó no, ya el corazon sin esperar la decision del entendimiento, está atraido mucho antes por la simpatía de la virtud.

35 El Conde oia toda esta doctrina atento, y suspenso: los ojos estaban fixos, el entendimiento absorto, y el corazon tocado; y dando un suspiro, que salia de lo último

del alma, dixo: lástima grande es que no se enseñe públicamente esta Filosofía, porque muchos, como yo, en vez de tomar el camino de las pasiones para alcanzar la felicidad de ser amados, tomaríamos el de la virtud para conseguirlo realmente.

36 No es para la multitud (dixo Miseno) esta doctrina, porque fué en un desierto donde yo la aprendí de la célebre Ubaldina. Despues (me decia ella) despues que conocí el corazon humano, y la extravagante variedad de sus ideas, y caprichos, mudé el norte á mis intentos, ocupándome solo en conquistar el corazon del autor del Universo; y para animarme á no desistir de esta noble empresa, me dixo mil veces: *Si tuviere la felicidad de agradar á Dios ¿qué me importa lo que me dixeren quatro viles insectos, que salen de un agujero de la tierra para entrarse en otro?* Esta sola palabra me bastó; y reflexîonando muchas veces en ella, vine á adquirir esta Filosofía, que os enseño. Sereis feliz si tomareis esta leccion, la qual sin disputas, ni duelos, os hará Señor de quantos corazones encontrareis, porque ningun corazon humano podrá resistir al atractivo á que ni todo el poder de un Dios resiste.

37 El Conde estaba pasmado de sí, y cada vez mas confuso, cotejando la nobleza

de

de estas ideas de Miseno con la indignidad de sus procederes. En esto acaban de llegar al estrecho, donde ambos debian embarcarse para pasar juntos á Constantinopla. Miseno no lo juzgó conveniente; porque habiendo de descubrirse el Conde por causa del Rey de Ungría su cuñado, con quien debia encontrarse, yendo Miseno en su compañía no podia quedar oculto.

38 Instaba el Conde, alegando sus razones, y Miseno constante le dice: Hijo mio, todo el tiempo que viví con vos, siempre para ganaros el corazon, cedí de mi parte, menos quando hacerlo era dañoso á vuestra conducta, y contrario á mi obligacion: este es otro medio de que debeis usar, si quereis ganar el corazon de los otros, no contradecirlos, á no ser muy necesario. Mil veces callé sintiendo lo contrario de lo que vos deciais, porque no siempre se ha de disputar en obsequio de la verdad, que á las veces nos pide sus obsequios la paz, otras la urbanidad, y la política. Jamás debemos mentir; mas no es mentir el callar, y permitir que pase el engaño quando no se sigue perjuicio; pero condescender en esta ocasion con vos, seria causarme grave mal con muy poco provecho vuestro. Quiero ver algunas antigüedades de estos lugares tan fa-

famosos en la Historia: pasad vos á haceros encontradizo con vuestro cuñado, que no puede estar ya muy lejos: acordaos de mí para tomar mis consejos, y para reprehenderos de vuestros yerros. Aquí se desató el Conde en mil protestas, que Miseno ni creia, ni impugnaba; y abrazándose tiernamente, se despidieron, quedándose Miseno en el Asia, indeciso del rumbo que seguiria en su peregrinacion, porque en todo hallaba inconvenientes.

LIBRO XXIV.

1 MArchaban lentamente las tropas del Rey de Ungría, y el Conde volaba ligero á encontrarse con él; y á manera de un novillo bravo, é indómito, que se escapa del toril, y contento corre por montes, y valles, dándose parabienes de su no esperada libertad, así caminaba el Conde. Adrianópoli fué el lugar en que los dos cuñados se encontraron; y haciéndole el Conde una larga, y equívoca narracion de los trabajos que habia padecido, ocultando siempre el motivo de ellos, realzaba con grande artificio el mérito propio. El Rey le agradeció urbanamente todo quanto habia obrado por su respeto, y para que descansase de tantas fatigas, le pidió se retirara á su Corte, donde la Reyna ansiosa, y penetrada de dolor le esperaba con impaciencia. Fingió el Conde, que absolutamente queria volver á la Asia á servir en la expedicion de la Tierra Santa baxo sus banderas; mas el Rey le obligó á aceptar la primera oferta, creyendo que la grande amistad que habia entre los dos hermanos seria bastante para premiar al Conde, y consolar á la Reyna.

2 Apenas él partió para Buda, quando le siguieron en forma invisible las furias de

los abismos, procurando cada una hacer presa en el Conde, que hasta allí habia estado tan defendido con la compañía de Miseno. Aun conservaba la memoria de sus máxîmas, y de la palabra que le habia dado de obedecerlas, y resistia á los pensamientos con que las furias le asaltaban; mas al modo que la ligera liebre en campo raso se ve al mismo tiempo acometida por todas partes, por un lado de los podencos, por otro de los galgos, y por los ayres de las flechas, hallándose aturdida con los ladridos de los perros, con las voces de los cazadores, con el zumbido de las saetas, y mira cómo puede ir escapando, hasta que herida mortalmente se rinde del todo; así sucedió al Conde, que al fin cedió á las flechas del amor, porque esta pasion infernal en forma de agraciado niño le supo herir el pecho con una herida incurable.

3 Incierto sobre la eleccion de uno de dos caminos, se detuvo el Conde á preguntar, quando un hermoso niño sonriéndose le ofrecia un pequeño retrato, que levantó del suelo sin conocer el dueño, ni su valor. Recíbelo el Conde en las manos, reconoce ser de la bella Isabel, muger de Brancmano, Palatino de Ungría, á quien Andres habia dexado en la Regencia del Reyno mien-

tras

tras su ausencia, y á la manera que una ligera chispa tocando en la pólvora fria repentinamente levanta una llama furiosa; así aconteció al Conde. Este bello retrato se le presentaba á la imaginacion mil veces al dia, y muchas mas por la noche. El olvido, que en el tiempo de sus viages le tenia amortecido, sirve ahora para darle el realce de la novedad. Detiénese á cada paso en el camino, atento al ídolo que su imaginacion le ofrece, y queda inmovil: efecto que jamas habia experimentado de belleza alguna, de suerte que de sí mismo se admiraba. Así prosiguió el camino inquieto, y cuidadoso con el ardiente deseo de verla quanto antes. El deseo, y el ansia degenera en furor; mas poco despues repentinamente enagenado serena el paso. La imaginacion le representa, que ve á Isabel, que la saluda, que la habla, y que ella le corresponde con una agradable sonrisa, con la qual enloquece, y se transporta. De este modo el amor le entretiene con la escena mas agradable, y absorto no sabe gobernar al caballo que le lleva; pero el *amor* le conduce, y le encamina.

4 Los criados que le siguen van admirados, viendo que su amo unas veces pára de repente en medio del camino aun de dia, otras corre á rienda suelta por entre preci-

pi-

picios aun de noche, y no pueden descubrir el orígen de semejante locura. De quando en quando oye risadas mugeriles, dar palmadas con mucho regocijo, y gritar vivas como de gran victoria: mira á todas partes, y se ve solo en un descampado: así celebraban las furias infernales su triunfo. Siente que de cerca, y de lejos se arrancan los árboles mas robustos con uracan violento, que sus fuertes troncos rechinan, que la polvareda, la tierra, y los fragmentos de los árboles todo se revuelve en los ayres, todo es arrebatado con furia, y nada resiste: solo el espacio por donde el Conde camina está sereno, é intacto. Las nubes negras, y espesas se revuelven, como que danzan en los ayres, arrojando mutuamente lanzas de fuego, como en las justas, y torneos, y en lugar de festivas bombardas suenan truenos formidables; mas el Conde absorto en su contemplacion amorosa no altera el paso, ni aun vuelve la cabeza á uno, ni otro lado. Isabel va siempre delante de sus ojos: Isabel le ocupa el pensamiento, y el alma: Isabel le dirige el corazon, y los pasos.

5 Entretanto el Angel Protector de Polonia prepara á las pasiones triunfantes mas cruel batalla, y dispone á Miseno una victoria mas completa, y mas gloriosa. Por orden

den suprema va á escribir en el libro del celestial destino, que Uladislao comunique á Lesko, y á toda la Polonia las luces que del Cielo habia recibido, y por una presa que se ha abandonado á las pasiones violentas, sean puestas en salvo otras mil mucho mas preciosas; bien como el prudente pastor, que dexa junto al lazo la res macilenta, y moribunda, pàra atraer, y entretener la voracidad del lobo, salvando entretanto de sus dientes hambrientos el numeroso rebaño.

6 Con este designio dexa el Angel las esferas celestiales, y batiendo las alas de nieve con un movimiento sereno, y ligero, viene atravesando por esos inmensos espacios del Cielo estrellado. Entra por donde los planetas, y cometas hacen cortejo al sol, que les preside con perpetuos, é invariables giros; y valiéndose de un astro acostumbrado á ser temido como anuncio de grandes sucesos, le envia sobre el emisferio terrestre para ser ministro de sus intentos.

7 Aparece el cometa perpendicular sobre Bitinia, y Nicéa, y su magestuosa cola se extiende hasta Polonia, y pasando sobre Cónstantinopla, y Buda, se dirige á Cracovia: asústanse los Pueblos; pero mucho mas se asustan los Soberanos por ser este el ordinario objeto, y pronóstico de sus desgracias.

Ca-

Cada uno vela sobre sí, y piensa en asegurar su corona, como si las fuerzas humanas pudiesen resistir la incontrastable decision de los Cielos. El Emperador de Nicéa es el que mas se asusta, porque imagina ver sobre su cabeza su inminente perdicion, y las furias de los abismos perseveran, y se esfuerzan en perder al héroe, queriendo valerse del terror pánico, que advierten en Teodoro Lascaris para acabar de una vez con su general enemigo. Ve el Ministro celestial claramente sus designios, y burlándose de todos sus esfuerzos contra los decretos de la Providencia, les dexa la rienda casi suelta, para que trabajen sin saber la execucion de los divinos intentos, seguro de poder refrenarlas á tiempo con el mas ligero movimiento de su poderoso brazo: alégranse los abismos con la no esperada libertad, y salen todas las furias de tropel, embarazándose unas con otras en la salida de las cavernas subterraneas, á la manera que quando á las furiosas abejas les despedazan la colmena. Cada qual toma el rumbo que su furor le sugiere, y sin orden, ni armonía, sin consulta, ni consejo van á dar un asalto al corazon de Miseno, que tranquilo, y sosegado andaba por la Bitinia buscando un retiro para acabar en paz sus dias, viviendo

(co-

(como quando estaba junto á Akerman) de su trabajo en el campo.

8 La *codicia* se apodera de los salteadores, que iban vagueando por toda aquella region, y procura que Miseno venga á caer en sus manos, para que sea víctima de su crueldad, ya que no podia serlo de la hambre de riquezas, que no hallarian en él. El *temor* se vale de la buena disposicion que halla en el corazon de Teodoro, y por medio de un valido le hace saber, que pocos dias antes habian encontrado al Príncipe de Polonia disfrazado, pensativo, y vagueando de una á otra parte, como quien observaba el pais, ya retirándose á la sombra de los bosques, como quien oculta sus designios, ya paseándose por campiñas, y oteros, como quien quiere descubrir mucho mas de lo que podian ir sus pasos.

9 Entonces esta pasion le sugiere mil discursos funestos, que le asustan, é inquietan, porque cada noche va á observar el cometa, y en su cola ve todas las formas, y figuras que le representa el susto. Húyesele de los ojos el sueño, del corazon la paz, del semblante la natural alegría. Perturbado no se entiende á sí mismo: ahora condena á Miseno, y luego le halla inculpable: unas veces cree sin duda, que es su mortal enemi-

 go,

go, otras se persuade, que es un Príncipe inocente, y amigo de la paz. Lucha consigo, y consigo mismo se embaraza, y enreda, de suerte, que su corazon es un laberinto perpetuo, indeciso, é indeterminado: como si estuviese sobre parrillas arde, y se revuelve, multiplicando á cada momento su angustia, hasta que toma la violenta resolucion de hacer que Miseno salga luego de sus Estados: manda á sus tropas que le busquen; y sin atencion á discurso alguno verdadero, ó falso, le conduzcan bien custodiado á Constantinopla.

10 La furia, que inspira á los mortales la *tristeza*, ignoraba lo que las demas habian dispuesto, y para atacar al héroe en sí mismo, mandó otras subalternas para preparar el asalto. Unas obscurecen el dia, y hacen que venga con pasos acelerados la noche; otras en figuras engañosas le representan grandes árboles en medio del camino real, para que se extravie de él. Las tinieblas se condensan, la noche se cierra: de una parte oye los rugidos de los leones, como si estuviese en el Africa: de otra los silvos de las serpientes: aquí los bramidos formidables de los osos, de allí los ahullidos de los lobos, que hacian en los valles los mas tristes ecos que jamas escucharon sus oidos. Síguense

hor-

horribles espectros, que se le aparecen en los ayres. Ve el alma de Neucasis despedazándose furiosamente con los dientes, y amenazándole como á causa originaria de su infelicidad. Los cabellos se le erizan, el corazon le palpita, los miembros se le enfrian.

11 En esta disposicion se hallaba Miseno, quando le embiste la *tristeza*, trayéndole á la memoria todos los trabajos pasados; y figurándole otros mil posibles, como si ya estuviesen presentes, le perturba el entendimiento, y le ofusca la razon. Un vapor negro le obscurece las máximas en que se fundaba para no temer, y unos negros monstruos de feísimos pensamientos contra la Providencia comenzaban á salir de los abismos, quando el Angel que le protegia, reprimiendo la violencia de esta furia, le infunde un dulce, y suave pensamiento, con el qual vió el horror del precipicio: detiénese, y resiste valerosamente contra las pasiones que así le embestian, diciéndose á sí mismo.

12 ¿Qué tumulto interior es este que veo en mí? ¿Y qué es lo que temo? ¿Perder la vida? Indigno seria de ella, si temiese perderla. Si nunca conocí este temor, ¿para qué lo admito ahora? ¿Por ventura tengo algun derecho para vivir en este mundo? O quando le tuviese ¿seria acaso el de vivir para

siempre? ¿Y quándo se le hizo injuria á ningun mortal en pedirle el tributo de la mu ¿Ignoro acaso, que no depende ni de la ni de la muerte mi felicidad? Lo que únicamente deseo solo pende de obrar siempre bien, de forma que consiga la aprobacion de la Sabiduría suprema, y la amistad de quien es sumamente feliz. Esto dixo; y qual fatigado caminante, que se arroja con todo el cuerpo en el blando lecho que halla prevenido; así Miseno arrojándose en los brazos de la Divina Providencia, prosiguió en medio de los peligros, y de los horrores cantando suavemente los motetes que habia compuesto su Filosofía.

13 Pocos pasos habia dado, quando le encontraron los soldados del Emperador, que le solicitaban, informándose de él, y responde con candor, que él era el Príncipe Uladislao á quien buscaban. Duda el Xefe extrañando la franqueza: repite Miseno, que les habla ingenuamente la verdad; y quando le intimaron entre mil perdones la orden de su Soberano, les dixo con urbanidad: Nada es mas justo, que obedecer los vasallos á su legítimo Príncipe, y yo no os estimaría, si no executaseis las órdenes del Emperador: en vez de ofenderme me haceis un gran servicio, y podeis á la vuelta certificar á vuestro

tro Soberano, que le agradezco la guardia Real, con que me hace acompañar, que es escolta bien necesaria en tiempo que los salteadores infestan todos los caminos. De este modo fué Miseno conducido á Constantinopla, quando Andres, Rey de Ungría, estaba muy cerca, y todo se preparaba para recibirle.

14 Entretanto vivia Lesko fatigado con los importunos cuidados del gobierno de su pueblo, naturalmente orgulloso, inconstante, y descontento. Embarazábase con las riendas del gobierno, deseaba brazo mas fuerte, ó mano mas diestra para manejarlas: una viva ansia por Uladislao dispertaba esta pena; mas al mismo tiempo, sin saber por qué, sentia en el fondo de su corazon una esperanza de que aun habia de gozar de su compañía, ya que no fuese para poner en sus manos el peso de la corona, á lo menos para recibir de él algun auxîlio en el manejo del cetro.

15 Un dia en que mas afligido se paseaba en su quarto meditando cómo podria hacerse feliz á sí, y á su pueblo, se le representó en un espejo la figura de su padre Casimiro, adornado con manto Real precioso, y refulgente, coronado de laurel, y de flores, amado de sus vasallos, estimado de los vecinos, y envidiado de los extraños. Sucedió, pues, que una saeta perdida le hirió en

el corazon, y vió Lesko que Casimiro perdia, no solo la hermosura del rostro, y alegría del semblante, sino tambien la belleza, y preciosidad de la púrpura. Los finos, y cándidos arminios se convertian en pieles de osos, y animales viles, é inmundos: los colores vivos de los matices en feísimas manchas: la corona, y cetro de oro en pesadas, é ignominiosas cadenas de hierro, que le ataban, y arrastraban; y en este estado le vió entrar por una sala magnífica, donde despues de danzas, y regocijos, se daba una cena esplendida, igualmente preciosa por las exquisitas viandas, y ornato de las mesas, que por la hermosura de las damas que asistian. Entre todas sobresalia la bella, y casta Iria, á quien Casimiro distinguia en los cariños; mas advirtió, que estos favores no reverberaban en el rostro de la dama, como suele acontecer, ni la alegraban, y *desvanecian*; antes causaban en ella un efecto contrario, pues daba á conocer, que su importunidad le ofendia. Mas al levantarse Iria de la mesa, vió que ofrecia á Casimiro un ramillete de flores, afectando agradecimiento, y amor, y que él absorto con este no esperado obsequio, se recreaba oliéndole muchas veces, y poco despues desfallecido caia muerto. Entonces reparó que Iria quedaba

con

con un ayre de satisfaccion, como quien respiraba de alguna opresion importuna.

16. Afligióse Lesko con esta idea, que le acordaba la triste muerte con que su padre terminó una vida admirable, por dexarse arrastrar de la pasion del amor; pero no tuvo Lesko mucho tiempo para ocuparse en las tristes memorias de su padre, viéndose á sí propio entrar en la escena que le ofrecia el espejo. Veíase caminando con bastante trabajo, y fatiga por una senda derecha, pero que se terminaba en mil enredos, despeñaderos, y laberintos, y que estando ya próximo á precipitarse, una voz celestial le detenia. Era esta de un Monarca venerable, que coronado de luces, y resplandores conducía por la mano á Uladislao, diciéndole con tono amoroso, y de imperio: No dés un paso mas, mi amado nieto, sin tomar esta guia, si no quieres precipitarte: al Cielo se lo tienes pedido, y el Cielo te lo concede. Si fuereis fiel en seguirla, tú, y tu pueblo gozaréis de sólida felicidad. Esto dixo, y desapareció la vision del espejo, quedando Lesko igualmente confuso, que consolado: confuso por la ignorancia del modo con que habia de buscar á Miseno, consolado por la promesa que Boleslao su abuelo le hacia.

17 Continuaba en aparecerse el co-

meta, y su cola siempre dirigida á Polonia persuadia al Rey, que á él se encaminaba el funesto, ó agradable anuncio, segun la errada opinion de aquellos tiempos; mas la representacion misteriosa le quitó todo el susto, y viendo que el cometa se acercaba, lo observaba todas las noches con alborozo. Consultaba los Astrólogos, guardando en su pecho el secreto importante, y todos le decian, que pues el cometa se descubria sobre Constantinopla, sin duda aquella Capital seria el teatro de los estragos que anunciaba el astro funesto.

18 Un interior impulso persuadia á Lesko que fuese á Constantinopla, pues el corazon le decia que allí estaria Uladislao; mas la situacion de su Reyno no le permitia que intentase un tan largo viage, especialmente habiendo de pasar por la Ungría, cuyo Soberano ausente podia interpretar mal, que un vecino suyo viajase por sus Estados en situacion tan crítica. Con todo la idea de que Uladislao se acercaba, cada vez se confirmaba mas en el pensamiento de Lesko, y determinó seguir el camino de Constantinopla, hasta los confines de su Reyno, y hacer alto en los montes Krapatz, que lo terminan.

19 A este tiempo ya el Rey de Ungría se pre-

preparaba para pasar al Asia, atravesando el estrecho: ya parte de sus tropas le habian pasado, quando inesperadamente se encontró con las del Emperador de Nicéa, que habian ido á acompañar á Miseno. La desconfianza que acostumbra reynar en los Soberanos, quando están fuera de sus Estados, obligó á Andres á que se informase del designio de aquellas tropas extrangeras, y supo que un Príncipe de Polonia se hallaba allí de paso, no obstante el silencio que Miseno les habia pedido; y así le fué preciso á este verse con Andres Rey de Ungría, y confesarle el terror pánico del Emperador de Nicéa. Estimó Andres el encuentro para informarse de la Asia, y de lo que obraba el Sultan de Iconio.

20 Quando mas embebidos se hallaban en esta conferencia, llegó de improviso Branchmano Palatino de Ungría, á quien el Rey dexó el gobierno del Reyno durante su ausencia. Era el Palatino hombre de notoria probidad: el Rey le amaba segun su mérito: los Grandes le respetaban: el Pueblo le temia: no estaba trémula en sus manos la balanza de la justicia: la espada siempre recta le servia á un tiempo de regla para premiar los buenos, y de arma para castigar los malos: el brazo constante que la empu-

puñaba, ni conocia furor en el castigo de los crímenes, ni diferencia en las personas de los delinqüentes. Las leyes eran su guia, el bien público su norte, la prudencia, y la constancia sus pasos. Este hombre, pues, se presenta delante de su Soberano, y de Miseno; y hechas las ceremonias debidas al cetro, y á la amistad, le dice de este modo:

21 Conviene, Señor, que os dé parte de la pronta, y fiel execucion de vuestras órdenes. Al salir de la Corte, quando dexasteis en mis manos, ya trémulas, y cansadas, vuestro cetro, me ordenasteis que hiciese justicia recta, é igual, sin excepcion de personas: lo contrario, ni vos podiais mandarlo, ni yo obedecer. Como lo ordeñasteis, así lo executé en una persona de alto carácter, á quien yo mismo acabo de quitar la vida, porque su gravísimo delito no merecia menor pena. Ahora vengo á presentarme, para que os vengueis de mí, si acaso protegeis como ella los delitos. ¿Y quién fué? (pregunta el Rey alterado) La principal dama de Palacio N. que vos estimabais (dice el Palatino).

22 No causa mayor estrago el rayo, quando hiende el alto cedro, que el que causaron estas palabras en el ánimo del Rey. Toda la sangre le acude al pecho, queda pálido su rostro, el semblante perturbado, y el en-

ten-

tendimiento confuso. Estaba Miseno mudo; mas el Palatino con ayre desembarazado, sangre fria, ánimo constante, inmovil, é intrépido; pero luego que el primer asombro dió lugar á las voces, el Rey reprimiendo el corazon con toda la fuerza de su ánimo, dixo con voz trémula: continuad sin miedo, y declarad el motivo; porque yo no protejo delitos, ni conozco venganza sino del verdadero crimen; y vos debeis ser oido. Entonces el Palatino prosiguió de este modo:

23 Isabel mi esposa servia á la vuestra con la fidelidad, y amor que debia á su Soberana. En este tiempo el Conde de Moravia, hermano de la Reyna, tuvo la osadía de mirar á mi mùger, con ojos que no debiera; bien que halló en ella una resistencia digna de su virtud, y de mi honor. Prudente, y virtuosa dexa el Palacio, pretextando una enfermedad prolixa: creia que con el tiempo se apagaria el fuego, y que la separacion haria olvidar las primeras ideas; pero nada menos: la virtud sirvió de espuela á su pasion. No pudiendo el Conde por modo alguno rendir la sólida virtud de Isabel, se valió del engaño, y la traicion: pequeños crímines para quien tenia el corazon tan corrompido. Como pudiese urdir el lance lo ignoro; pero sé que convidaron á mi esposa, para co-

mu-

municarle cartas que habian venido de V. M. para mí (que hasta vuestro sagrado, y augusto nombre sirvió al mas infame crimen). Con este pretexto se vió conducida á un gabinete secreto donde la dexaron; y sin saber como, se halló cerrada. Mira á una, y otra parte, y ve allí dentro al infame Conde: se asusta, se cubre de horror, alienta su esfuerzo, y se arroja por una ventana que caía sobre los jardines; y en los brazos de un arbol, que la hirió, y maltrató, pudo salvarí la vida, que ya tenia sacrificada al honor.

24 Mas fué vista, y en este estado se retira á su casa: entra en mi quarto, y veo su semblante mudado, los ojos llorosos, el rostro herido, y mas que afligida su alma: veo, me admiro, pregunto; mas los labios le tiemblan, revientan las lágrimas, y se le sofocan en el pecho las palabras. Pregunto otra vez; y al querer darla testimonio de mi fina amistad, y compasion, veo que llena de un tierno furor me dice: Retiraos de mí, amado, é infeliz esposo, que ya no soy digna de vuestro amor; y si me quereis dar prueba del mucho que me habeis tenido hasta ahora, os ruego que con este puñal me quiteis la vida, porque no puedo sufrir el horror que me tengo á mí misma; sabed que una dama N. acaba de quererme sacrificar á la ceguedad del

Con-

Conde con la traicion mas horrible: debo á una ventana el honor, y á un arbol la vida; pero fuí vista, y ya no se puede ocultar, que vuestra esposa fué objeto de ojos livianos, y estuvo en peligro de serlo tambien de manos violentas. Muero de horror de solo imaginar este delito intentado: el rubor, la cólera, el honor, el amor que os tengo pone todo á mi entendimiento en confusion: yo reviento de puro dolor. Huyan de mí los Cielos, que me vieron: huya la tierra, que me sustenta: huyan los abismos llenos de horror, que se escandalizaron de mí: huid vos, infeliz esposo; mas antes que os retireis, os ruego que por vuestra honra, y tambien por mi amor: ¿qué digo amor? .... Pero sea amor, ó sea castigo, haced que mi alma pueda salir de este cuerpo infeliz. En este momento cae á mis pies desmayada con este puñal en la mano: juzgad, Señor, ahora mi dolor. Aquí se perturbó algun tanto el Palatino, y se le arrasaron los ojos; mas recobrando con nuevo esfuerzo el tono con que comenzó, añadió luego: pero no, no mireis, Señor, mi afliccion: mirad únicamente á las leyes: mirad el delito.

25 Encargado yo de vuestra obligacion dexo á mi esposa en tierra, tomo el puñal que me ofreció, y corro ligero á buscar al delin-

qüen-

qüente; mas la fuga (que le condena) lo habia puesto en salvo: encuentro á la dama: me ve irritado, se perturba; y fuese que se le mudó el semblante, ó que se mudasen mis ojos, parecióme que leía en su rostro su delito: ciégame del todo la pasion, y no atiendo á la prudencia para exáminar conjeturas tan terribles contra el decoro de Palacio: yo no ví entonces en aquella Señora sino una cómplice, y de un crimen, del qual yo debia por mi infelicidad ser parte, y por vuestras órdenes el juez. Vila, y con este puñal hice la justicia, que entonces me pareció ser debida. Ahora aquí le teneis, Señor: haced de él el uso que os pareciere justo, que para mí en este estado, ni la muerte es castigo, ni la vida merced. Nada detesto sino los delitos, y nada mas deseo que la justicia, y la virtud. Así acabó Branchmano, quedando el Rey suspenso, Miseno mudo, y el Palatino de rodillas con el puñal ensangrentado en la mano, ofreciéndolo á su Soberano en accion de pedir la muerte [1].

Ape-

1 NOTA. Bonfinio *dec.* 2. *p.* 277. Otros quieren que esta muerte fuese por conjuracion de los Ungaros, descontentos por ver que se daban todos los empleos honoríficos á los Alemanes, y no á los Nacionales, y algunos quieren que muriese antes de partir el Rey. La primera opinion es mas acomodada al intento de esta obra.

26 Apenas podia sostener el Rey el ímpetu interior, con que todas sus pasiones le impelian á un tiempo el corazon. El semblante inmovil afectaba la paz; mas la lengua trémula no podia pronunciar con serenidad la respuesta que le dictaba el entendimiento. Ella fué concisa, justa, y adequada. Volved, le dice el Rey, retiraos á la Corte, y continuad en la administracion de justicia, hasta que yo vaya con la mayor brevedad, para juzgar allí este caso con la prudencia que él pide: entretanto yo entrego el asesino en custodia á su propio honor, y el de la difunta le confio á vuestro fidelísimo secreto; y tomando á Miseno por la mano, se retiró á su gabinete para desahogar con él su afligido corazon.

27 Miseno prudente, y compasivo dexó desahogar á su satisfaccion toda la angustia del Rey, el qual medio loco no acertaba á gobernar sus palabras, ni á moderar sus movimientos, semejante al que dexa evaporar todo el humo de un incendio encubierto para ver como ha de apagar su orígen; ó á la manera que el prudente Cirujano, que no aplica remedio alguno á la llaga, sin dexar salir primero toda la sangre extravasada; mas luego que pasado algun tiempo estuvo el Rey capaz de oir á Miseno, este con prudencia

le

le comenzó á hablar de los desórdenes de los demas, queriendo con política, é industria cautelar insensiblemente los que el Rey podia hacer en el caso en que se hallaba, y le dice así:

28 Aquí se ve, amigo, quán peligroso es dexarse uno llevar de su pasion, aun quando ella sea justa, é inocente, porque siempre su ímpetu nos hace pasar á algun exceso. ¿Qué movimiento mas inocente puede tener el corazon humano, que el del amor entre hermanos, ó el amor de la justicia? Y con todo vemos que este amor sin gobierno conduxo esa Dama al mas abominable exceso, y al Palatino á una accion la mas violenta, é inaudita. Todo tiene sus límites, y siempre se ha de consultar la razon, para no traspasarlos. La experiencia larga me ha enseñado, que todo exceso es nocivo, el del mal es mas feo, pero el del bien mas peligroso: el exceso en el mal nos ahuyenta con el horror: el exceso en el bien nos engaña, y atrae con su aparente hermosura; y mas peligroso es el enemigo disfrazado, que el que nos acomete á las claras.

29 El demasiado amor á la justicia, ya de recobrar lo que es nuestro, ya de castigar la injuria, ¿quántas guerras no ha causado? ¿Qué rios de sangre no ha hecho correr?

rer? ¿Qué Ciudades no ha reducido á cenizas? ¿Qué familias no ha dexado sin padres? ¿Qué miserables sin pan, solo por querer reducir á nuestros enemigos á un punto que aunque justo en la balanza de la buena razon, no valia la milésima parte del mal que hicimos por causa de ese amor de la justicia? Yo despues de mil discursos, y reflexîones maduras, hechas ya en el retiro de los campos, ya en el tumulto de los poblados, resolví firmemente observar conmigo dos máxîmas. Primera: *Exâminarlo todo en balanza justa, y jamás admitir cosa alguna sin verla por ambas caras.* Infeliz quien se dexa llevar de la primera vista de las cosas, porque casi siempre será engañado. La segunda es: *No llevar cosa alguna á un punto excesivo, porque con el exceso hasta la virtud degenera en vicio.* A fuerza de afinar la cuerda, salta: á fuerza de limar el hierro, se gasta; y á fuerza de querer subir mucho, se cae. Con estas dos máxîmas me he gobernado siempre, y nunca me he arrepentido de ser moderado aun en lo bueno.

30 Aprobó el Rey los consejos de Miseno, y con él consultó las circunstancias que mas le embarazaban en este caso, á lo que Miseno respondia callando siempre las razones de queja que tenia contra el Conde, por no dar desahogo á la pasion de la venganza,

que siempre obra en nosotros con disfraz, aunque encubierta con inocentes pretextos. El Rey hallando en Miseno un consejero tan prudente, y de tan grande experiencia en negocios delicados, queria, mas no se atrevia á pedirle, que habiendo de retirarse á Polonia, quisiese ir en compañía del Palatino para contener su demasiada severidad, y sosegar los Pueblos, que tal vez estarian en gran fermentacion por este suceso. No fué preciso mucho, para que Miseno percibiese el deseo de Andres: no quiso negarle este gusto, y partió desde luego con Branchmano para la Ungría.

31 Era grande el cuidado que daba al Palatino la regencia del Reyno en caso tan delicado, y toda diligencia, y aceleracion le parecia tardanza. Habia dexado sus órdenes interinas, é ignoraba lo que los descontentos habrian hecho en su ausencia: estimaba la autoridad, y consejo de Uladislao, y con él consultaba el modo de gobernar con justicia, y suavidad. Los brutos de su carroza parecia correr mas veloces que las nubes en alas de los vientos: las Ciudades, y Villas apenas se avistaban á lo lejos, quando luego pasaban por su lado; y quedándose atras, al instante se perdian de vista; pero aun volaba mas que ellos el espíritu invisible de la *tristeza*, temiendo que Miseno

en-

entrase en Polonia. Esta furia, pues, va delante á prepararle nuevos estorbos: ya la Romanía les quedaba muy atras, ya habian atravesado la Bulgaria, ya pisaban la Servia, y atravesaban el Danubio, por donde luchando este con el rio Sabe, le sujeta, le envuelve en sus aguas, y le arrebata, arrastrándole por tierra, hasta precipitarle finalmente en el mar Negro; y en fin llegaron á Belgrado.

32 He aquí, que encuentran un postillon, que venia de Moravia, diciendo que corrian voces, que el Conde se habia muerto á sí mesmo. Volvió de la Corte de Ungría sumamente melancólico, furioso, y desesperado, y decian que con veneno se había quitado la vida. Esta inopinada noticia hizo muy contrarios efectos en Miseno, y en el Ungaro: este robosaba de gozo; mas aquel quedó absorto por algun tiempo en la compasion de semejante desgracia. ¡Ah, hijo mio! (decia) y las lágrimas le sufocaban las voces. ¡Triste Princesa Sofía, y que amargos son los dias de tu vida! El Palatino extrañaba la causa de tan vivo sentimiento: no podia concordar el excesivo amor al Conde con tan grande oposicion en las máximas, y en las costumbres, ni tenia expresiones bastantes para afear el horror de ese monstruo humano. Miseno le declaró entonces todo el

esmero que habia aplicado para hacerle dichoso, y referia todos los trabajos, que á este fin habia padecido durante los once meses que le acompañó, no pudiendo consolarse de su pérdida. Entonces el Palatino, cuyo corazon inflexîble no se doblaba con la compasion de las flaquezas agenas, exâgeraba la ingratitud del Conde, y lamentaba la infelicidad de un Príncipe como Uladislao por haber tomado sin fruto tan ardua, y tan penosa empresa.

33 Este discurso del Palatino hacia grande impresion en el ánimo de Miseno; y mientras caminaban de Belgrado á Buda, Corte de Ungría, iba continuando en la misma persuasion. La furia infernal le disponia las ideas, y componia de suerte las palabras, que inspiraban á Miseno el desaliento, y cierto horror á todo lo que era sacrificar el propio sosiego á la felicidad agena. No es prudencia (decia el Palatino) preferir el bien ageno al propio, y la felicidad de los demas, que no depende de nosotros, á nuestra propia felicidad, de la qual estamos seguros, segun vuestros principios. ¿Quién hubo jamas en el mundo, que estando cierto de gozar completa satisfaccion de sus deseos, siguiendo en todo las máxîmas de la virtud, y de sus deberes, los llevase aun adelante para emprender lo que casi es imposible? Pues como tal

re-

reputo yo querer sujetar las pasiones agenas, ó enseñar á los qué tienen carácter brutal las máximas de la razon. Si yo admitiese que el hado tenia dominio en las acciones de los mortales, creeria sin duda que él fué quien os infundió (permitidme, Señor, que os hable con esta franqueza, y libertad) quien os infundió la extraña idea de hacer á otros felices en un mundo desgraciado. ¡Rehusasteis una corona, y los obsequios de los Puebios, que os amaban, y emprendisteis servir á un loco, que vino á ser vuestro perpetuo tormento, y que hasta despues de muerto os tiraniza! Ahí teneis un dictamen, que la experiencia os da; y si quereis honrar á Ungría con vuestra presencia, el Rey mi amo tendrá infinito gusto, en que acepteis una casa de campo en las cercanías de Hermanstad, donde podreis vivir como os agrade, y seguir vuestros dictámenes. En todo el mundo no hay pais mas proporcionado que la Transilvania, para una vida Filosófica, y retirada; y cerca de su Capital teneis, Señor, en el sitio que yo os ofrezco soledad voluntaria, y al mismo tiempo la compañía de los Caballeros de aquella Ciudad, siempre que quisiereis admitir sus obsequios, y honrarlos con vuestro trato. Si yo tuviese como vos la Filosofía de ser *feliz independiente del mundo*, y de

la fortuna, no pensaria sino en separarme de todo, pues que solo los hombres pueden disminuir, ó estorbar nuestra verdadera felicidad.

34 Escuchaba Miseno, y advirtió, que durante este discurso, su compasion habia degenerado en tristeza, la tristeza en desaliento, y este en perturbacion de su alma. Hallaba el corazon fuera de sus exes, en que acostumbraba revolverse pacíficamente para todos sus movimientos, y por aquí conoció que la pasion dominaba, y habia arrastrado consigo á la razon. No quiso responder al Palatino, sin tener su alma tranquila, y difirió la respuesta para quando llegasen á la Corte: semejante al cazador que no quiere apuntar el tiro sin parar primero al bruto, en que va corriendo; ó al caminante, que sintiendo algun vaido de cabeza, se sienta á esperar que pase, para continuar su jornada sin peligro. Llegaron en fin á Buda, y todo lo hallaron sosegado.

35 En el mayor silencio de la noche (fuese, ó no fuese sueño) una figura celestial se presenta á los ojos de Miseno: deslúmbrase con la abundancia de su luz; pero al mismo tiempo se apodera de su alma un suave consuelo; de suerte, que en suma paz su corazon podia serenar, no solo los movimientos que antes le perturbaban, sino tambien el ruido que ahora le causaba á los sentidos tan extraño ob-

objeto. Yo soy Boleslao, tu abuelo (le dice) y aunque habito las esferas celestiales, no me olvido de mis amados vasallos, y menos de mis descendientes. Las lágrimas de Lesko tu primo, me tienen enternecido, y tu heroyca empresa de aprender á triunfar de tus pasiones en repetidos, y crueles combates, me ha sido muy agradable; pero lo que realza mas tu merecimiento, es el sacrificar tu sosiego por la felicidad de los otros. Sabe que nada tienes perdido, aunque se hayan frustrado en el Conde todos tus deseos, porque el Altísimo te concede por un infeliz rebelde á tus avisos, muchos que te serán dóciles, y obedientes. Tú serás en Polonia el instrumento de la pública felicidad, lo que tambien aumentará la tuya: No temas, que quien te elige para derramar sobre los mortales la abundancia de sus tesoros, no te privará de ellos; porque la luz que ha de pasar por tí para alumbrar los ciegos, primero ha de ilustrar tu alma; y la fuerza superior, que por medio de tu mano ha de confortar á los demas para moderar sus pasiones, no permitirá te rindas á las tuyas, ni que seas vencido de tus enemigos. Ahora para que creas que soy yo quien te habla, te doy esta señal. En las montañas hallarás á tu primo, que te espera, y una águila te conducirá, hasta que

te encuentres con él. Dicho esto desapareció Boleslao, y Miseno quedó resuelto á obedecer sin tardanza las órdenes del Cielo.

36 Esperaba el Palatino el dia para saber de Miseno la respuesta, sobre la oferta que le habia hecho; mas Miseno con ánimo generoso, y agradecido la rehusó, diciéndole de esta manera: Nada pierde de su mérito una oferta quando sabe apreciarla quien por justas razones no la acepta: sabed, pues, que yo renuncio la vida solitaria, y escondida, y voy á buscar mi patria, donde podré ser feliz, y hacer á otros felices: puede ser que mis consejos, que fueron inútiles al Conde, fructifiquen copiosamente en mis compatriotas; porque no es extraño que el labrador que salió mal de una sementera, mude de terreno, é intente la segunda, esperando que ella sola le recompense el trabajo, y las fatigas de ambas. Muy pequeño corazon tiene quien todo lo ocupa en su propio interes. Si cada hombre fuese criado en su Planeta diferente, sin tener comercio con los demas, ni dependencia de ellos, entonces seria laudable que solo se atendiese á sí propio, pues todo el cuidado ageno sería ridículo, é inútil; mas siendo todos los hombres miembros de un cuerpo civil, Dios los hizo recíprocamente dependientes, para que unos á otros se sirvan; y así creo

que

que nada puede hacer un mortal en que mas se asemeje á Dios, que en ser el instrumento de la prosperidad de los otros. Quien por atender á su reposo sacrifica la pública felicidad á su culpable inaccion, es un tirano bárbaro, que dexa perecer á sus semejantes en la hambre universal del bien, por no alargar un dedo á señalarles el camino por donde podrian hallar el sustento. Añádese que mi patria es mi madre; y si esta en su decrépita decadencia necesita de mi socorro, ¿cómo sin impiedad podré negárselo? Esto no lo sufre la razon; y si me precio de hombre racional, no debo hacerlo. Vuestra obligacion pide que os quedeis en Buda, y yo me retiro á Cracovia, porque así lo pide la mia. Haga cada uno lo que debe, y ambos serémos felices: esto dixo; y despidiéndose del Palatino, que todo lo hallaba en paz, partió para la Polonia.

37 Apenas emprendió Miseno su viage, una águila extraordinaria se le presenta á los ojos para dirigirle en el camino, y entonces Miseno viendo la señal que se le habia prometido, se confirmó en la verdad de la vision celestial. Volaba el páxaro ligero, y sin que Miseno se esforzase, iba desapareciendo el camino, y como que se abria de nuevo en linea recta: los montes humillando su altiva cabeza, se abatian, y postraban

pa-

para obedecer las órdenes supremas: los valles vanidosos, y soberbios de franquearle el paso, se levantaban, igualándose con los collados: ni el sol ofendia, ni los vientos molestaban, ni los brutos desfallecian: de este modo caminaba Miseno, y en menos de un dia se halló en las fronteras que dividen á Ungría de la Polonia. Estas montañas, que se levantan hasta las nubes, son una trinchera, que mutuamente defiende al un Pueblo de la invasion del otro, y hasta la nieve, que perpetuamente las corona, las hace impenetrables; mas sin saber cómo, Miseno, y Lesko se encontraron en lo mas alto de ellas, sin haberse antes avistado.

38 No podia Lesko creer á sus ojos, porque la fisonomía de Miseno se habia mudado; mas el corazon á ciegas le conocia, y causándole su figura un repentino gozo, le anunciaba ser Uladislao. No podia Miseno desconocer la persona del Rey: el semblante, la figura, y el tren daban á conocer á Lesko; y advirtiendo que los pensamientos de este luchaban con su corazon en las tinieblas de la incertidumbre, se adelanta Miseno á abrazarle, y á darse á conocer.

39 Quedó Lesko enmudecido, porque la rápida corriente de la alegría, que le inundaba el corazon, le suspendió el habla; mas de-

declaraba su júbilo, y regocijo con los ojos, y con repetidos abrazos. Enternecido Miseno, y lleno de respeto, ya queria corresponder á las demostraciones de amistad, ya se acobardaba al executarlo, por quanto el parentesco, y la magestad, el amor, y el respeto disputaban quál debia merecerle la primera atencion; mas concediéndoles á estos afectos el lugar, y desahogo que les correspondia, habló de esta manera:

40 No me confundais, Señor, con las excesivas demostraciones de vuestra amistad, y cariño, porque no cabe en el corazon de un vasallo la correspondencia á tan grandes honras. Estoy bien cierto de vuestro amor; pero no lo estoy de mi mérito, porque ignoro si mi peregrinacion, y resistencia á los deseos de mi patria os fueron, ó no desagradables.

41 Tanto mas las aprobé, respondió el Rey, quanto mas las he sentido. Vuestra razon fué prudente, aunque mi deseo fué justo; pero ni mi sentimiento me cegó el discurso, ni las razones de este curaron la llaga que tenia en mi corazon. Verdad es, que vuestra ausencia hizo una increible falta á mí, y á vuestro pueblo; pero como se encaminaba á vuestro bien, no podia mi amor prescindir de él para condenaros; mas ahora conozco, que todas fueron trazas de la Pro-

vi-

videncia dirigidas á la pública utilidad, porque los Pueblos por la falta que les haciais aprendieron á estimaros, y sin duda los continuos votos que á este fin han hecho al Cielo, les dispusieron para seguir vuestros consejos, en lo que yo séré el primero de todos; y ya que vos en vuestra peregrinacion, y larga ausencia habeis juntado á las luces que teniais las de una profunda meditacion, que el retiro os ha inspirado, y las que os adquirieron vuestras grandes experiencias en diferentes encuentros; ahora mucho mejor que en otro tiempo podreis encaminarnos á la felicidad, que para esto os ha traido la Providencia á mis brazos. Ven, amado primo, que ya mi cabeza no puede con tan pesada corona: la vuestra es mucho mas digna de ella: el Pueblo será mas feliz, y yo sin comparacion mas dichoso.

42 Asustóse Miseno quando oyó esta palabra, y retrocede súbitamente, como si un rayo le cayese á los pies, y con un estilo respetuoso, pero resuelto, le dice al Rey: Nada, Señor, me puede impedir entrar en vuestros estados, sino la horrible memoria de verme obligado á gobernarlos. Vasallo me tendréis en la Polonia; pero ni ella, ni vos lograréis verme otra vez Soberano. En ella puedo vivir como simple particular, y en

es-

este estado al mas mínimo de la plebe no negaré mis consejos; porque la avaricia de las luces del entendimiento es mas inexcusable, que la de los tesoros, por quanto esta especie de riquezas no se disminuye quando se comunica. Amé á vuestros vasallos como á hijos, y todavía los amo del mismo modo; y si algun dia los dirigí á la felicidad con las leyes de Monarca, ahora solo lo haré con los consejos de amigo. Dexadme, Señor, vivir en mi retiro, y sosiego, sin la confusion del gobierno, ni el embarazo de los cargos, que así seré mas util á todos. Como la fuente liberal, que en el retiro del campo está pronta, y patente á quantos quieren buscarla, siendo util á todos sin ser pesada á ninguno; así puedo yo vivir, si me concedeis esta gracia.

43 Vivid (le dice el Rey), vivid donde yo pueda hablaros, y vivid á vuestra entera satisfaccion. Vuestra felicidad redunda en la mia, y de ambos depende la de los Pueblos que por vos suspiran. Vos dominaréis en mi corazon, yo seguiré vuestras máxîmas, y siendo como son aconsejadas del Cielo, ambos serémos felices. Con esta promesa del Rey se estableció Uladislao en Polonia, y continuó el resto de sus dias en vida retirada, amado de todos, imitado de pocos; pero de ninguno igualado.

IN-

INDICE,

Y ANALISIS DE ESTE VOLUMEN.

LIBRO XVII.

y

LIBRO XVIII.

Le-

LIBRO XIX.

chas

LIBRO XX.

su

LIBRO XXI.

LIBRO XXII.

El

LIBRO XXIII.

To-

Ex-

FIN.

